# Fiódor Dostoievski

# El jugador

## De las notas de un joven

Traducción de Marta Rebón

Lectulandia

En un mundo donde la palabra cáncer evoca miedo, impotencia y desesperanza, Máximo Pradera llega con un relato que se siente como una bocanada de aire fresco. Una crónica honesta y llena de ingenio sobre la travesía de enfrentar y superar la que tal vez sea la enfermedad más temida de nuestro tiempo. Máximo Pradera nos lleva al interior de su cuerpo y de su mente en un minucioso viaje de lucha e investigación sobre el mayor adversario de la medicina actual. Desde el diagnóstico inicial hasta la remisión total, Pradera combina hábilmente consejos prácticos sobre estilo de vida, anécdotas hospitalarias, victorias cotidianas, política, sarcasmo y un más que notable conocimiento sobre bioquímica para conformar una suerte de guía de supervivencia para cancerosos y excancerosos. Entre risas y reflexiones, El cáncer y la madre que lo parió se convierte así en una lectura que no solo emociona y divierte, sino que también educa, mostrando cómo el humor y el control de la propia mente pueden ser poderosas herramientas para afrontar la adversidad. Una lectura esencial para cualquier persona que busque profundizar en el conocimiento de esta enfermedad implacable con el toque de humor necesario para aligerar el camino.

Fiodor Dostoyevski

# El jugador (trad. Marta Rebón)

## De las notas de un joven

**ePub r1.0**
**Titivillus** 27.06.2025

Título original: *Игрок (Из записок молодого человека)*
Fiodor Dostoyevski, 1866
Traducción: Marta Rebón

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

# I

Por fin he vuelto después de ausentarme dos semanas. Los nuestros llevaban ya tres días en Ruletemburgo.[1] Pensaba que estarían esperándome Dios sabe con qué impaciencia, pero me equivoqué. El general se mostró muy distante; me trató con altivez y me mandó junto a su hermana. Era evidente que habían sacado dinero de alguna parte. Incluso tuve la impresión de que el general me miraba un tanto avergonzado. Maria Filíppovna andaba muy atareada y habló conmigo de pasada; aun así, tomó el dinero, lo contó y escuchó mi informe de principio a fin. Para el almuerzo aguardaban a Mezentsov, a un francesito y a cierto inglés: como de costumbre, en cuanto hay dinero, se organiza de inmediato un banquete, al estilo de Moscú. Al verme, Polina Aleksándrovna me preguntó: «¿Por qué ha tardado tanto?», y, sin esperar una respuesta, se fue no sé a dónde. Por supuesto, lo hizo a propósito. Aun así, tendremos que aclarar algunas cosas. Hay mucho de lo que hablar.

Me dieron una pequeña habitación en la tercera planta del hotel. De todos es sabido aquí que pertenezco al «séquito del general». Por cuanto parece, ya han logrado hacerse notar. Todo el mundo cree que el general es un noble ruso muy rico. Incluso antes del almuerzo, entre otros encargos, se las arregló para enviarme a cambiar dos billetes de mil francos. Lo hice en la recepción. Ahora nos tomarán por millonarios, al menos por una semana. Quería salir con Misha y Nadia a dar un paseo, pero, cuando ya estaba en la escalera, me llamaron para que fuera a ver al general; a este le pareció apropiado preguntarme adónde pensaba llevarlos. Este hombre definitivamente es incapaz de mirarme a los ojos; ya le gustaría, pero cada vez que lo intenta, le respondo con una mirada tan obstinada, es decir, tan irrespetuosa, que parece quedarse desconcertado. Con un discurso altisonante, amontonando una frase sobre otra hasta perder el hilo, me dio a entender que debía pasear con los niños lo más lejos posible del casino, por el parque. Al final, perdió los estribos y añadió con severidad:

—Porque, si no, lo veo muy capaz de llevarlos al casino, a la ruleta. Ya me disculpará —añadió—, pero sé que es bastante imprudente aún e inclinado

posiblemente al juego. En cualquier caso, aunque no soy su mentor y ni siquiera desee arrogarme ese papel, al menos tengo derecho a desear que usted, por así decirlo, no me comprometa a…

—Pero si no tengo dinero —repliqué con calma—. Para perderlo, primero hay que tenerlo…

—Ahora mismo lo recibirá —contestó el general, ruborizándose un poco, y rebuscó en su escritorio; abrió una libretita y comprobó que me debía unos ciento veinte rublos—. ¿Cómo haremos las cuentas? —musitó—, hay que hacer la conversión a táleros. Tome, tenga cien táleros[2] justos; el resto también se le abonará, por supuesto.

Acepté el dinero sin decir una palabra.

—Se lo ruego, no se ofenda por lo que le he dicho; es usted tan suspicaz… Si le he hecho esta observación, ha sido, en cierto modo, para advertirle…; y tengo el derecho, por así decirlo, a…

De camino al hotel con los niños para el almuerzo, nos encontramos con toda una comitiva. Nuestro grupo había salido a visitar unas ruinas. ¡Dos carruajes espléndidos, unos caballos magníficos! *Mademoiselle* Blanche, en un carruaje con Maria Filíppovna y Polina; el francesito, el inglés y nuestro general, sobre sus cabalgaduras. Los transeúntes se detenían estupefactos; el efecto deseado se había conseguido, aunque al general iba a salirle muy caro. Calculé que, con los cuatro mil francos que yo les había traído, sumados a lo que claramente ellos habían logrado reunir entretanto, ahora debían de tener siete u ocho mil francos; eso es demasiado poco para *mademoiselle* Blanche.

*Mademoiselle* Blanche se aloja en nuestro hotel con su madre; y también hace lo propio nuestro francesito. Los sirvientes lo llaman *monsieur le comte*,[3] y a la madre de *mademoiselle* Blanche, *madame la comtesse*;[4] bueno, ¿y qué? Tal vez sean de veras un *comte* y una *comtesse*.

Sabía de antemano que *monsieur le comte* no me reconocería cuando nos encontráramos en la mesa. Al general, por supuesto, tampoco se le ocurrió presentarnos, o por lo menos mencionarme; aun así, *monsieur le comte* ha viajado por Rusia y sabe bien que lo que allí se conoce como un *outchitel* es poco más que un don nadie[5]. Sin embargo, me conoce de sobra. De todos modos, admito que me presenté a la mesa sin invitación; al parecer, el general se había olvidado de dar instrucciones con respecto a mí, pues de lo contrario seguro que me habría enviado a comer a la *table d'hôte*[6]. Así pues, como aparecí por iniciativa propia, el general me miró con desagrado. La buena de Maria Filíppovna me indicó al instante un asiento; pero el encuentro con

míster Astley me salvó del apuro y, sin querer, mi pertenencia a esa compañía quedó legitimada.

Con ese extraño inglés me había cruzado por primera vez en Prusia, en un compartimento de tren donde viajamos el uno frente al otro mientras yo trataba de alcanzar a nuestro grupo. Luego me volví a cruzar con él en mi entrada a Francia y finalmente en Suiza un par de veces en el transcurso de esas dos semanas… Y ahora de pronto me lo encontraba de nuevo aquí, en Ruletemburgo. Nunca he conocido a un hombre más tímido; su timidez raya en la necedad, y él mismo lo sabe porque no tiene un pelo de tonto. Sin embargo, es amable y tranquilo. Fui yo quien entabló conversación con él cuando nos conocimos en Prusia. Me contó que aquel verano había visitado Cabo Norte y que le apetecía mucho ir a la feria de Nizhni Nóvgorod.[7] No sé cómo conoció al general, pero me parece que está perdidamente enamorado de Polina. Cuando ella entró, la cara se le arreboló como un cielo al amanecer. Se alegró de que me sentara a su lado y, por cuanto parece, ya me considera un amigo íntimo.

En la mesa, el francesito alardeó como un pedante; con todos se mostró despectivo y altanero. Pero en Moscú, me acuerdo, se limitaba a decir futilidades. Hablaba mucho de economía y de política rusa. De vez en cuando el general se atrevía a contradecirlo, pero muy discretamente, lo justo para que su dignidad no quedara en entredicho.

Yo me hallaba de un humor peculiar; desde luego, antes de la mitad del almuerzo ya me había hecho la misma pregunta de siempre: «¿Por qué aguanto a este general y no me he alejado de toda esta gente hace tiempo?». De vez en cuando miraba a Polina Aleksándrovna; ella no me hacía el más mínimo caso. Acabé por indignarme y me atreví a volverme insolente.

Todo empezó cuando, de repente, sin que viniera a cuento, intervine en la conversación alzando la voz. Se la tenía jurada al francesito. Me volví hacia el general y, sin previo aviso, y al parecer interrumpiéndolo, en voz alta y clara, observé que era casi imposible para los rusos comer en las *tables d'hôtes* de los hoteles. El general me miró atónito.

—Si uno tiene algo de respeto por sí mismo —continué—, sin duda se verá expuesto a los insultos y tendrá que soportar desaires extraordinarios. En París y a lo largo del Rin, incluso en Suiza, en las *tables d'hôtes* hay tantos polaquitos y francesitos que simpatizan con ellos que, si uno es ruso, ni siquiera puede abrir la boca.

Dije esto en francés. El general me miraba con asombro, sin saber si debía montar en cólera por mi salida de tono o quedarse sorprendido sin más.

—Así que ya le han cantado las cuarenta —dijo el francesito con altanería y desprecio.

—En París primero discutí con un polaco —le respondí—, luego, con un oficial francés que se puso de parte del polaco. Solo algunos franceses me apoyaron después, cuando les conté que quise escupir en el café de monseñor.

—¿Escupir? —preguntó el general con una perplejidad muy digna e incluso mirando a su alrededor. El francesito me miró escéptico.

—Sí, así es —respondí—. Como durante dos días pensé que tal vez tendría que ir a Roma para arreglar algunos asuntos nuestros, fui a la cancillería del Santo Padre en París[8] para que me visaran el pasaporte. Allí me recibió un pequeño abad de unos cincuenta años, enjuto y de rostro frío; después de escucharme con amabilidad, pero con una frialdad inaudita, me pidió que esperara. Tenía prisa, claro, pero me senté a esperar, saqué *L'Opinion nationale*[9] y me encontré con una invectiva atroz contra Rusia. Entretanto, oí que alguien pasaba por la habitación de al lado para visitar a monseñor; vi a mi abad saludarlo con una reverencia. Volví a dirigirme a él para repetirle mi petición; en un tono aún más seco me pidió de nuevo que esperara. Al cabo de un rato, apareció otro tipo, pero este por negocios: un austriaco; a él lo atendió y lo condujo al instante arriba.

»Entonces me disgusté mucho; me levanté, me presenté ante el abad y le dije con firmeza que, puesto que monseñor estaba recibiendo, también podía resolver mi asunto. De repente el abad se apartó de mí, desconcertado. Sencillamente no lograba entender cómo un miserable ruso se atrevía a ponerse al mismo nivel que los invitados de monseñor… En el tono más impertinente, como si le complaciera insultarme, me miró de la cabeza a los pies y exclamó: «¿De verdad cree que monseñor dejará de tomarse su café por usted?». Entonces grité aún más fuerte que él: «¡Pues sepa que escupo en el café de su monseñor! Si no soluciona ahora mismo lo de mi pasaporte, ¡iré en persona a verlo!».

»«¿Cómo? ¿Durante la visita de Su Eminencia el Cardenal?», gritó el abad y, apartándose horrorizado, corrió hacia la puerta y se plantó con los brazos en cruz frente a ella, como para demostrar que prefería morir antes que dejarme pasar.

»Le respondí que yo era un hereje y un bárbaro, «*que je suis hérétique et barbare*», y que me importaban un bledo todos sus arzobispos, cardenales, monseñores y demás. En fin, le dejé claro que no cedería. El abad me miró con un odio indescriptible; luego me arrebató el pasaporte y se lo llevó arriba.

Un minuto después ya tenía mi visado. Bueno, señores, ¿quieren verlo? —Saqué el pasaporte y les enseñé el visado romano.

—Pero, aun así, de todos modos… —comenzó a decir el general.

—Lo que lo salvó fue declararse bárbaro y hereje —comentó el francesito son una sonrisita burlona—. *Cela n'était pas si bête*.[10]

—¿Acaso deberíamos tomar de ejemplo a nuestros compatriotas rusos? Vienen aquí, sin atreverse a abrir el pico, y quizá incluso estarían dispuestos a negar que son rusos. Al menos en mi hotel de París empezaron a tratarme con mucho más respeto cuando les conté mi discusión con el abad. Un *pan*[11] polaco gordo, el que más hostil se había mostrado conmigo en nuestra *table d'hôte*, quedó relegado a un segundo plano. Los franceses ni siquiera se quejaron cuando les conté que dos años antes había conocido a un hombre al que un *chasseur*[12] francés había disparado en 1812[13] solo para descargar su rifle. Ese hombre entonces era un niño de diez años cuya familia no había tenido tiempo de abandonar Moscú.

—¡Imposible! —rugió el francesito, indignado—. ¡Un soldado francés nunca dispararía a un niño!

—Sin embargo, así ocurrió —repliqué—. Me lo contó un honorable capitán retirado, y yo mismo vi la cicatriz de bala en su mejilla.

El francés comenzó a hablar mucho y a toda prisa. El general quiso salir en su ayuda, pero le recomendé que leyera, por ejemplo, algunos pasajes de las *Memorias* del general Perovski,[14] que cayó prisionero de los franceses en el año doce. Al final, Maria Filíppovna tuvo que intervenir para dar el tema por zanjado. El general estaba muy molesto conmigo porque el francés y yo casi nos habíamos puesto a gritar. Míster Astley, por su parte, parecía haber disfrutado con nuestra discusión; cuando nos levantamos de la mesa, me propuso que tomáramos una copa de vino. Por la noche, como no podía ser de otra manera, logré hablar un cuarto de hora con Polina Aleksándrovna. Nuestra conversación tuvo lugar durante el paseo. Todos se fueron al parque en dirección al casino. Polina se sentó en un banco frente a la fuente y le pidió a Nádienka que jugara a la vista con los otros niños. Por mi parte, también dejé que Misha se fuera, y por fin nos quedamos a solas. Al principio, por supuesto, hablamos de asuntos prácticos. Polina Aleksándrovna se enfureció cuando le entregué solo setecientos gúldenes. Estaba convencida de que, si empeñaba sus diamantes en París, le traería al menos dos mil, o incluso más.

—Necesito dinero a toda costa —dijo—, tengo que conseguirlo; de lo contrario, estoy perdida.

Le pregunté qué había ocurrido en mi ausencia.

—Nada, aparte de que llegaron dos mensajes de Petersburgo: primero, que la abuela estaba muy mal, y, dos días después, que probablemente ya hubiera fallecido. La información vino de Timoféi Petróvich —añadió Polina —, y es un hombre de fiar. Ahora estamos a la espera de la confirmación.

—¿Así que aquí están todos a la espera? —pregunté.

—Por supuesto: absolutamente todos; durante medio año han vivido con esa única esperanza.

—¿Y usted también? —pregunté.

—En realidad, yo no soy pariente directa, solo la hijastra del general. Pero estoy segura de que se acordará de mí en su testamento.

—Tengo la impresión de que le dejará mucho —respondí convencido.

—Sí, ella de verdad me quería; pero, a usted, ¿qué le hace pensar eso?

—Dígame —pregunté, en lugar de contestarle—, ¿se supone que nuestro marqués está al tanto de todos los secretos familiares?

—¿Y por qué le interesa saberlo? —observó Polina con una mirada dura y seca.

—Por supuesto que me interesa: el general se las ha arreglado ya para pedirle dinero prestado, creo.

—Su suposición es correcta.

—¿Y cómo habría accedido a prestárselo si no hubiera sabido lo de la abuela? ¿Se dio cuenta de que la llamó dos o tres veces abuelita, «*la baboulinka*» al referirse a ella durante la cena?**[15]** ¡Qué relación tan íntima y estrecha!

—Sí, es verdad. En cuanto se entere de que yo también recibiré parte de la herencia, pedirá mi mano. ¿Es eso lo que quería oír?

—¿Solo se la pedirá en ese caso? Pensaba que ya lo había hecho hace tiempo.

—Sabe muy bien que no —dijo Polina, molesta—. ¿Dónde conoció a ese inglés? —continuó tras un breve silencio.

—Sabía que me preguntaría por él.

Le hablé de mis anteriores encuentros con míster Astley durante el viaje.

—Es tímido y enamoradizo y, por supuesto, se ha enamorado de usted, ¿no?

—Sí, así es —respondió Polina.

—Y no hace falta decir que es diez veces más rico que el francés. Por cierto, ¿de verdad posee algo el francés? ¿Está segura?

—Sí, sin ninguna duda. Es dueño de un *château*.**[16]** Ayer mismo me lo confirmó el general. Bueno, ¿está satisfecho?

—Yo, en su lugar, me casaría con el inglés.

—¿Por qué? —preguntó Polina.

—El francés es más guapo, pero es un granuja; el inglés, en cambio, además de honesto, es diez veces más rico —contesté.

—Sí, pero el francés es marqués y más listo —replicó con la mayor serenidad.

—Aun así, ¿está segura de eso? —volví a preguntarle, sin cejar en mi empeño.

—Como lo oye.

A Polina no le gustaban mis preguntas y vi que quería enfurecerme con el tono y el carácter absurdo de sus respuestas; se lo hice saber enseguida.

—Bueno, en realidad me divierte verlo rabiar —respondió—. Aunque solo sea para hacerle pagar su descaro por hacerme este tipo de preguntas e insinuaciones.

—En realidad, considero que tengo todo el derecho a hacerle cualquier clase de pregunta —repliqué con calma—; sobre todo porque estoy dispuesto a pagar cualquier precio por ello, y ni siquiera le doy ahora mismo ningún valor a mi vida.

Polina se echó a reír.

—La última vez, en el Schlangenberg,[17] usted me dijo que estaba dispuesto a arrojarse al vacío a la primera palabra mía… y debe de estar a mil metros de altura. Algún día pronunciaré esa palabra solo para ver cómo se las arregla para cumplir y, créame, no me echaré atrás. Lo odio precisamente por haberle permitido tanto, y lo odio aún más por resultarme tan necesario. Así pues, mientras yo a usted lo necesite, debo protegerlo.

Se levantó. Hablaba irritada. Últimamente nuestras conversaciones siempre terminaban con rabia y furia, con auténtica furia.

—Permítame una pregunta: ¿qué clase de mujer es *mademoiselle* Blanche? —dije, no quería dejarla irse sin una explicación.

—Sabe perfectamente qué clase de mujer es *mademoiselle* Blanche. Nada ha cambiado desde entonces. *Mademoiselle* Blanche se convertirá en la esposa del general si se confirman los rumores de la muerte de la abuela, porque tanto *mademoiselle* Blanche como su madre y su primo segundo, el marqués, saben muy bien que estamos arruinados.

—¿Está definitivamente enamorado el general de ella?

—Esa no es ahora la cuestión. Escuche y recuérdelo: ¡tome estos setecientos florines[18] y vaya a jugar! Gane a la ruleta todo cuanto pueda para mí: necesito dinero como sea.

Dicho esto, llamó a Nádienka y se dirigió con ella al casino, donde se unió al resto del grupo. Yo, pensativo y perplejo, me desvié por el primer caminito a la izquierda. Desde el mismo momento en que me había ordenado jugar a la ruleta, había notado como si la cabeza me diera vueltas. Era extraño: tenía mucho en qué pensar, pero me lancé a analizar mis sentimientos por Polina. Durante las dos semanas fuera me había sentido mejor que hoy, el día de mi regreso, a pesar de haberla echado de menos como un loco durante el viaje, de haberme agitado como un poseso y de incluso haberla visto en sueños a cada instante. Una vez (esto fue en Suiza) me quedé dormido en un vagón y, al parecer, me puse a hablar en voz alta con Polina, lo que provocó la risa de todos los pasajeros. Y una vez más me hice la pregunta: «¿La amo?». Y de nuevo no supe qué responder; es decir, mejor dicho, otra vez, por enésima vez, me contesté que la odiaba. Sí, la odiaba. Había momentos (en especial al final de cada una de nuestras conversaciones) en los que habría dado media vida por estrangularla. Juro que si hubiera podido clavarle despacio un cuchillo afilado en el pecho, lo habría hecho con gusto. Y, sin embargo, juro por lo más sagrado que si en aquel famoso mirador de Schlangenberg me hubiera dicho «¡Salta!», habría saltado en el acto, incluso con placer; no tenía ninguna duda. En cualquier caso, esto tenía que resolverse de alguna manera. Todo está admirablemente claro para ella, y el pensamiento de que yo, más allá de toda duda, soy plenamente consciente de su inaccesibilidad para mí y de la imposibilidad de cumplir todas mis fantasías, este pensamiento (estoy convencido) le da un placer extraordinario; de lo contrario, prudente e inteligente como es, ¿acaso podría relacionarse conmigo de una manera tan cercana y sincera? Me parece que yo para ella no soy más que el esclavo de aquella antigua emperatriz**[19]** que se desnudaba en presencia de aquel por no considerarlo un hombre. Sí, a menudo ella no me ha considerado un hombre…

Sin embargo, ahora tengo un encargo suyo: ganar en la ruleta a toda costa. No hay tiempo para especular acerca de para qué y con qué rapidez necesita ganar, y qué nuevos razonamientos han aparecido en esa mente suya siempre maquinadora. Además, era evidente que durante aquellas dos semanas habían surgido un sinfín de elementos nuevos sobre los que yo no tenía ni la menor idea. Todo eso había que desentrañarlo, sacar el agua clara, y cuanto antes mejor. Pero de momento no había tiempo: tenía que ir a la ruleta.

# II

Confieso que me resultó muy desagradable; aunque había decidido que iba a jugar, no pensaba que tendría que hacerlo para otros. De hecho, en cierta medida eso incluso me desconcertó, y entré en las salas de juego de bastante mal humor. A simple vista, todo allí me desagradó. No soporto esa adulación presente en los *feuilletons* de todo el mundo, pero sobre todo en nuestros periódicos rusos, en los que casi todas las primaveras los periodistas informan de dos cosas: en primer lugar, del esplendor y el lujo inauditos de las salas de juego en todas las ciudades de ruleta del Rin, y, segundo, de los montones de oro que supuestamente se ven sobre las mesas de juego. Y ni siquiera se les paga por ello; simplemente escriben esas cosas por obsequiosidad desinteresada. No hay ningún esplendor en estos salones destartalados, y, en cuanto al oro, apenas se ve, menos aún en montones sobre las mesas. Es cierto que, de vez en cuando, a lo largo de la temporada, aparece de pronto un personaje excéntrico, ya sea un inglés o un asiático, o un turco como este verano, que pierde o gana a lo grande; pero los demás juegan muy pocos güldenes y por lo general sobre la mesa no se ve casi dinero. Cuando entré en la sala de juego (era la primera vez en mi vida), no me decidí a apostar durante un buen rato. Además, la multitud me molestaba. Pero, incluso si hubiera estado solo, creo que habría preferido marcharme antes que ponerme a jugar. Confieso que el corazón me latía con fuerza y que no tenía en absoluto la sangre fría. De hecho, sabía desde hacía tiempo que no podría irme así como así de Ruletemburgo; que algo radical y definitivo iba a ocurrir sin falta en mi destino. Así tenía que ser y así sería. Por muy ridículo que parezca que yo espere tanto de la ruleta, aún más ridícula me parece la opinión rutinaria, universalmente aceptada, de que el juego es algo extremadamente tonto y absurdo. ¿Por qué el juego debería ser peor que cualquier otra forma de ganar dinero, como el comercio, por ejemplo? Es cierto: solo gana uno de cada cien. Pero ¿a mí eso qué más me da?

En cualquier caso, decidí primero observar y no empezar nada serio esa noche. Esa noche, si sucedía algo, sería por casualidad, de chiripa, y así lo

decidí. Además, tenía que estudiar el juego mismo; porque, a pesar de los miles de descripciones de la ruleta que siempre había leído con tanta avidez, decididamente no entendí nada sobre su funcionamiento hasta que lo vi por mí mismo.

Al principio todo me pareció muy sucio, de algún modo repugnante y sucio desde el punto de vista moral. No me refiero en absoluto a esas caras codiciosas y excitadas que se agolpan alrededor de las mesas de juego por docenas, incluso por centenares. No veo nada sucio en el deseo de ganar tanto y tan rápido como sea posible; siempre me ha parecido muy necio el pensamiento de aquel moralista bien alimentado y acomodado que, en respuesta a alguien que se justificaba diciendo que «jugaba sumas pequeñas», replicó: «peor aún, porque se trata de codicia mezquina». Como si la codicia mezquina y la codicia excesiva no fueran la misma cosa. Es solo una cuestión de proporción: lo que es calderilla para un Rothschild para mí es una fortuna y, en cuanto a ganancias y beneficios, no solo en la ruleta, sino en todas partes, la gente solo se dedica a ganar y arrebatarse cosas entre sí. Si la ganancia y el lucro son en sí mismos indignos, es otra cuestión. Pero no lo abordaré aquí. Como yo mismo estoy obsesionado con el deseo de ganar, todo este afán de lucro, toda esa inmundicia lucrativa, cuando entré en la sala de juego, me resultaron en cierto modo atractivos y entrañables. Después de todo, ¿hay algo más agradable que esos momentos en que la gente no se anda con ceremonias, sino que actúa de forma abierta y sin tapujos? ¿Y qué sentido tiene engañarse a uno mismo? ¡Es lo más hueco y menos práctico que se puede hacer! Lo que resultaba particularmente repulsivo a primera vista de toda esa chusma de la ruleta era la actitud respetuosa que tenían por el juego, la seriedad e incluso veneración con que rodeaban las mesas. Por eso se distingue entre el juego que se considera de *mauvais genre*[20] y el que le está permitido a un hombre honrado. Hay dos tipos de juego: uno de caballeros, y otro, codicioso, el de la plebe, el juego de la chusma. Ahí se puede ver claramente la diferencia y ¡qué infame es esa diferencia! Un caballero, por ejemplo, puede apostar cinco o diez luises de oro, pocas veces apuesta más; de hecho, si es muy rico puede apostar mil francos, pero solo por diversión, solo para observar el proceso de ganar y perder; pero no está interesado lo más mínimo en las ganancias reales. Si gana, puede, por ejemplo, reírse a carcajadas, hacer un comentario a alguno de sus vecinos de mesa, puede incluso apostar de nuevo o doblar la apuesta, pero solo por curiosidad, por interés en las probabilidades, para hacer cálculos, nunca por el deseo plebeyo de ganar. En resumen, tiene que mirar todas esas mesas de juego, ruletas y

*trente et quarante*[21] como un pasatiempo organizado exclusivamente para su placer. Ni siquiera debe sospechar de la codicia y de las trampas sobre las que se basa y ha sido creada la banca. No estaría nada mal que le pareciera, por ejemplo, que todos los demás jugadores, toda esa chusma que tiembla por unos gúldenes, son exactamente igual de ricos y caballeros que él y que juegan únicamente por placer y diversión. Este perfecto distanciamiento de la realidad y esta ingenua opinión de los demás se considerarían, por supuesto, extremadamente aristocráticos. He visto a madres empujar a inocentes y delicadas señoritas de quince y dieciséis años, sus propias hijas, darles unas monedas de oro y enseñarles a jugar. Tanto si la joven ganaba o perdía, sonreía y se alejaba muy satisfecha. En un momento dado, nuestro general se acercó a la mesa con aire serio y digno. Un sirviente se apresuró a acercarle una silla, pero él ni siquiera reparó en ello; tardó mucho tiempo en sacar el monedero del bolsillo, luego sacó de él con parsimonia trescientos francos de oro, los apostó al negro y ganó. No tocó las ganancias, sino que las dejó sobre la mesa. Volvió a apostar. Volvió a salir el negro; esta vez también dejó las ganancias, y, cuando a la tercera salió el rojo, perdió mil doscientos francos de golpe. Se marchó con una sonrisa, manteniendo la compostura. Estoy convencido de que la pena le roía el alma y que, si la apuesta hubiera sido por el doble o el triple, no habría podido mantener el tipo ni reprimir sus emociones. Por lo demás, también vi un francés que ganó y después perdió unos treinta mil francos con alegría y sin alterarse lo más mínimo. Un auténtico caballero, aunque se juegue toda su fortuna, nunca debe alterarse. El dinero para un caballero debe estar tan por debajo de su clase que apenas merezca su atención. Por supuesto, sería muy aristocrático no fijarse en absoluto en toda la sordidez de la chusma y de todo el entorno. Sin embargo, a veces no es menos aristocrática la actitud opuesta; es decir, fijarse muy bien en toda esa chusma, incluso examinarla de arriba abajo, por ejemplo, con unos anteojos: pero considerando a esa chusma y esa inmundicia como una diversión repulsiva de un tipo especial, como un espectáculo montado para el entretenimiento de los caballeros. Es posible mezclarse con esa muchedumbre, pero con la actitud inequívoca de un observador que no pertenece en absoluto a ese grupo. Por otro lado, una observación demasiado atenta sería inapropiada: no propia de un caballero, porque en cualquier caso es un espectáculo que no merece demasiado tiempo o detenimiento por su parte. Es bien sabido que escasean los espectáculos que merezcan la atención de un caballero. Sin embargo, a mí personalmente me parecía digno de una observación atenta, en especial para alguien que no ha ido solo para observar,

sino que se incluye a sí mismo, honesta y sinceramente, entre toda esta chusma. En lo que respecta a mis convicciones morales más íntimas, no tienen cabida en mis razonamientos actuales. Lo digo solo para quedarme con la conciencia tranquila. Pero sí señalaré lo siguiente: últimamente me repugna de una forma espantosa ceñir mis pensamientos y mis acciones a un patrón moral. Algo distinto gobierna mis acciones…

La chusma juega muy sucio. No puedo evitar pensar que aquí, en la mesa de juego, a menudo se cometen los robos más vulgares. Los crupieres, que se sientan en los extremos de la mesa, vigilan las apuestas y liquidan las ganancias, tienen muchísimo trabajo. ¡Vaya chusma, ellos también! La mayoría, franceses. Por otro lado, cuando recojo aquí mis observaciones y experiencias, no lo hago para describir la ruleta; me preparo para saber cómo he de comportarme en el futuro. Me he dado cuenta, por ejemplo, de que es muy común que un brazo se extienda de repente desde la mesa de atrás y te quite lo que has ganado. Se desata una discusión, a menudo degenera en gritos y… ¡le ruego que me demuestre, y con testigos, que esa apuesta es suya!

Al principio todo aquello era tan impenetrable para mí como un jeroglífico; solo era capaz de entender y en cierto modo distinguir que las apuestas se hacían a un número, a par o impar, o a un color. Del dinero de Polina Aleksándrovna decidí jugarme esa noche cien güldenes. La mera idea de comenzar a jugar para otra persona me ponía un tanto nervioso. Era una sensación sumamente desagradable y me habría gustado deshacerme de ella cuanto antes. No podía dejar de pensar que si comenzaba jugando para Polina estropearía mi buena suerte. ¿Es cierto que bastaba con acercarse a la mesa de juego para contagiarse al instante de superstición? Comencé sacando cinco federicos de oro de mi bolsillo, es decir, cincuenta güldenes, y los aposté a los pares. La ruleta giró y se detuvo en el trece: perdí. Con una dolorosa zozobra, únicamente para acabar de una vez y salir de allí, puse otros cinco federicos de oro al rojo. Salió el rojo. Aposté los diez federicos de oro al rojo… volvió a salir el rojo. Cuando me dieron los cuarenta federicos de oro, aposté veinte a los doce números intermedios, sin saber lo que pasaría. Me pagaron el triple. Así, en lugar de diez federicos de oro, pasé a tener ochenta. Una sensación extraña e inesperada se apoderó de mí y decidí marcharme. Me pareció que, de haber jugado para mí, habría jugado de otra manera. Sin embargo, aposté los ochenta federicos de oro otra vez al par. Esta vez salió el cuatro; acercaron hacia mí otros ochenta federicos de oro y, después de recoger el montón

entero con los ciento sesenta federicos de oro, me fui a buscar a Polina Aleksándrovna.

Estaban todos paseando por algún lugar del parque, y solo alcancé a verla durante la cena. Esta vez no estaba el francés, y el general se volvió hacia mí: entre otras cosas, creyó de nuevo necesario hacerme saber que no deseaba verme en la mesa de juego. En su opinión, si alguna vez perdía demasiado, le pondría en un compromiso; «pero incluso si ganara una suma considerable, también me comprometería», añadió con tono grave. «Por supuesto, no tengo derecho a decirle lo que tiene que hacer, pero estará de acuerdo conmigo en que…» y, como de costumbre, no terminó la frase. Le respondí secamente que disponía de muy poco dinero y que, por consiguiente, no estaba en condiciones de perder mucho, incluso aunque quisiera jugar. De camino a mi habitación, me las arreglé para entregarle a Polina sus ganancias y le comuniqué que no quería volver a jugar para ella.

—¿Por qué no? —preguntó, inquieta.

—Porque quiero jugar para mí —respondí, mirándola con asombro—, y eso es un obstáculo.

—¿Así que sigue convencido de que la ruleta es su única salida y salvación? —me preguntó con tono burlón. Le respondí otra vez muy serio que sí; en cuanto a la seguridad que tenía de que iba a ganar, estuve de acuerdo en que tal vez fuera ridícula, «pero que me dejara en paz».

Polina Aleksándrovna insistió en que debíamos compartir las ganancias del día y quiso darme ochenta federicos de oro, con la propuesta de que el juego continuara con las mismas condiciones. Rechacé de manera firme y categórica esa mitad y declaré tajantemente que no podía jugar para otros, no porque no quisiera, sino porque sin duda perdería.

—En realidad, por ridículo que sea, yo misma tengo también puestas casi todas mis esperanzas en la ruleta —dijo pensativa—, y por eso debe seguir jugando conmigo a medias y, por supuesto, lo hará. —Dicho lo cual, me dejó allí plantado sin esperar a oír más objeciones por parte mía.

# III

Sin embargo, ayer Polina no intercambió en todo el día ni una sola palabra conmigo sobre el juego. De hecho, evitó hablarme. No cambió, eso sí, su trato hacia mí: la misma indiferencia absoluta en nuestras relaciones y encuentros, e incluso cierto desprecio y hostilidad. En general, no se esfuerza por ocultar su antipatía hacia mi persona. Aun así, tampoco me oculta que le soy necesario y que me reserva para algo. Entre nosotros se ha establecido una relación extraña que hasta cierto punto me resulta incomprensible, teniendo en cuenta el orgullo y la soberbia con que trata a todos. Es consciente, por ejemplo, de que la amo con locura, incluso me permite confesarle mi pasión, pero claro, no hay mejor manera de mostrarme su desprecio que dejándome declararle mi amor sin trabas ni censura.

Es como si me dijera: «Tengo en tan poca consideración tus sentimientos que me da igual lo que me digas y lo que sientas por mí». Ya antes hablaba mucho conmigo de sus asuntos, aunque nunca se ha sincerado del todo. El desdén con el que me trata se refleja en ciertos matices. Si ella sabe, por ejemplo, que yo estoy al tanto de algún detalle de su vida o de algo que la perturba enormemente y en un momento dado necesita utilizarme de alguna manera para sus fines, como su esclavo o recadero, entonces siempre me cuenta solo algún detalle más —lo justo que necesita saber un hombre que actúa como recadero—, pero nunca todo el entramado de acontecimientos. Y, aunque ve que me aflijo y me inquieto por sus tormentos y tribulaciones, nunca se digna tranquilizarme siendo franca como haría una amiga, a pesar de que, usándome tan a menudo para cumplir sus encargos, no solo complicados sino incluso peligrosos, creo que como mínimo por esta razón debería ser sincera conmigo. Pero ¿por qué habría de preocuparse por mis sentimientos, por el hecho de que yo esté consumido por la inquietud e incluso me preocupe y sufra por sus problemas y desgracias el triple que ella?

Desde hacía unas tres semanas conocía su intención de jugar a la ruleta. Incluso me hizo saber que yo debía jugar en su lugar, porque sería indecente que ella lo hiciera. Por el tono de sus palabras me di cuenta enseguida que

algo la inquietaba seriamente, y que no se trataba del simple deseo de ganar dinero. ¡Qué le importa a ella el dinero en sí! Tiene que haber cierto objetivo detrás, alguna circunstancia que yo tal vez pueda sospechar, pero de la que hasta hoy no sé nada. Por supuesto, la humillación y el sometimiento en que me mantiene podría darme (y a menudo me da) la oportunidad de interrogarla de forma clara y sin tapujos. A sus ojos no soy más que un esclavo, algo completamente insignificante, por lo que mi grosera curiosidad ni siquiera la molesta. Pero el caso es que, aunque me permite hacer preguntas, no las contesta. A veces simplemente las ignora. ¡Así son las cosas entre nosotros!

Ayer se habló mucho en nuestro grupo de un telegrama que se envió hace cuatro días a Petersburgo y que aún no ha recibido respuesta. El general estaba visiblemente agitado y pensativo. Se trata, por supuesto, de la abuela. El francés también está agitado. Ayer, por ejemplo, después de la comida, los dos mantuvieron una conversación larga y seria. El francés adopta un tono extraordinariamente altanero y desdeñoso con todos nosotros. Se cumple el proverbio: invita al cerdo a la mesa y deshonrará con sus patas el mantel. Incluso con Polina muestra una arrogancia rayana en la grosería, aunque no por eso deja de participar complacido en los paseos que damos juntos hacia el casino o en las excursiones a caballo y en carruaje fuera de la ciudad. Hace tiempo que yo sabía ciertos detalles de la relación que existía entre el francés y el general: pensaban montar juntos una fábrica en Rusia; no sé si el proyecto se abandonó o si siguen adelante con él. Además (esto se lo debo a una coincidencia) resulta que conozco un secreto familiar: el francés ayudó al general a salir de un desagradable aprieto el año pasado, prestándole treinta mil rublos para cubrir un déficit en las arcas del Estado que se descubrió cuando el general dejó su cargo. Y ahora es evidente que el general está en apuros; pero ahora la que interpreta el papel principal es *mademoiselle* Blanche, y estoy seguro de que en eso tampoco me equivoco.

¿Quién es esa tal *mademoiselle* Blanche? Se dice que es una noble francesa que viaja con su madre y posee una fortuna colosal. También se sabe que tiene algún parentesco lejano con nuestro marqués: una prima segunda o tercera. Dicen que hasta que yo me fui a París, el francés y *mademoiselle* Blanche se comportaban uno con otro de manera mucho más formal, y actuaban de manera más fina y recatada; ahora, su relación, amistad y parentesco parecen más evidentes e íntimos. Tal vez nuestra situación les parezca tan precaria que no vean necesario tener muchos miramientos ni ocultarse. Incluso anteayer me fijé en cómo míster Astley miraba a *mademoiselle* Blanche y a su madre, como si las conociera a las dos. También

me pareció que nuestro francés ya había visto antes a míster Astley. Por otro lado, míster Astley es tan tímido, silencioso y reservado que uno puede estar casi seguro de que no cometerá ninguna indiscreción. En cualquier caso, el francés apenas lo saluda y casi no lo mira, por lo que cabe suponer que no le tiene miedo. Esto es comprensible, pero ¿por qué *mademoiselle* Blanche tampoco lo mira? Más aun teniendo en cuenta que el marqués ayer, sin venir a cuento, se fue de la lengua: de pronto, en medio de la conversación, no sé por qué motivo, dijo que míster Astley era inmensamente rico y que lo conocía de buena fuente. ¡En ese momento *mademoiselle* Blanche debería haber mirado a míster Astley! En definitiva, el general está muy inquieto. ¡Se comprende lo que significaría para él el telegrama de la muerte de su tía precisamente ahora!

Pese a que me pareció bastante evidente que Polina evitaba conversar conmigo, y que lo hacía a propósito, yo también adopté una actitud fría e indiferente, aunque seguía pensando que, después de todo, hablaría conmigo. Por eso, tanto ayer como hoy he centrado toda mi atención en *mademoiselle* Blanche. ¡Pobre general, está perdido! Enamorarse tan apasionadamente a los cincuenta y cinco años es, desde luego, una desgracia. Añádanse a ello la viudez, los hijos, un patrimonio completamente arruinado, las deudas y, por último, esa mujer ante la que ha caído rendido. *Mademoiselle* Blanche es una belleza. Pero no sé si me entenderán si digo que es una belleza de la que uno puede asustarse. Por lo menos a mí siempre me han dado miedo ese tipo de mujeres. Debe de tener unos veinticinco años. Es alta y de hombros anchos y bien redondeados; un cuello y pecho magníficos; la piel, de un moreno amarillento, cabello negro como la tinta y tan abundante que daría para dos peinados. Ojos negros, con el blanco de estos un tanto amarillo, la mirada insolente, los dientes níveos, la boca siempre pintada. Huele a almizcle, viste de forma llamativa, peculiar, con opulencia, pero con mucho gusto. Sus pies y sus manos son admirables. La voz: un contralto enronquecido. De vez en cuando se ríe a carcajadas, enseñando todos los dientes, pero la mayor parte del tiempo permanece en silencio y mira con descaro, por lo menos cuando Polina y Maria Filíppovna están presentes. (Un extraño rumor: se dice que Maria Filíppovna vuelve a Rusia). Me parece que *mademoiselle* Blanche no tiene ninguna educación, quizá ni siquiera sea inteligente, pero sí astuta y suspicaz. Me parece que en su vida no han faltado las aventuras. Y si hay que decirlo todo, bien puede ser que el marqués no sea su pariente, y que su madre no sea en absoluto su madre. No obstante, sabemos que ella y su madre tenían algunas amistades respetables en Berlín, donde las conocimos. En cuanto al

marqués, hasta hoy sigo albergando dudas de que sea marqués, pero parece confirmarse su pertenencia a la mejor sociedad, tanto entre nosotros, en Moscú, como en algunos lugares de Alemania. ¿Y en Francia? No sé cómo será allí. Dicen que posee un *château*. Antes de partir, pensaba que durante esos quince días muchas cosas iban a suceder, pero todavía no sé con certeza si se ha pronunciado una palabra decisiva entre *mademoiselle* Blanche y el general. En resumen, ahora todo depende de nuestra situación, es decir, de cuánto dinero pueda mostrarles el general. Si, por ejemplo, llegara la noticia de que la abuela no ha muerto, estoy convencido de que *mademoiselle* Blanche desaparecería de inmediato. Me sorprende y me divierte lo chismoso que me he vuelto. ¡Oh, cómo me repugna todo esto! ¡De buena gana lo abandonaría todo y a todos! Pero ¿podría dejar a Polina, renunciar a espiar todo cuanto sucede a su alrededor? Espiar a alguien, por supuesto, es algo ruin, pero… ¡qué más me da!

Tanto ayer como hoy míster Astley también despertó mi interés. ¡Sí, estoy convencido de que está enamorado de Polina! Es extraño y ridículo lo que puede llegar a expresar la mirada de un hombre tímido, puro y casto tocado por el amor, sobre todo en el momento en que ese hombre preferiría que se lo tragara la tierra antes de delatarse con una palabra o una mirada. Míster Astley se cruza con nosotros muy a menudo en nuestros paseos. Se quita el sombrero y pasa de largo, aunque arde en deseos, por supuesto, de unirse a nosotros. Pero cuando se le invita, declina al instante. En los lugares de ocio, en el casino, en el quiosco de música o delante de la fuente, seguro que está en algún lugar cerca de nuestro banco; y, dondequiera que estemos, ya sea en el parque, en el bosque o en Schlangenberg, no tenemos más que alzar los ojos y mirar alrededor para divisar, infaliblemente, un trocito de míster Astley, ya sea en el sendero cercano o detrás de un arbusto. Me parece que está buscando la oportunidad de hablar conmigo a solas. Esta mañana nos encontramos y cruzamos dos palabras. A veces habla de una forma notablemente atropellada. Sin dar siquiera los «buenos días», me soltó a bocajarro:

—¡Ah, *mademoiselle* Blanche! ¡He conocido a muchas damas como *mademoiselle* Blanche!

Se quedó en silencio y me miró como dándome a entender algo. No sé qué quiso decir, porque, cuando le pregunté qué significaba, inclinó la cabeza con una sonrisa socarrona y añadió:

—Así es. ¿A *mademoiselle* Polina le gustan mucho las flores?

—No lo sé, ni idea —respondí.

—¿Cómo? ¿Ni siquiera sabe eso? —exclamó, muy asombrado.

—No lo sé, nunca me he fijado —repetí riéndome.

—Hmmm, da que pensar.

Inclinó la cabeza y siguió su camino. Por cierto, parecía satisfecho. Nuestra conversación se desarrolló en un francés pésimo.

# IV

Hoy ha sido un día raro, horrible, absurdo. Ahora son las once de la noche. Estoy en mi habitación e intento recordarlo. Todo comenzó cuando por la mañana tuve que ir a la ruleta a jugar para Polina Aleksándrovna. Me llevé todo su dinero, ciento sesenta federicos de oro, pero con dos condiciones: la primera, que no estaba dispuesto a jugar a medias (es decir, que si ganaba no me quedaría con nada); la segunda, que por la tarde Polina me explicaría por qué necesitaba tanto ganar dinero y cuánto exactamente. Aun así, sigo sin creerme que todo esto sea solo por dinero. Es evidente que necesita el dinero cuanto antes y para un fin muy concreto. Prometió explicármelo y me puse en camino. Las salas de juego estaban abarrotadas. ¡Qué insolentes y avariciosos eran todos! Me abrí paso hasta el centro, me coloqué junto al crupier y empecé a jugar tímidamente, apostando dos o tres monedas. Entretanto, observaba y tomaba notas. Me dio la impresión de que hacer cálculos en realidad importaba poco y que no era tan trascendental como pensaban muchos jugadores, que se sientan con hojas de papel rayado, anotan las apuestas, los resultados, cuentan, deducen probabilidades, hacen más cálculos y finalmente apuestan y pierden igual que el resto de los mortales que jugamos sin estrategia. Sin embargo, saqué una conclusión que parece cierta: en las series de resultados aleatorios parece haber, si no un sistema, sí algo parecido a un patrón que, por supuesto, es muy extraño. Por ejemplo, a veces sucede que, después de los doce números intermedios, llega el turno de los doce últimos; por ejemplo, dos veces la bola puede rodar y caer en los últimos doce y luego caer en los doce primeros. Al caer en los doce primeros, pasa otra vez a los doce intermedios; la bola cae tres o cuatro veces seguidas en los del medio y de nuevo pasa a los últimos doce, cuando, de nuevo, después de dos tiradas, pasa a los primeros; allí cae una vez y de nuevo cae tres veces en los intermedios, y así continúa durante una hora y media o dos. Uno, tres y dos, uno, tres y dos. Es muy divertido. Otra tarde u otra mañana, por ejemplo, el rojo se alterna con el negro, y viceversa, casi sin ningún orden, a cada minuto, de tal manera que no cae más de dos o tres jugadas seguidas en el

rojo o en el negro. Pero a la mañana o a la tarde siguientes solo cae en el rojo; llega a caer, por ejemplo, más de veintidós veces seguidas y así sigue sin parar durante un tiempo, por ejemplo, todo un día. Algunas de estas cosas me las explicó míster Astley, que estuvo toda la mañana en las mesas de juego, pero sin apostar ni una sola vez. En lo que a mí respecta, lo perdí todo, hasta el último céntimo, y muy rápidamente. Nada más empezar aposté veinte federicos de oro a los pares y gané, luego aposté al cinco y volví a ganar, y así continué otras dos o tres veces. Creo que después de apenas cinco minutos llegué a tener en mis manos unos cuatrocientos federicos de oro. Ahí tenía que haberlo dejado, pero brotó en mí una sensación extraña, una suerte de reto al destino, un deseo de burlarme de él, de sacarle la lengua. Aposté la mayor suma permitida, cuatro mil gúldenes, y perdí. Después, en el calor del momento, saqué todo cuanto me quedaba, lo puse en el mismo número y perdí de nuevo, después de lo cual me aparté de la mesa como aturdido. Ni siquiera entendía lo que me había sucedido y solo informé a Polina Aleksándrovna de que había perdido justo antes de la comida. Hasta ese momento, estuve vagando por el parque.

Durante la comida me volví a sumir en un estado de agitación, al igual que hace tres días. El francés y *mademoiselle* Blanche volvieron a comer con nosotros. Resultó que *mademoiselle* Blanche se había pasado la mañana en las salas de juego y había observado mis andanzas. Esta vez se dirigió a mí con más respeto. El francés fue más directo y me preguntó sin ambages si el dinero que había perdido era mío. Me parece que sospecha de Polina. En otras palabras, ahí hay gato encerrado. Mentí al instante y le dije que sí, que el dinero era mío.

El general estaba extremadamente sorprendido: ¿de dónde había sacado yo tanto dinero? Le expliqué que había empezado con diez federicos de oro, que dos rachas de suerte de seis o siete jugadas seguidas me habían llevado a atesorar cinco o seis mil gúldenes y que después lo había perdido todo en dos apuestas.

Todo esto, por supuesto, sonaba creíble. Durante mi explicación observé a Polina, pero no pude descifrar nada en su cara. En cualquier caso, me dejó mentir sin corregirme, de lo que concluí que debía mentir y ocultar que había estado jugando para ella. En cualquier caso, pensé, me debe una explicación y además había prometido revelarme algo.

Pensé que el general me haría algún comentario, pero se quedó callado; sin embargo, noté cierta agitación e inquietud en su rostro. Tal vez en su difícil situación no le resultaría fácil oír cómo semejante cantidad de oro

había llegado y se había esfumado en un cuarto de hora a manos de un tonto imprudente como yo.

Sospecho que anoche tuvo una acalorada discusión con el francés. Estuvieron hablando largo y tendido a puerta cerrada. El francés se fue visiblemente irritado, y esta mañana temprano volvió a visitar al general, probablemente para continuar la conversación de ayer.

Al oír que yo había perdido en la ruleta, el francés observó de manera sarcástica e incluso maliciosa que debería haber sido más cauteloso. No sé por qué añadió que, aunque los rusos jugamos mucho, a su parecer, ni siquiera estamos dotados para el juego.

—Pues, en mi opinión, la ruleta se creó para los rusos —dije y, cuando el francés sonrió con desprecio a mi respuesta, señalé que era evidente que la razón estaba de mi lado, porque cuando yo tildaba a los rusos de jugadores los estaba insultando antes que alabando y, por tanto, resultaba creíble.

—¿Y en qué basa su opinión? —preguntó el francés.

—En el hecho de que en el catecismo de virtudes y méritos del hombre occidental civilizado la adquisición de capital ha ocupado históricamente un lugar privilegiado. Mientras que los rusos no solo no son capaces de adquirir capital, sino que también lo despilfarran sin sentido y de forma indecente. Lo que no impide que nosotros, los rusos, también necesitemos dinero —añadí —, por lo que estamos muy contentos y dispuestos a utilizar medios como la ruleta, donde uno puede enriquecerse de pronto en dos horas sin trabajar. Eso nos seduce y, como jugamos a lo loco, a la ligera, perdemos.

—Eso es verdad en parte —comentó el francés, complacido.

—No, no es verdad; y a usted debería darle vergüenza hablar así de su país —señaló el general con severidad y dándose aires de importancia.

—Por favor —le respondí—, lo cierto es que no sé qué me resulta más repulsivo, si la indecencia rusa o la manera alemana de acumular dinero con un trabajo honrado.

—¡Qué idea tan indecente! —exclamó el general.

—¡Qué idea tan rusa! —exclamó el francés.

Me reí. Tenía unas ganas horribles de provocarlos.

—Prefiero pasarme la vida en una yurta kirguisa que adorar al ídolo alemán —grité.

—¿Qué ídolo? —preguntó el general, que ya estaba empezando a enfadarse de verdad.

—La manera que tienen los alemanes de acumular riquezas. No llevo mucho tiempo aquí, pero lo que he podido ver y comprobar hasta ahora hace

que hierva mi sangre tártara. Por Dios, no quiero semejantes virtudes. Ayer mismo di un paseo de unas diez verstas a la redonda. Todo lo que vi coincide exactamente con lo que aparece en esos libros moralistas alemanes con ilustraciones. En cada casa hay un *Vater*[22] terriblemente virtuoso y extraordinariamente honrado. Tan honrado que da miedo acercarse a él. No soporto a esa gente honrada a la que da miedo acercarse. Cada *Vater* tiene una familia y por las tardes leen todos juntos en voz alta sus libros moralistas. Sobre la casita susurran los olmos y los castaños. La puesta de sol, la cigüeña sobre el tejado… Todo es increíblemente poético y conmovedor…

»No se enfade, general, permítame más bien que le cuente una historia de lo más conmovedora. Yo mismo recuerdo cómo mi padre, mi difunto padre, también nos leía por las tardes en voz alta a mí y a mi madre libros similares, debajo de los tilos, en el jardín delante de casa. Así que puedo juzgar con conocimiento de causa. Todas y cada una de estas familias locales se encuentran en total esclavitud y sumisión al *Vater*. Todos trabajan como bueyes y todos ahorran dinero como judíos. Supongamos que el *Vater* ha ahorrado ya algunos gúldenes y tiene planeado legarle a su hijo mayor el oficio o un pequeño terreno; por tanto, la hija no recibirá dote; en consecuencia, se quedará para vestir santos, venderán al hijo menor como siervo o soldado, con lo que ese dinero pasará a engrosar la fortuna familiar. De hecho, así es como se hace aquí; he estado preguntando. Y todo en nombre de la honradez, de una honradez redoblada, hasta el punto de que el hijo menor al que venden cree que lo hacen por pura honradez; lo cual es el culmen, que la misma víctima se regocije de que la lleven al sacrificio. ¿Y después? Pues que el hijo mayor no lo tiene mejor. Tiene una Amalia con la que ha unido su corazón, pero con quien no puede casarse porque todavía no ha ahorrado suficientes gúldenes. Ellos esperan también virtuosamente, con corazón sincero, y también sonríen mientras se dirigen al sacrificio. Entretanto, su Amalia va perdiendo el color de las mejillas y se consume. Al final, unos veinte años después ya ha aumentado su prosperidad y han acumulado, honrada y virtuosamente, suficientes gúldenes. El *Vater* da su bendición a su hijo mayor, que ya tiene cuarenta años, y a su Amalia de treinta y cinco, con el pecho marchito y la nariz roja… Mientras los bendice llora, suelta un sermón y se muere. El hijo mayor se convierte a su vez en el virtuoso *Vater* y la historia vuelve a empezar. Unos cincuenta o setenta años después, el nieto del primer *Vater* ya ha amasado un importante capital que lega a su hijo, este al suyo, este al suyo, y al cabo de unas cinco o seis generaciones surge un barón Rothschild, un Hoppe & Co. o Dios sabe qué.[23]

¡Qué majestuoso espectáculo! ¡Uno o dos siglos de trabajo de generación en generación, de paciencia, inteligencia, honradez, carácter, firmeza, cálculos y cigüeñas en el tejado! ¿Qué más pedir? No puede haber nada mejor y desde ese lugar se empieza a juzgar a todo el mundo y a hacer el juego a los culpables; es decir, todos aquellos que sean un poco diferentes pasan a ser inmediatamente ejecutados. Así que les digo: prefiero arruinarme a la rusa o hacerme rico con la ruleta. No me interesa tener Hoppe & Co. dentro de cinco generaciones. Necesito el dinero para mí, y no me considero indispensable para el capital ni supeditado a él. Sé que estoy diciendo una sarta de tonterías, pero da lo mismo. Estas son mis convicciones.

—No sé si todo lo que ha dicho es correcto —comentó pensativo el general—, pero de lo que sí estoy seguro es de que empieza a pavonearse de una manera insoportable en cuanto le dan un poco de espacio…

Según su costumbre, no terminó la frase. Si nuestro general comenzaba a hablar de algo un poco más importante que la habitual charla cotidiana, nunca acababa. El francés escuchaba sin prestar demasiada atención, abriendo un poco los ojos. No entendió casi nada de lo que yo decía. Polina parecía en cierto modo altiva e indiferente. Daba la impresión de que no solo no me escuchaba a mí, sino que esta vez no había oído nada de lo que se había dicho en la mesa.

# V

Estaba absorta en sus pensamientos; pero inmediatamente después de levantarnos de la mesa me pidió que la acompañara a dar un paseo. Nos llevamos a los niños y fuimos al parque, hacia la fuente.

Como estaba especialmente excitado, lancé estúpida y torpemente la pregunta de por qué nuestro marqués Des Grieux, el francesito, ya no la acompañaba en sus paseos; es más, por qué desde hacía días ni siquiera le dirigía la palabra.

—Porque es un granuja. —Esa fue su extraña respuesta.

Nunca la había oído decir algo así sobre Des Grieux, y me callé porque temía descubrir el motivo de esa irritación.

—¿Se ha dado cuenta de que hoy el general y él no estaban de buenas?

—¿Le gustaría saber de qué se trata? —respondió con un tono seco e irritado—. Ya sabe que el general está muy endeudado con él; tiene todo el patrimonio hipotecado y, si la vieja tía no muere, el francés tomará posesión inmediata de todos sus bienes.

—Ajá, ¿así que es verdad que lo tiene todo hipotecado? Había oído algo así, pero no estaba seguro.

—Pues sí.

—Si pasa eso, *adieu* a *mademoiselle* Blanche —comenté—. ¡Entonces tampoco se convertirá en *madame* la generala! ¿Sabe? Creo que el general está tan enamorado que, si *mademoiselle* Blanche lo deja, puede que acabe hasta pegándose un tiro. A su edad, es peligroso enamorarse así.

—Yo también creo que le pasará algo —respondió Polina Aleksándrovna, pensativa.

—¡Magnífico! —exclamé—. Después de todo, ¡no puede haber una prueba más clara de que solo quería casarse por dinero! Aquí no ha habido decencia ni la más mínima consideración. ¡Formidable! Y en cuanto a la abuela, qué puede haber más cómico y vil que enviar un telegrama tras otro preguntando: ¿Se ha muerto, se ha muerto ya? ¿Qué le parece? Eh, ¿qué le parece a usted, Polina Aleksándrovna?

—Nada de eso es digno de mención —contestó disgustada, sin responderme—. Al contrario, me sorprende que usted esté tan contento. ¿De qué se alegra? ¿De haber perdido mi dinero?

—¿Por qué me lo dio para apostarlo? Le dije que no puedo jugar para otros y menos para usted. La obedeceré en todo lo que me ordene, pero el resultado no está en mi mano. La advertí de que no serviría de nada. Dígame, ¿le duele haber perdido tanto dinero? ¿Para qué necesita tanto?

—¿A qué vienen estas preguntas?

—Usted misma prometió que me lo explicaría… Escuche: estoy completamente convencido de que, en cuanto juegue para mí (y tengo doce federicos de oro), ganaré. Entonces podrá tomar de mí todo cuanto necesite. —Hizo una mueca despectiva—. No se ofenda por mi propuesta —continué —. Soy tan consciente de que usted me considera un cero a la izquierda que incluso podría aceptar mi dinero. No debería tomarse un regalo que viniera de mí como un insulto. Además, yo me he jugado el suyo.

Me echó un vistazo y, al darse cuenta de la irritación y el sarcasmo que había en mi voz, me interrumpió de nuevo.

—Mi situación no le interesa en absoluto. Estoy endeudada, si quiere saberlo. Pedí dinero prestado y me gustaría devolverlo. Tuve la insensata y loca idea de que tenía que ganar aquí, en la mesa de juego. No sé cómo se me ocurrió, pero así lo creía. Quién sabe, tal vez pensara que no tenía alternativa.

—O quizá tenía demasiada necesidad de ganar. Como un ahogado que se agarra a una brizna de paja. Estará de acuerdo conmigo en que si no se estuviera ahogando no tomaría la paja por una rama.

Polina se sorprendió.

—Pero ¿qué dice? —me preguntó—. Si usted tiene la misma esperanza… Hace dos semanas me habló largo y tendido de que estaba totalmente convencido de que iba a ganar aquí en la ruleta y trató de persuadirme de que no estaba loco. ¿O es que entonces bromeaba? No, no, recuerdo que hablaba tan serio que era imposible tomárselo a broma.

—Es cierto —respondí pensativo—, sigo estando totalmente convencido de que ganaré. Es más, le confieso que ahora usted me está llevando a preguntarme: ¿por qué mi estúpido y escandaloso fracaso de hoy no me ha despertado ninguna duda al respecto? Sigo estando completamente convencido de que en cuanto empiece a jugar para mí será inevitable ganar.

—¿Cómo puede estar tan convencido?

—Pues si lo prefiere, no lo sé. Lo único que sé es que tengo que ganar, que esta es la única salida para mí también. Tal vez por eso me parece que

debo ganar sin falta.

—En consecuencia, si cree en ello con tanto fanatismo, ¿es que también usted lo necesita mucho?

—Apuesto a que usted duda de que yo sea capaz de sentir una necesidad real.

—Me da igual —respondió Polina con tranquilidad e indiferencia—. Si de verdad quiere saberlo, sí, dudo que sufra por nada serio. Puede que sufra, pero no en serio. Usted es una persona desordenada, inestable. ¿Para qué necesita el dinero? Entre todos los argumentos que me presentó, no descubrí ninguna razón de peso.

—Por cierto —la interrumpí—, dice usted que debe saldar su deuda. Debe de tratarse de una deuda importante. ¿No será con el francés?

—¿Qué pregunta es esa? Hoy está especialmente impertinente. ¿No estará borracho?

—Usted sabe que me tomo la libertad de no morderme la lengua y que a veces tengo la costumbre de preguntar con demasiada franqueza. Insisto: soy su esclavo, y no hay por qué avergonzarse ante los esclavos; un esclavo no puede ofender.

—¡Todo esto es absurdo! Y no soporto esa teoría suya del esclavo.

—Fíjese en que no menciono mi esclavitud porque desee ser su esclavo, sino que hablo de ello como un hecho, un hecho que en absoluto depende de mí. Dígame claramente para qué necesita el dinero.

—¿Y para qué quiere usted saberlo? Como quiera —respondió ella, con un orgulloso movimiento de cabeza.

—No soporta la teoría del esclavo, pero la esclavitud sí que la exige: «¡Responda, pero no piense!». Muy bien, si así lo desea. Me pregunta que para qué quiero el dinero. ¿Cómo que para qué? ¡El dinero lo es todo!

—Eso lo entiendo, pero ¡no puede llegar al extremo de perder la cabeza por desearlo! Usted llega a exaltarse, hasta se vuelve fatalista. Tiene que haber algo detrás, un propósito especial. Dígamelo sin rodeos, quiero saberlo.

Pareció que se estaba enojando y me procuró un inmenso placer que me interrogara con tanta vehemencia.

—Es evidente que hay un objetivo —dije—, pero no sé si sabré explicar cuál es. Simplemente que con dinero me convertiría en alguien diferente para usted, no en un esclavo.

—¿Cómo? ¿Cómo piensa lograr eso?

—¿Que cómo? Ni siquiera concibe que pueda haber una manera de que me mire de otra forma que no sea como a un esclavo. Precisamente eso es lo

que no quiero, esas miradas de asombro y perplejidad.

—Dice usted que esa esclavitud es un placer para usted. Yo también lo he pensado.

—¡Usted también lo ha pensado! —exclamé con un extraño placer—. ¡Ah, qué deliciosa resulta esa ingenuidad suya! Bueno, sí, ser su esclavo es un placer para mí. ¡Sí, hay placer en la humillación y la degradación absolutas! —Continué diciendo en pleno delirio—. Quién sabe, qué demonios, tal vez también lo haya bajo el látigo cuando azota la espalda y desgarra la carne… Pero quizá quiera conocer también otros placeres. No hace mucho el general me dio un sermón en la mesa delante de usted por los setecientos rublos al año que me paga y que quizá nunca reciba. El marqués Des Grieux me miró con las cejas levantadas, aunque sin hacerme el menor caso. Por mi parte, tal vez me impulsa el deseo irrefrenable de agarrar al marqués Des Grieux por la nariz en su presencia.

—Habla como un niño. Uno puede comportarse con dignidad en cualquier situación. Si hay lucha, esa lucha engrandece, no rebaja.

—¡Como sacado de un libro de texto! Presupone que tal vez no sepa comportarme con dignidad. Es decir, que tal vez sea una persona digna, pero no sé cómo mostrarme dignamente. ¿Comprende usted que eso es posible? Sí, todos los rusos son así, ¿y sabe por qué? Porque los rusos tenemos muchos y variados talentos como para adoptar unos modales sin más. Lo importante aquí son las formas. La mayoría de los rusos tenemos tanto talento que para encontrar una forma de comportarnos apropiada necesitamos genialidad. Pero la genialidad no es común, por lo general escasea. Los franceses y quizá algunos otros europeos son los únicos que han establecido un código de buenas maneras tan definido que uno puede presentarse con extraordinaria dignidad y ser la persona más indigna. Por eso las formas son tan importantes para ellos. Un francés soportará un insulto, un insulto genuino que impacte en su corazón sin inmutarse, pero no tolerará un capirotazo en la nariz por nada del mundo, porque eso implicaría una violación de la forma de cortesía aceptada y perpetuada. Por eso nuestras jóvenes se encaprichan tanto de los franceses porque son maestros de las buenas formas. Sin embargo, yo creo que no son buenas formas en absoluto, es solo el prestigio de un gallo, *le coq gaulois*.[24] Por otro lado, no puedo comprenderlo porque no soy mujer. Puede que los gallos sean hermosos. Pero estoy desvariando y usted no me detiene. Deténgame más a menudo; cuando hablo con usted quiero decirlo todo, todo, todo. Pierdo las formas. Incluso estoy dispuesto a afirmar que no solo carezco de buenas formas, sino también de dignidad. Se lo hago saber: no me

preocupa la dignidad, sea cual sea. Ahora todo se ha paralizado dentro de mí. Sabe muy bien por qué. No tengo en la cabeza ninguna idea humana. Hace mucho que no sé qué pasa en el mundo, ni en Rusia ni aquí. Atravesé la ciudad de Dresde y no sé cómo es. Sabe perfectamente lo que me absorbió. Como no tengo ninguna esperanza y soy un cero a sus ojos, se lo digo sin rodeos: solo la veo a usted en todas partes, me importa un bledo lo demás. No sé por qué ni cómo es que la amo. ¿Sabe que tal vez usted ni siquiera sea bella? Imagínese, ni siquiera sé si es bella, ¡si su rostro es bello! Es probable que no tenga un buen corazón, que no sea noble de espíritu; eso es muy posible.

—Tal vez por eso crea que puede comprarme con dinero —dijo ella—, porque duda de mi nobleza.

—¿Cuándo he querido yo comprarla con dinero? —exclamé.

—Se ha enredado y ha perdido el hilo. Si no a mí exactamente, sí pretende comprar mi respeto con dinero.

—Bueno, no es así exactamente. Ya le dije que me cuesta explicarme. Usted me intimida. No se enfade por mis tonterías. Usted entiende por qué no puede enojarse conmigo: simplemente estoy loco. En realidad, me da igual si se enoja. Solo tengo que recordar, allí en mi habitación, el roce de su vestido para morderme las manos. ¿Y por qué quiere enfadarse conmigo? ¿Porque me considero un esclavo? Aprovéchese, ¡aprovéchese de mi esclavitud, úsela! ¿Sabe que algún día la mataré? No porque deje de amarla o por celos, sino que simplemente la mataré porque a veces tengo ganas de devorarla. Se ríe…

—No me río en absoluto —dijo furiosa—. Le ordeno que se calle.

Enmudeció, casi sin aliento por la ira. Dios, no sé si era bella, pero en cualquier caso siempre me gustó cuando se detenía así, callada frente a mí, por eso me encantaba provocar su ira tan a menudo. Tal vez se hubiera dado cuenta y se enfadara a propósito. Así se lo dije.

—¡Qué horror! —exclamó disgustada.

—No me importa —continué—. ¿Sabe además que es peligroso que estemos los dos solos? Muchas veces he tenido el deseo irrefrenable de golpearla, de desfigurarla, de estrangularla. ¿Cree que no lo haré llegado el caso? Me está volviendo loco. ¿Debería tener miedo al escándalo? ¿O a su ira? ¿Qué puede significar su ira para mí? La amo sin esperanza y sé que después la amaré mil veces más. Si algún día la mato, acto seguido tendría que quitarme la vida, pero tardaría todo lo posible en matarme para saborear el dolor insoportable de su ausencia. ¿Sabe también algo increíble? Cada día la amo más, aunque sea casi imposible. ¿Cómo no voy a volverme fatalista

después de esto? ¿Recuerda anteayer, en el Schlangenberg, cuando le susurré en respuesta a su provocación: «una palabra suya y me arrojaré al vacío»? Si en ese momento hubiera dicho esa palabra, habría saltado. ¿Acaso no cree que habría saltado?

—¡Qué charlatanería tan estúpida! —exclamó.

—No me importa en absoluto si es estúpida o sabia —grité—. Solo sé que cuando estoy con usted tengo que hablar, hablar, hablar… y por eso hablo. A su lado pierdo el amor propio y me da todo igual.

—¿Y por qué debería obligarle a saltar desde el Schlangenberg? —dijo cortante y de un modo especialmente ofensivo—. Para mí sería completamente inútil.

—¡Excelente! —exclamé yo—. Ha dicho ese «inútil» excelente a propósito para aplastarme. Puedo ver a través de usted. ¿Inútil, dice? Pero el placer siempre es útil, y el poder brutal e ilimitado, aunque se ejerza sobre una mosca, es en cierta forma un tipo de placer. El ser humano es déspota por naturaleza y le gusta ser torturador. A usted le encanta.

Recuerdo que en ese momento me miró con especial atención. Probablemente mi rostro expresara todas las sensaciones confusas y contradictorias que estaba experimentando. Ahora recuerdo que nuestra conversación de entonces fue tal como la he descrito aquí, casi palabra por palabra. Yo tenía los ojos inyectados en sangre. En las comisuras de los labios tenía espuma. Y en cuanto a lo del Schlangenberg, juro por mi honor, incluso ahora mismo, que, si entonces me hubiera ordenado saltar, ¡habría saltado! Incluso aunque solo lo hubiera dicho en broma, con desprecio, como escupiéndome… ¡Incluso así habría saltado!

—No, ¿por qué? Lo creo —dijo, pero como solo ella sabe hacerlo, con tal desdén y sarcasmo, con tal arrogancia que, lo juro por Dios, podría haberla matado en ese minuto. Se estaba arriesgando. Después de todo, yo no había exagerado al hablar sobre eso—. ¿No es usted un cobarde? —me preguntó de repente.

—No sé, quizá sí lo sea, un cobarde. No lo sé… Hace mucho tiempo que no pienso en eso.

—Si yo le dijera, mate a esa persona, ¿lo haría?

—¿A quién?

—A quien yo quisiera.

—¿Al francés?

—No pregunte, simplemente responda… A quien yo dijera. Quiero saber si ahora habla en serio. —Esperaba la respuesta con tanta seriedad e

impaciencia que me sentí extraño.

—Pero ¿no va a decirme, de una vez por todas, lo que está pasando aquí? —grité—. ¿De qué tiene miedo, acaso de mí? Me doy perfecta cuenta de que todo se está desmadrando. Es usted la hijastra de un hombre arruinado y loco, infectado de pasión por esa diabla-Blanche; luego está ese francés, con su misteriosa influencia sobre usted, y ahora con el semblante tan serio me hace… esa pregunta. Deme al menos alguna pista. Si no, perderé la razón y acabaré haciendo quién sabe qué. ¿O es que le da vergüenza sincerarse conmigo? Pero ¿acaso puede usted avergonzarse delante de mí?

—Le estoy hablando de algo muy distinto. Le he hecho una pregunta y espero una respuesta.

—Por supuesto que mataría —grité yo— a cualquiera que usted me señalara, pero ¿es que…? ¿Acaso me va a ordenar tal cosa?

—¿Qué se cree, que me apiadaría de usted? Se lo ordenaré y me haré a un lado. ¿Podrá soportarlo? Qué va, ¡cómo podría! Puede que matara por orden mía, pero luego vendría a matarme a mí, por haberme atrevido a darle esa orden.

Sentí como si me golpeara un rayo al oír estas palabras. Claro, entonces todavía consideraba su pregunta medio en broma, un desafío; pero, aun así, lo había dicho demasiado seria. Me asombró, a pesar de todo, que se expresara de esa manera, que se reservara tal derecho sobre mí, que aceptara tener semejante poder sobre mi persona y lo dijera sin rodeos: «Váyase a la perdición mientras yo me mantengo al margen». Había algo tan cínico y descarado en esas palabras que, en mi opinión, era extralimitarse. Así pues, ¿cómo me miraría luego? Esto ya sobrepasaba la esclavitud y la anulación. Después de una mirada como esa, una persona no puede sino elevarse hacia sí misma. Y por absurda e increíble que fuera toda nuestra conversación, el corazón se me encogió.

De pronto se echó a reír. En ese momento estábamos sentados en un banco, cerca de los niños que jugaban, exactamente enfrente del lugar donde se detenían los carruajes y el público se apeaba en la avenida para ir al casino.

—¿Ve a esa baronesa gorda? —gritó—. Es la baronesa Wurmerhelm. Llegó hace solo tres días. ¿Ve a su marido, ese prusiano largo y delgado con un bastón en la mano? ¿Recuerda cómo nos miraba anteayer? Vaya enseguida, póngase delante de la baronesa, quítese el sombrero y dígale algo en francés.

—¿Para qué?

—En el Schlangenberg juró que saltaría al vacío, ahora ha jurado que estaría dispuesto a matar si yo se lo ordeno. En lugar de esos asesinatos y tragedias, todo lo que deseo es reírme. Vaya, y sin excusas. Quiero ver cómo el barón lo golpea con el bastón.

—Me está retando; ¿cree que no lo haré?

—Sí, lo estoy retando. ¡Vaya, es lo que quiero!

—Por supuesto, iré, aunque sea un capricho absurdo. Solo una cosa: espero que esto no le cause problemas al general y, por ende, a usted. Le juro que no me preocupo por mí, sino por usted; bueno, y por el general. ¿Qué clase de capricho es que vaya a ofender a una mujer?

—No, ya veo que usted es solo un charlatán —dijo con desprecio—. Hace un momento tenía los ojos inyectados en sangre, aunque quizá sea porque bebió mucho vino en la comida. ¿Acaso no sé yo misma que es estúpido, vulgar y que el general se enfadará? Simplemente quiero reírme. Bueno, ¡quiero eso y ya está! ¿Para qué ofender a una mujer? Lo más probable es que le den un bastonazo.

Me di la vuelta y sin decir una palabra me fui para cumplir su orden. Claro, era una estupidez y, claro, no pude zafarme, pero cuando empecé a acercarme a la baronesa, recuerdo como si algo me empujara, como si me sintiera impulsado por una chiquillada. Y, además, estaba terriblemente irritado, como ebrio.

# VI

Hacía ya dos días de aquel momento estúpido. ¡Cuánto griterío, ruido, estrépito, estruendo! Y qué desorden, ruina, estupidez y vulgaridad, y la culpa la tengo yo. Por cierto, a veces resulta cómico, al menos para mí. No puedo saber qué me ha pasado, si me hallo en un estado de agitación frenética, o si perdí el rumbo y no dejaré de armar un escándalo hasta que me pongan una camisa de fuerza. A veces me parece que estoy perdiendo el juicio. Y otras me parece que no he salido de mi infancia, del pupitre de la escuela, y que sigo haciendo travesuras.

Es Polina, ¡todo es por Polina! De no ser por ella, probablemente no me habría comportado como un colegial. Quién sabe, tal vez todo lo hago por desesperación (por muy estúpido que sea, por cierto, pensar tal cosa). No entiendo, ¡no entiendo qué tiene ella de bueno! Es bella, sí, lo es; o eso me parece. Después de todo, a otros también los trastoca. Alta y esbelta. Pero demasiado delgada. Parece que se podría hacer un nudo con ella o doblarla por la mitad. La huella de su pie es estrecha y larga… tortuosa. Simplemente tortuosa. El pelo con un matiz rojizo. Sus ojos, verdaderos ojos de gato, pero ¡qué orgullosa y altiva puede ser su mirada! Hace unos cuatro meses, cuando yo acababa de asumir mi puesto, una tarde mantuvo una larga y acalorada conversación con Des Grieux en el salón. Y ella lo miraba de una manera… que más tarde, cuando me disponía a acostarme, me imaginé que lo había abofeteado, que le acababa de soltar un bofetón y que estaba de pie frente a él mirándolo… Desde aquella noche me enamoré de ella.

En fin, al grano.

Bajé por un caminito hasta la avenida, me detuve a la mitad y esperé a la baronesa y al barón. A unos cinco pasos de distancia, me quité el sombrero e hice una reverencia.

Recuerdo que la baronesa llevaba un vestido de seda de cintura inmensa, color gris claro, con volantes, miriñaque y cola. Es pequeña de estatura y muy gorda, con una papada espantosamente gruesa y caída, de modo que no se le ve en absoluto el cuello. Un rostro carmesí. Ojos pequeños, maliciosos e

insolentes. Camina como si con cada paso rindiera honores a todo el mundo. El barón es seco, alto. Su cara, como es habitual en los alemanes, torcida y con mil arruguitas; lleva gafas; de unos cuarenta y cinco años. Las piernas le empiezan casi en el pecho; significa que es de buena raza. Orgulloso como un pavo real. Un poco desgarbado. Algo ovejuno en la expresión de la cara, que a su manera sustituye la profundidad de pensamiento.

El cuadro completo relampagueó ante mis ojos en tres segundos.

Al principio mi reverencia y mi sombrero en la mano apenas atrajeron su atención. Solo el barón enarcó ligeramente las cejas. La baronesa flotaba directa hacia mí.

—*Madame la baronne* —dije con voz alta y clara, subrayando cada palabra—: *j'ai l'honneur d'être votre esclave*.[25]

Luego me incliné, me puse el sombrero y pasé junto al barón, volviendo la cara hacia él con amabilidad y sonriendo.

Ella me había ordenado que me quitara el sombrero, pero la inclinación y la actitud de colegial que adopté fueron por iniciativa propia. ¿Qué demonios me llevó a hacerlo? Me sentí como si bajara volando de una montaña.

—*Hein!* —gritó el barón o, mejor dicho, graznó, volviéndose hacia mí con airada sorpresa.

Yo también me di la vuelta y me detuve en posición de respetuosa espera, sin apartar los ojos de él y sonriente. Él, perplejo a todas luces, levantó las cejas hasta el *nec plus ultra*.[26] Su rostro se ensombrecía cada vez más. La baronesa también se había vuelto hacia mí y me miraba con una furiosa perplejidad. Los transeúntes empezaron a mirarnos. Otros incluso se detuvieron.

—*Hein!* —gruñó de nuevo el barón redoblando el graznido y la ira.

—*Jawohl!* —respondí alargando las sílabas, sin dejar de mirarlo fijamente a los ojos.

—*Sind Sie rasend*?[27] —gritó, arremetiendo con su bastón y, al parecer, acobardándose un poco. Tal vez le turbara mi atuendo. Yo iba vestido con mucho decoro, incluso elegante, como un hombre que sin duda pertenece a la mejor sociedad.

—*Jawo-o-ohl!* —exclamé con todas mis fuerzas estirando la «o» a la manera de los berlineses, que utilizan esa expresión en todo momento cuando conversan, estirando más o menos la «o» para expresar los diversos matices de lo que piensan y sienten.

El barón y la baronesa se volvieron a toda prisa y casi huyeron despavoridos. Algunos de los presentes alzaron la voz, otros me miraron

asombrados. Por lo demás, no me acuerdo bien.

Di media vuelta y avancé a paso normal hacia Polina Aleksándrovna. Pero, cuando aún no había llegado a unos cien pasos de su banco, vi que se había levantado y se dirigía al hotel con los niños.

La alcancé delante de la escalinata.

—Hice ya la… tontería —le dije, poniéndome frente a ella.

—Sí, ¿y ahora qué? Bueno, pues ya ha cumplido —respondió y subió la escalinata sin mirarme siquiera.

Pasé toda aquella tarde dando vueltas por el parque. A través del parque y luego a través de un bosque llegué caminando incluso a otro principado.**[28]** En una cabaña comí huevos fritos y bebí vino: por esta experiencia idílica me cobraron un tálero y medio.

No regresé hasta las once. De inmediato me convocaron ante el general.

En el hotel, los nuestros ocupan dos plantas; cuatro habitaciones, en total. La primera, grande, es el salón, con un piano de cola. Junto a ella hay también una habitación espaciosa, el despacho del general. Ahí me esperaba, de pie en mitad del despacho, en una postura sumamente majestuosa. Des Grieux se había arrellanado en el sofá.

—Mi querido señor, ¿me permite preguntarle qué ha hecho usted? —comenzó el general, dirigiéndose a mí.

—Desearía, general, que fuera directo al grano —le dije—. Supongo que desea hablar de mi encuentro de hoy con un alemán.

—¡¿Con un alemán?! ¡Ese alemán es el barón Wurmerhelm, y es alguien importante! Ha sido muy grosero con él y con la baronesa.

—De ninguna manera.

—Los ha asustado, querido señor —exclamó el general.

—En absoluto. En Berlín me llamó desagradablemente la atención la expresión *jawohl*, que repiten sin cesar y alargan de una manera muy repulsiva. Cuando me encontré con ellos en la avenida, ese *jawohl* me volvió de pronto a la mente, no sé por qué, y me produjo un efecto irritante… Además, la baronesa, cuando se encuentra conmigo, y ya van tres veces, tiene la costumbre de caminar directamente hacia mí, como si yo fuera un gusano que pudiera aplastar con el pie. Estará de acuerdo en que yo también puedo tener mi orgullo. Me quité el sombrero y amablemente (se lo aseguro, muy amablemente), le dije: «*Madame, j'ai l'honneur d'être votre esclave*». Cuando el barón se dio la vuelta y gritó: *Hein!*, de repente también me sentí impulsado a gritar: *Jawohl*. Lo grité dos veces. La primera vez, con tono normal, la segunda, con todas mis fuerzas. Eso es todo.

Confieso que me complació enormemente esta explicación sumamente infantil. Tenía el increíble deseo de volver lo más ridícula posible toda la historia.

Y, cuanto más avanzaba, más me divertía.

—¿Se ríe de mí? —gritó el general. Se volvió hacia el francés, y en francés le comunicó que yo estaba decidido a armar un escándalo. Des Grieux sonrió con desdén y se encogió de hombros.

—¡Oh, no piense eso, de ninguna manera! —grité al general—. Mi comportamiento no estuvo bien, y se lo confieso con toda franqueza. Mi conducta incluso puede calificarse de travesura de colegial tonta e indecente, pero… nada más. Y usted sabe, general, que estoy sumamente arrepentido. Pero hay una circunstancia que desde mi punto de vista casi me libra incluso de los remordimientos. Últimamente, desde hace unas dos o incluso tres semanas, me he sentido mal: enfermo, nervioso, irritable, fantasioso, y, en otras ocasiones, pierdo todo control sobre mí. De hecho, a veces me ha invadido un deseo irrefrenable de acercarme de repente al marqués Des Grieux y… Por otra parte, no hace falta decir más; podría ofenderse. En una palabra, son síntomas de una enfermedad. No sé si la baronesa Wurmerhelm lo tendrá en cuenta cuando le pida disculpas (porque tengo la intención de pedirle disculpas). Supongo que no las aceptará, sobre todo dado que, por cuanto sé, recientemente se ha empezado a abusar de esta circunstancia en el mundo jurídico: los abogados en los juicios penales a menudo justifican a sus clientes, delincuentes habituales, alegando que no recuerdan nada del momento en el que cometieron el crimen, y que eso es una enfermedad. «Mató —dicen—, pero no se acuerda de nada». E imagínese, general, que la medicina les da la razón… Confirma, en efecto, que existe tal enfermedad, una enajenación temporal durante la cual la persona no recuerda casi nada, o recuerda a medias, o recuerda una cuarta parte de lo ocurrido. Pero el barón y la baronesa son de una generación más antigua; además, son *junkers*[29] y terratenientes prusianos. No deben de estar al tanto de estos avances en el mundo jurídico y médico, y por eso no aceptarán mis explicaciones. ¿Qué opina, general?

—¡Ya basta, señor! —dijo cortante el general y con ira contenida—. ¡Basta! Intentaré librarme de una vez por todas de su comportamiento de colegial. No se disculpará ante la baronesa y el barón. Cualquier contacto con usted, aunque consistiera únicamente en una petición de perdón por su parte, sería demasiado humillante para ellos. El barón, cuando se enteró de que usted pertenecía a mi casa, reclamó mantener una conversación conmigo en el

casino, y le confieso que faltó poco para que me exigiera una satisfacción. ¿Comprende en qué situación me ha puesto? ¿A mí, querido señor? Yo, yo me he visto obligado a pedir disculpas al barón, y le he dado mi palabra de que inmediatamente, a partir de hoy mismo, usted ya no pertenecerá a mi casa…

—Permítame, permítame, general, ¿él mismo exigió, obligatoriamente, que yo dejara de pertenecer a su casa, como ha tenido a bien expresar?

—No; pero me sentí obligado a darle esa satisfacción, y por supuesto el barón quedó satisfecho. Nos separamos, querido señor. Ahora reciba de mi parte estos cuatro federicos de oro y tres florines en moneda local. Aquí está el dinero y aquí el papel con las cuentas; puede comprobarlo. Adiós. A partir de ahora somos dos extraños. Además de problemas y molestias, nada bueno he encontrado en usted. Llamaré ahora al camarero y le pondré al corriente de que a partir de mañana no me hago responsable de sus gastos en el hotel. Tengo el honor de ser su servidor.

Tomé el dinero y el papel en el que estaba escrito con lápiz el finiquito, me incliné ante el general y le dije muy serio:

—General, este asunto no puede terminar así. Siento mucho que el barón le haya ocasionado molestias, pero eso, perdóneme, es culpa suya. ¿Cómo se le ocurrió responder por mí ante el barón? ¿Qué significa la expresión de que yo pertenezco a su casa? Simplemente ejerzo en su casa de tutor, eso es todo. No soy su hijo, no estoy bajo su tutela, y usted no puede responder por mis actos. Soy una persona jurídicamente competente. Tengo veinticinco años, tengo carrera universitaria, soy noble y soy un completo desconocido para usted. Solo mi infinito respeto por sus méritos me impide exigirle ahora mismo una satisfacción, y una explicación, además, por el hecho de que usted se haya arrogado el derecho de responder por mí.

El general se quedó tan asombrado que extendió los brazos y, de pronto, se volvió hacia el francés y le comunicó a toda prisa que casi lo había retado a duelo. El francés soltó una sonora carcajada.

—Pero no tengo intención de defraudar al barón —continué con total serenidad, sin que las risas de *monsieur* Des Grieux me incomodaran lo más mínimo— y, puesto que usted, general, al haber accedido hoy a escuchar las quejas del barón y al haber intervenido en su interés, se ha convertido en parte de todo este asunto, tengo el honor de informarle de que, a más tardar mañana por la mañana, exigiré al barón, en mi propio nombre, una explicación formal de las razones por las que, aun teniendo un incidente conmigo, se dirigió a

otra persona en lugar de a mí, como si yo fuera incapaz o indigno de responder ante él por mí mismo.

Lo que yo había previsto ocurrió. El general, al oír este nuevo disparate, se acobardó sobremanera.

—¿Cómo? ¿De veras tiene intención de seguir adelante con este maldito asunto? —exclamó—, pero ¡Dios mío! ¿Qué está haciendo conmigo? No se atreva, no se atreva, querido señor, o ¡le juro…! Aquí también hay autoridades, y yo… Yo… En una palabra, de acuerdo con mi rango…, y el barón también…, en una palabra, ¡lo arrestarán y lo expulsarán de aquí con la policía para que no cause más disturbios! Piénselo, señor mío. —Y, aunque estaba sin aliento por la ira, seguía terriblemente asustado.

—General —le respondí con una calma que le resultaba intolerable—, no se puede detener a alguien por causar un alboroto antes de que este se haya cometido. Aún no me he explicado con el barón, y usted todavía no sabe de qué forma y con qué argumentos tengo intención de proceder en este asunto. Solo deseo aclarar la ofensa que siento ante la sugerencia de que estoy bajo la tutela de una persona que parece tener autoridad sobre mi libre albedrío. En vano se preocupa y se inquieta tanto.

—¡Por el amor de Dios, por el amor de Dios, Alekséi Ivánovich, abandone esa pretensión insensata! —murmuró el general, que de pronto había cambiado su tono airado por otro suplicante, e incluso me agarró de las manos—. Pero, piense, ¿adónde nos llevará esto? ¡A más problemas! Estará de acuerdo conmigo en que tengo que comportarme de una manera especial aquí, ¡especialmente ahora! ¡Sí, especialmente ahora! ¡Oh, usted no sabe, no conoce todas mis circunstancias! Cuando nos vayamos de aquí, estoy dispuesto a acogerlo de nuevo. Solo soy así ahora; bueno, en fin… ¡usted comprende las razones! —gritó desesperado—. ¡Alekséi Ivánovich, Alekséi Ivánovich…!

Retrocediendo hacia la puerta, le pedí una vez más que no se preocupara, le prometí que todo se arreglaría de forma satisfactoria y decorosa, y me apresuré a marcharme.

A veces, los rusos en el extranjero se muestran demasiado cobardes y tienen un miedo terrible a lo que dirán y cómo los verán, y si sería decente hacer esto o aquello; en pocas palabras, se comportan como si llevaran un corsé, sobre todo los que aspiran a ser importantes. Lo que prefieren es algún tipo de forma prejuiciada y establecida que puedan usar servilmente, ya sea en hoteles, fiestas, reuniones y viajes… Pero el general se había ido de la lengua al revelar que había circunstancias especiales en su vida que requerían que se

«comportara de manera especial». Por eso se acobardó y amansó tan repentinamente y cambió su tono conmigo. Reparé en todo esto y tomé nota. Por supuesto, él podría, en un acto de locura, recurrir al día siguiente a alguna autoridad, por lo que ciertamente tenía que ir con cuidado.

De todos modos, no tenía ningún deseo particular de irritar al general; ahora solo tenía ganas de enfadar a Polina. Ella había sido tan cruel conmigo y me había empujado a un camino tan absurdo que ahora no deseaba sino llevarla al punto de que me pidiera en persona que me detuviera. Mi travesura de colegial, al fin y al cabo, podría comprometerla a ella también. Además, nacieron en mí otros sentimientos y deseos; aunque yo desapareciera ante ella voluntariamente en la nada, eso no significaba que ante otras personas yo fuera poco más que un pollo escaldado y que ese barón, por supuesto, pudiera golpearme con su bastón. Quería reírme de todos ellos y salir de la situación como un héroe. Que se quedaran boquiabiertos. ¡Sin duda! Ella temerá el escándalo y me llamará para que vuelva. Y si no lo hace, al menos verá que no soy un pusilánime pollo escaldado…

(Noticia sorprendente: acabo de enterarme por nuestra niñera, a quien me encontré en la escalera, que Maria Filíppovna se fue hoy, sola, completamente sola, a Karlsbad en el tren de la tarde, a visitar a su prima. ¿Qué clase de noticia es esta? La niñera dice que llevaba tiempo planeándolo, pero ¿cómo es que nadie lo sabía? Bueno, tal vez yo fuera el único que lo ignoraba. La niñera me confesó que Maria Filíppovna y el general tuvieron una conversación muy seria hace tres días. Ya entiendo. Debe de haber sido por *mademoiselle* Blanche. Sí, algo decisivo está a punto de suceder).

# VII

Por la mañana llamé al camarero y le hice saber que en adelante mi cuenta debería llevarse por separado. Mi habitación no era tan cara como para preocuparme y tener que dejar el hotel. Tenía dieciséis federicos de oro, y después… ¡después quizá me aguardara una fortuna! Es extraño, todavía no he ganado nada, pero actúo, siento y pienso como un hombre rico, y no puedo imaginarme de otra manera.

Había resuelto, a pesar de la temprana hora, ir enseguida a ver a míster Astley al Hotel d'Angleterre, que estaba muy cerca del nuestro, cuando de repente Des Grieux entró en mi habitación. Esto no había ocurrido antes; además, mi relación con este caballero últimamente había sido muy distante y tensa. Él no hacía el menor esfuerzo por ocultar su desprecio hacia mí, incluso se empeñaba en demostrarlo con la mayor claridad posible; y yo… yo tenía mis propias razones para no apreciarlo. En otras palabras, lo odiaba. Su llegada me sorprendió mucho. Comprendí al instante que debía de tratarse de algo especial.

Hizo una entrada muy amable e incluso elogió mi habitación. Al ver que tenía el sombrero en la mano, me preguntó si realmente iba a salir a pasear tan temprano. Cuando oyó que iba a ver a míster Astley por un asunto importante, se quedó pensativo, cayó en la cuenta, y su rostro adoptó una expresión sumamente preocupada.

Des Grieux era como todos los franceses, es decir, alegre y amable cuando le resultaba necesario y útil, e insoportablemente aburrido cuando ya no había necesidad de ser alegre y amable. Rara vez un francés es afable de manera natural; siempre parece que su amabilidad se debe a un mandato, a un cálculo. Si, por ejemplo, ve la necesidad de mostrarse excéntrico, original, fuera de lo común, su fantasía, limitada y antinatural, es una combinación de formas aceptadas de antemano y gastadas por el tiempo. El francés, por naturaleza, muestra una positividad cotidiana burguesa y mezquina; en resumen, es la criatura más aburrida del mundo. En mi opinión, solo los novatos y especialmente las jóvenes rusas se dejan seducir por los franceses.

Para cualquier persona decente, la artificiosidad de las formas establecidas de cortesía, desenfado y alegría de salón es al instante evidente e insoportable.

—Vengo por un asunto —comenzó a decir de una manera insólitamente informal, aunque cortés—, y no ocultaré que vengo como emisario o, mejor dicho, como intermediario del general. Ayer apenas entendí algo debido a mi escaso conocimiento del ruso, pero el general me lo explicó en detalle, y confieso que…

—Pero, oiga, *monsieur* Des Grieux —lo interrumpí—, ¿ahora usted también se ha ofrecido a hacer de mediador en este asunto? Soy un *outchitel*, por supuesto, y nunca he pretendido tener el honor de ser un amigo cercano de esta familia o de tener algún tipo de relación especialmente íntima, y por lo tanto no conozco todos los detalles de las relaciones familiares; pero, explíqueme, ¿de verdad ahora ya es usted un miembro más en el sentido más próximo? Porque, al final, usted ahora toma parte siempre en todo, como intermediario…

Mi pregunta no le gustó. Era demasiado transparente para él y no estaba dispuesto a soltar prenda.

—Estoy vinculado al general por asuntos de negocios, de una parte, y, además, por otras circunstancias especiales, hasta cierto punto —respondió secamente—. El general me ha enviado para pedirle que desista de sus intenciones de ayer. Todo lo que usted ha ideado, por supuesto, es muy ingenioso; pero él me pidió expresamente que le hiciera saber que no tendrá éxito; no solo eso… el barón no lo recibirá; al fin y al cabo, en cualquier caso, él tiene todos los medios a su alcance para librarse de más molestias por su parte. Admítalo usted mismo. Así pues, ¿para qué insistir? El general le promete, ciertamente, que volverá a acogerlo en su casa a la primera oportunidad que se presente, y que hasta entonces continuará pagándole su salario, *vos appointements*.[30] Bastante ventajoso, ¿no es cierto?

Le respondí con toda tranquilidad que estaba un tanto equivocado; que tal vez el barón no me expulsaría, sino que, por el contrario, me escucharía, y le pedí que admitiera que, probablemente, había venido para averiguar cómo iba a manejar exactamente todo este asunto.

—*Mon Dieu*, si el general está tan interesado, claro que estaría encantado de saber qué va a hacer usted y cómo. ¡Es tan natural!

Empecé a explicarme, y él se puso a escuchar, echándose hacia atrás, ladeando su cabeza hacia mí, con una clara y no disimulada sombra de ironía en el rostro. En general, se comportaba con una gran condescendencia. Por mi parte, me esmeré en dar la impresión de que trataba el asunto con la mayor

seriedad. Le expliqué que, como el barón había presentado ante el general una queja contra mí, como si yo fuera un sirviente de su séquito, primero me había privado de mi posición y, segundo, me había tratado como a alguien que fuera incapaz de dar una respuesta por sí mismo y con quien no merecía la pena hablar. Por supuesto, me sentía justamente ofendido; sin embargo, teniendo en cuenta la diferencia de edad, posición social, y etcétera (aquí apenas pude reprimir una carcajada), quería evitar cualquier otro descuido, es decir, demandar directamente al barón o incluso solo proponerle una satisfacción. No obstante, me consideraba en mi absoluto derecho de ofrecerle mis disculpas a él y, sobre todo, a la baronesa, más aún porque en los últimos tiempos me había sentido mal, perturbado y, por así decirlo, soñador, etcétera. Sin embargo, el propio barón, al dirigirse ayer ofensivamente a mí a través del general y al insistir en que me destituyeran, me había puesto en una situación tan incómoda que ahora me resultaba imposible presentar mis disculpas al barón y a la baronesa, porque tanto él como ella y todo el mundo pensarían seguramente que si comparezco con mis disculpas es por miedo y para recuperar mi puesto. De todo esto se deducía que ahora me veía obligado a pedirle al barón que primero se disculpara conmigo, en los términos más templados: por ejemplo, que dijera que él no tenía en absoluto la intención de ofenderme. Y en cuanto el barón expresara esto, yo le ofrecería libremente, con sinceridad y de todo corazón mis disculpas. En resumen, concluí, solo pido que el barón me conceda esta libertad.

—Bah, ¡qué susceptibilidad y qué refinamiento! ¿Y por qué debería disculparse? Pero admita, *monsieur… monsieur*… que usted hace todo esto a propósito para molestar al general… o quizá tenga algún otro objetivo particular… *mon cher monsieur… pardon, j'ai oublié votre nom, monsieur… Alexis? N'est-ce pas?*[31]

—Pero, permítame, *mon cher marquis*,[32] ¿a usted esto qué más le da?

—*Mais le général*…[33]

—¿Y qué pasa con el general? Ayer dijo algo sobre cómo debería comportarme… y estaba tan preocupado… pero no entendí nada.

—Aquí… Con respecto a esto hay precisamente una circunstancia especial… —interrumpió Des Grieux con un tono suplicante, en el que se oía una creciente irritación—. ¿Conoce a *mademoiselle* de Cominges?

—¿Se refiere a *mademoiselle* Blanche?

—Sí, *mademoiselle* Blanche de Cominges… *et madame sa mère*…[34] debe usted admitir que el general… en fin, el general está enamorado e

incluso… incluso es posible que vaya a celebrarse un matrimonio. Y ahora imagine los diferentes escándalos e historias…

—No veo ningún escándalo aquí ni historias que tengan que ver con un matrimonio.

—Pero *le baron est si irascible, un caractère prussien, vous savez, enfin il fera une querelle d'Allemand*.[35]

—Entonces me concierne a mí y no a usted, puesto que ya no pertenezco a la casa… (Me esforcé en parecer lo más estúpido posible). Pero dígame, ¿está decidido que *mademoiselle* Blanche se casará con el general? ¿A qué están esperando? Quiero decir… ¿por qué ocultarlo, al menos a nosotros, a los de la casa?

—No puedo decírselo… sin embargo, aún no es del todo… aunque… ya sabe, están esperando noticias de Rusia; el general necesita arreglar asuntos…

—¡Ah, ah! ¡La *baboulinka*![36]

Des Grieux me miró con odio.

—En resumen —me interrumpió—, confío sin reservas en su cortesía innata, en su inteligencia y tacto… seguro que hará esto por la familia en la que fue aceptado como uno más, donde fue querido y respetado…

—Pero, por favor, ¡si me han expulsado! Ahora afirma que solo fue un pretexto; pero admita, si le dijeran: «No quiero tirarle de las orejas, por supuesto, pero por el bien de las apariencias permítame que lo haga de todos modos». ¿No es casi lo mismo?

—Si es así, si se muestra inaccesible a todas las súplicas —comenzó a decir severo y arrogante—, entonces permítame asegurarle que se tomarán medidas. Aquí hay autoridades, y hoy mismo usted será expulsado, *que diable!* ¡Un *blanc-bec comme vous*[37] se toma la libertad de retar a duelo a alguien como el barón! ¿Y piensa que lo dejarán salirse con la suya? ¡Y créame, aquí nadie le teme! Si le he pedido algo, ha sido en mi propio nombre, porque está molestando al general. ¿Y de veras no cree, no lo cree en serio, que el barón hará que un lacayo lo eche?

—Pero si no voy a ir yo mismo —repliqué con suma calma—, se equivoca, *monsieur* Des Grieux, todo esto se resolverá con mucho más tacto de lo que imagina. Ahora mismo iré a ver a míster Astley y le pediré que sea mi intermediario, en pocas palabras, que sea mi *second*.[38] Ese caballero me aprecia y seguramente no rechazará mi petición. Irá a buscar al barón, y el barón lo recibirá. Aunque yo mismo sea un *outchitel* y parezca un subalterno, y esté en última instancia indefenso, míster Astley es sobrino de un lord, un verdadero lord, eso lo sabe todo el mundo, del lord de Pibroch, y ese lord se

aloja aquí. Créame, el barón recibirá y escuchará cortésmente a míster Astley y, si no lo hace, míster Astley se lo tomará como una ofensa personal (ya sabe lo tercos que pueden ser los ingleses) y enviará a un amigo suyo al barón, y los tiene muy buenos. Prepárese ahora para que el asunto no salga como usted supone.

El francés se acobardó de una vez por todas; en efecto, todo esto parecía muy cercano a la verdad, y parecía como si yo fuera capaz de poner en marcha todo este espectáculo.

—Pero se lo suplico —comenzó a decir con una voz realmente implorante —, ¡déjelo! ¿Le parece agradable montar un espectáculo? ¡No busca satisfacción, sino un espectáculo! Dije que todo este asunto podía resultar divertido, e incluso ingenioso, que tal vez es lo que usted busca, pero, en fin —concluyó, viendo que me ponía de pie y tomaba mi sombrero—, he venido a entregarle unas palabras de una dama; lea, tengo órdenes de esperar una respuesta.

Dicho esto, sacó de su bolsillo una pequeña nota doblada y sellada.

De puño y letra de Polina decía:

*Me parece que está dispuesto a continuar con este espectáculo. Se ha enfadado y se ha puesto a actuar como un colegial. Sin embargo, aquí hay unas circunstancias especiales, puedo explicárselas más tarde; pero, por favor, deténgase y cálmese. ¡Qué tontería es esta! Lo necesito y usted mismo prometió obedecerme. Recuerde el Schlangenberg. Le ruego que sea obediente y, si es necesario, se lo ordeno.*

*Suya, P.*

*P. D. Si está enfadado conmigo por lo de ayer, perdóneme.*

Todo giró ante mis ojos después de leer aquellas líneas. Mis labios se tornaron pálidos y empecé a temblar. El maldito francés me observaba con una modestia fingida, evitando mi mirada, como si quisiera evitar ser testigo de mi confusión. Habría preferido que se hubiera reído de mí.

—Está bien —respondí—, dígale a *mademoiselle* que esté tranquila. Permítame, sin embargo, preguntarle —añadí bruscamente—, ¿por qué ha tardado tanto en entregarme esta nota? Era por ahí por donde debería haber empezado, en lugar de ponerse a charlar sobre insignificancias… si es que de verdad vino con esa misión.

—Oh, yo quería… en general, es todo tan extraño que perdone mi natural impaciencia. Estaba ansioso por conocer en persona, de boca de usted, sus intenciones. De todas formas, ignoro el contenido de esa nota, y pensé que siempre tendría tiempo de entregársela.

—Entiendo, le ordenaron entregarme la nota solo en caso extremo y, si podía resolverlo hablando, entonces no hacía falta dármela. ¿Es así? ¡Hable claro, *monsieur* Des Grieux!

—*Peut-être*[39] —dijo, adoptando una expresión de reserva especial, y me dirigió una mirada particular.

Tomé mi sombrero; asintió y se marchó. Me pareció ver una sonrisa burlona en sus labios. ¿Y cómo podía ser de otra manera?

—¡Todavía nos veremos las caras, desgraciado francés, aún estamos midiendo nuestras fuerzas! —murmuré mientras bajaba por la escalera. Todavía no podía entender nada, como si me hubieran asestado un golpe en la cabeza. El aire fresco me sentó bien.

Al cabo de unos dos minutos, en cuanto empecé a pensar con claridad, surgieron en mí dos pensamientos: el primero, ¡que vaya alarma general había provocado semejante trivialidad, algunas amenazas inverosímiles propias de un niño, de un colegial, expresadas ayer de improviso! Y segundo, ¿cuál era realmente la influencia de ese francés en Polina? Una palabra suya y ella hace todo lo que él quiere, escribe una nota e incluso me pide disculpas. Por supuesto, sus relaciones siempre han sido un misterio para mí, desde que empecé a conocerlos; sin embargo, en estos últimos días he notado en ella un rechazo decidido e incluso desprecio hacia él, y él ni siquiera la mira, incluso la trata con rudeza. Lo he notado. La propia Polina me ha hablado de ese repudio; ya se le escapaban confesiones muy significativas… así pues, simplemente la tiene bajo su control, la tiene encadenada de alguna manera…

# VIII

En la *promenade*, como aquí la llaman, es decir, en la avenida de los castaños, encontré a mi inglés.

—¡Oh, oh! —exclamó al verme—. Yo iba hacia usted, y usted hacia mí. Entonces, ¿ya se ha separado de los suyos?

—Dígame, en primer lugar, ¿cómo sabe usted todo eso? —pregunté, sorprendido—. ¿Acaso lo sabe todo el mundo?

—Oh, no, no todo el mundo lo sabe; ni vale la pena que lo sepa. Nadie lo menciona.

—Así pues, ¿por qué lo sabe usted?

—Lo sé; es decir, tuve la oportunidad de saberlo. ¿Adónde se marchará ahora? Lo aprecio y por eso venía a verlo.

—Es usted un hombre bueno, míster Astley —le dije (aunque estaba muy sorprendido: ¿cómo lo sabía?)—, y, dado que aún no he tomado café, y probablemente usted tampoco haya tomado uno en condiciones, vayamos al café del casino; allí nos sentaremos, fumaremos, y se lo contaré todo, y… usted también a mí.

El café estaba a unos cien pasos. Nos trajeron café, tomamos asiento, encendí un cigarrillo; míster Astley no encendió ninguno y, mirándome fijamente, se preparó para escuchar.

—No me voy a ninguna parte, me quedaré aquí —empecé a decir.

—Estaba seguro de que se quedaría —dijo con tono de aprobación míster Astley.

Mientras me dirigía a ver a míster Astley, no tenía la intención y ni siquiera quería contarle nada sobre mi amor por Polina. En todos estos días apenas le había mencionado el tema. Además, él era muy tímido. Desde el principio noté que Polina le había causado una impresión extraordinaria, pero nunca mencionó su nombre. Sin embargo, extrañamente, de pronto, ahora que acababa de sentarse y me miraba con sus penetrantes ojos de plomo, por alguna razón sentí el deseo de contárselo todo; es decir, todo mi amor con todos sus matices. Hablé durante media hora y fue sumamente agradable, ¡por

primera vez hablaba de ello! Al observar que se avergonzaba en algunos pasajes, en especial los más apasionados, intensifiqué a propósito el ardor de mi relato. Solo me arrepiento de una cosa: tal vez dijera algo más de la cuenta sobre el francés…

Míster Astley escuchaba, sentado frente a mí, inmóvil, sin pronunciar una palabra ni hacer ruido, mirándome a los ojos; pero, cuando mencioné al francés, de pronto me hizo recular y me preguntó con severidad si tenía derecho a mencionar ese asunto ajeno. Míster Astley siempre formulaba preguntas de manera muy extraña.

—Tiene razón: me temo que no —respondí.

—¿No puede decir nada preciso sobre ese marqués y la señorita Polina, solo suposiciones?

De nuevo me sorprendió una pregunta tan categórica de alguien tan tímido como míster Astley.

—No, nada preciso —repliqué—. Claro, nada.

—Si es así, ha hecho mal no solo hablando de esto conmigo, sino incluso pensándolo para usted.

—¡Muy bien, muy bien! Lo admito; pero ahora no es esa la cuestión —lo interrumpí, sorprendiéndome a mí mismo. Luego le conté toda la historia de ayer en detalle, la travesura de Polina, mi encuentro con el barón, mi despido, la extraordinaria cobardía del general y, por último, le expuse pormenorizadamente la visita de hoy de Des Grieux, con todos sus matices; al final, le enseñé la nota.

—¿Qué conclusiones saca de esto? —le pregunté—. Vine específicamente para saber lo que piensa. En cuanto a mí, me parece que mataría a ese francés, y tal vez lo haga.

—Y yo —dijo míster Astley—. En cuanto a la señorita Polina, bueno…, ya sabe, a veces entablamos relaciones incluso con personas que nos resultan odiosas, si la necesidad nos lo exige. En este caso puede haber relaciones desconocidas para usted, que dependan de circunstancias ajenas. Creo que puede estar tranquilo, al menos en parte. En cuanto al acto de ayer de ella, ciertamente es extraño…, no porque ella quisiera librarse de usted y lo enviara bajo el bastón del barón (que, teniéndolo en la mano, no entiendo por qué no lo usó), sino porque tal ocurrencia para una señorita tan…, tan excepcional, es impropia. Por supuesto, ella no podía prever que usted cumpliría literalmente su deseo burlón…

—¿Sabe qué? —exclamé de pronto, mirando fijamente a míster Astley—, me parece que a usted ya le suena todo esto, ¿sabe de quién…? ¡De la propia

señorita Polina!

Míster Astley me miró con asombro.

—Le brillan los ojos y veo sospecha en ellos —dijo recuperando al instante su calma anterior—, pero no tiene el más mínimo derecho a revelar sus sospechas. No puedo reconocer ese derecho y me niego en redondo a responder a su pregunta.

—¡Bueno, basta! ¡No hace falta! —grité, extrañamente agitado y sin entender por qué se me había ocurrido eso. ¿Y cuándo, dónde y cómo míster Astley podría haber sido elegido por Polina como confidente? En los últimos tiempos, sin embargo, había perdido un poco de vista a míster Astley, y Polina siempre había sido un misterio para mí, tanto que, por ejemplo, ahora, al ponerme a contarle toda mi historia de amor a míster Astley, de repente, durante el relato mismo, me sorprendió el hecho de que casi no podía decir nada preciso y positivo sobre mi relación con ella. Por el contrario, todo era fantástico, extraño, infundado e incluso sin ningún parecido con la realidad.

—Bueno, está bien, está bien; estoy confundido, y ahora no puedo entender muchas cosas —respondí, como si me hubiera quedado sin aliento —. Sin embargo, es usted un buen hombre. Ahora, otro asunto, y le pido no un consejo, sino una opinión.

Guardé silencio, y luego dije:

—¿Qué piensa usted, por qué el general se acobardó de esa manera? ¿Por qué a partir de mi estúpida travesura de colegial todos montaron esta historia? Una historia tal que incluso el propio Des Grieux consideró necesario intervenir (y él solo interviene en los casos más importantes), me visitó (¡imagínese!), me rogó, me suplicó a mí, ¡Des Grieux, a mí! Y fíjese, vino a verme a las nueve, casi las diez, pero la nota de la señorita Polina ya estaba en sus manos. ¿Cuándo, me pregunto, se escribió? ¡Quizá despertaron a la señorita Polina a propósito! Además, lo que veo por esto es que la señorita Polina es su esclava (¡porque incluso a mí me pide disculpas!). Además, ¿qué tiene que ver ella personalmente con todo esto? ¿Por qué está tan interesada? ¿Por qué le tienen miedo a ese barón? ¿Y qué significa que el general va a casarse con *mademoiselle* Blanche de Cominges? Dicen que deben comportarse de manera especial debido a esta circunstancia, pero esto ya es demasiado especial, ¿no está de acuerdo? ¿Qué piensa usted? Por sus ojos estoy convencido de que también sabe más que yo sobre esto.

Míster Astley sonrió y asintió.

—De hecho, me parece que sobre esto sé incluso mucho más que usted —dijo—. Todo tiene que ver con la tal *mademoiselle* Blanche, y estoy seguro de

que es la pura verdad.

—Bueno, ¿y qué pasa con *mademoiselle* Blanche? —exclamé con impaciencia (de repente tuve la esperanza de que ahora se revelaría algo sobre *mademoiselle* Polina).

—Me parece que *mademoiselle* Blanche, en este momento, tiene un interés especial en evitar a toda costa un encuentro con el barón y la baronesa, sobre todo un encuentro desagradable, peor aún, un escándalo.

—¡Vaya, vaya!

—*Mademoiselle* Blanche ya estuvo aquí, en Ruletemburgo, hace dos años, durante la temporada. Y yo también estaba aquí. En ese momento, *mademoiselle* Blanche no se llamaba *mademoiselle* de Cominges, y su madre, *madame la veuve de Cominges*,[40] no existía. Al menos, no se tenía noticia de ella. Des Grieux… tampoco había ningún Des Grieux entonces. Estoy firmemente convencido de que no solo no son parientes, sino de que incluso se conocieron hace muy poco. Des Grieux también se hace llamar marqués desde fecha reciente… Estoy seguro de esto por cierta circunstancia. Incluso es posible suponer que se haga llamar Des Grieux desde hace poco. Sé de una persona aquí que lo conoció con otro nombre.

—Pero ¿de verdad tiene un círculo de conocidos bastante distinguido?

—Oh, podría ser. Incluso *mademoiselle* Blanche podría tenerlo. Pero hace dos años, *mademoiselle* Blanche, a raíz de una queja de esta misma baronesa, recibió una orden de la policía local para abandonar la ciudad, y se fue.

—¿Cómo es eso?

—Apareció aquí por primera vez con un italiano, un príncipe con un apellido histórico como Barberini, o algo así. El hombre iba cubierto de anillos y diamantes, y ni siquiera eran falsos. Viajaban en un carruaje maravilloso. Al principio *mademoiselle* Blanche jugaba bien al *trente et quarante*, pero luego su suerte cambió drásticamente; eso es lo que recuerdo. Recuerdo que una noche perdió una suma extraordinaria. Pero lo peor fue que un *beau matin*[41] su príncipe desapareció sin dejar rastro; los caballos y el carruaje también desaparecieron, todo se esfumó. La deuda en el hotel era espantosa. *Mademoiselle* Zelma (en lugar de Barberini, de repente se llamaba *mademoiselle* Zelma) estaba sumida en la desesperación. Lloraba y chillaba por todo el hotel y, en un ataque de furia, se desgarró el vestido. En el hotel se alojaba un conde polaco (todos los polacos que viajan son condes), y *mademoiselle* Zelma, desgarrándose el vestido y arañándose la cara como una gata con sus hermosas manos perfumadas, le causó cierta impresión. Conversaron, y para la hora de comer ya estaba reconfortada. Por la noche, él

apareció con ella del brazo en el casino. *Mademoiselle* Zelma se reía, como de costumbre, bastante alto, y en su comportamiento había cierto desenfreno. Pasó a integrar esa categoría de damas que juegan a la ruleta y que, al acercarse a la mesa, apartan de un empujón con el hombro a los jugadores para hacerse sitio. Es un toque distintivo de estas damas aquí. Se ha fijado en ellas ¿verdad?

—Oh, sí.

—No vale la pena ni fijarse. Para disgusto del público respetable, aquí no las echan, al menos a aquellas que cambian billetes de mil francos todos los días en la mesa de juego. Sin embargo, en cuanto dejan de cambiar billetes, se les pide que se marchen de inmediato. *Mademoiselle* Zelma seguía cambiando billetes, pero su suerte iba aún peor. Habrá observado que estas damas suelen ganar; tienen un asombroso control sobre sí mismas. De todos modos, mi historia ha terminado. Un día, al igual que el príncipe, también desapareció el conde. *Mademoiselle* Zelma fue por la noche a jugar sola; esta vez nadie fue a ofrecerle el brazo. En dos días lo perdió todo por completo. Después de apostar su último luis de oro y de perderlo, miró a su alrededor y vio junto a ella al barón Wurmergelm, que la observaba con gran atención y evidente disgusto. Sin embargo, *mademoiselle* Zelma pasó por alto su enojo y, volviéndose hacia él con su conocida sonrisa, le pidió que apostara diez luises de oro por ella al rojo. Como resultado, debido a la queja de la baronesa, por la noche recibió la invitación de no aparecer más en el casino. Si se pregunta por qué sé todos estos detalles nimios y completamente indecorosos, es porque los oí directamente del señor Feeder, un pariente mío, que esa misma tarde llevó en su carruaje a *mademoiselle* Zelma de Ruletemburgo a Spa. Ahora entiéndalo: *mademoiselle* Blanche quiere convertirse en la esposa del general, probablemente para no recibir invitaciones como las de hace dos años de la policía del casino. Ahora ya no juega; pero esto se debe a que ahora, según todos los indicios, tiene un capital que presta a los jugadores locales con intereses. Está mejor calculado. Incluso sospecho que el desdichado general también le debe dinero. Quizá también Des Grieux. O tal vez este último sea su socio. Entenderá por qué ella, al menos hasta la boda, no desea de ninguna manera atraer la atención de la baronesa y el barón. En resumen, en su posición, un escándalo es lo que menos le conviene. Además, usted está relacionado con la casa del general, y sus acciones podrían haber provocado un escándalo, sobre todo porque ella aparece en público todos los días tomada del brazo ya sea del general o de la señorita Polina. ¿Ahora lo entiende?

—¡No, no lo entiendo! —exclamé, golpeando la mesa tan fuerte que el *garçon* se acercó corriendo, asustado—. Dígame, míster Astley —repetí con vehemencia—, si ya conocía toda esta historia, y por tanto sabía perfectamente quién es *mademoiselle* Blanche de Cominges, ¿cómo es posible que no me advirtiera al menos a mí, al propio general y, sobre todo, a la señorita Polina, que se deja ver en el casino, en público, del brazo de *mademoiselle* Blanche? ¿Cómo es eso posible?

—No tenía nada de qué advertirlo a usted, porque no había nada que pudiera hacer —replicó con calma míster Astley—. Además, ¿de qué debería haberlo advertido? Es muy posible que el general sepa mucho más de *mademoiselle* Blanche que yo, y aun así sigue paseando con ella y la señorita Polina. El general es un hombre desdichado. Vi ayer a *mademoiselle* Blanche galopando en un hermoso caballo con *monsieur* Des Grieux y ese principito ruso, y el general cabalgaba detrás de ellos en un caballo alazán. Por la mañana se quejaba de que le dolían las piernas, pero su postura era impecable. Y en ese momento, de pronto, comprendí que este hombre está irremediablemente perdido. Además, todo esto no es asunto mío, y solo hace poco tuve el honor de conocer a la señorita Polina. Aun así, por lo demás —se apresuró a añadir míster Astley—, ya le he dicho que no puedo reconocerle ningún derecho a hacer ciertas preguntas, a pesar de que le aprecio sinceramente…

—¡Basta! —dije, levantándome—. Ahora está claro como el agua que la señorita Polina también lo sabe todo sobre *mademoiselle* Blanche, pero no puede separarse de su francés, y por eso ha decidido pasearse con *mademoiselle* Blanche. Créame, ninguna otra influencia le habría hecho pasear con *mademoiselle* Blanche y suplicarme en una nota que no molestara al barón. Aquí debe de estar precisamente esa influencia ante la cual todo se inclina. ¡Y, aun así, ella misma me lanzó contra el barón! ¡Demonios, aquí no se entiende nada!

—Olvida usted, en primer lugar, que esa *mademoiselle* de Cominges es la prometida del general y, en segundo lugar, que la señorita Polina, la hijastra del general, tiene un hermanito y una hermanita, hijos biológicos del general, completamente abandonados por este hombre demente y, al parecer, ya los ha saqueado.

—¡Sí, sí! ¡Así es! Dejar a los niños es abandonarlos a su suerte; quedarse es proteger sus intereses, y tal vez salvar algo del patrimonio. ¡Sí, sí, todo eso es verdad! Pero, aun así, ¡aun así…! ¡Oh, entiendo por qué todos están ahora tan interesados en la *baboulinka*![42]

—¿En quién? —preguntó míster Astley.

—En esa anciana bruja de Moscú que no se muere y sobre la que esperan telegramas anunciando su muerte.

—Bueno, sí, por supuesto, todo el interés está centrado en ella. ¡Todo se trata de la herencia! En cuanto se anuncie la herencia, el general se casará; la señorita Polina también quedará libre, y Des Grieux…

—Bueno, ¿y Des Grieux?

—A Des Grieux le pagarán su dinero; es lo único que está esperando aquí.

—¡Lo único! ¿Cree que solo espera eso?

—Es todo cuanto sé. —Míster Astley guardó un obstinado silencio.

—¡Lo sé, lo sé! —repetí furioso—. Él también está esperando la herencia, porque Polina recibirá una dote, y, en cuanto obtenga el dinero, ella se lanzará a sus brazos. ¡Todas las mujeres son así! ¡Incluso las más orgullosas se vuelven las más vulgares esclavas! Polina solo es capaz de amar apasionadamente, ¡nada más! ¡Esa es mi opinión sobre ella! Obsérvela, sobre todo cuando está sola, pensativa: ¡hay algo predestinado, condenado, maldito! Es capaz de todos los horrores de la vida y las pasiones… Ella… Ella… pero ¿quién me llama? —exclamé de pronto—. ¿Quién grita? —Oí que alguien gritaba en ruso: «¡Alekséi Ivánovich!»—. ¡Una voz de mujer! ¿Lo oye, lo oye?

En ese momento estábamos llegando a nuestro hotel. Hacía rato que nos habíamos ido del café, casi sin darnos cuenta.

—He oído gritar a una mujer, pero no sé a quién llaman; habla en ruso; ahora veo de dónde vienen los gritos. —Señaló míster Astley—. Esa es la mujer que grita, la que está sentada en una silla grande y a la que suben por la escalinata varios lacayos. Llevan maletas detrás, así que acaba de llegar en tren.

—Pero ¿por qué me llama? Está gritando otra vez; mire, nos hace señas.

—Ya veo que las hace —dijo míster Astley.

—¡Alekséi Ivánovich! ¡Alekséi Ivánovich! ¡Oh, Dios mío! ¡Qué zoquete! —resonaron los gritos desesperados desde la entrada del hotel.

Casi corrimos hacia la entrada. Subí al rellano de arriba y… se me cayeron los brazos del asombro, y los pies se me clavaron en el suelo de piedra.

# IX

En el rellano de arriba del amplio zaguán del hotel, transportada en una silla de ruedas por los escalones y rodeada de sirvientes, criadas y el nutrido y obsequioso personal del hotel, en presencia del mismísimo jefe de camareros que salió a recibir a la distinguida visitante recién llegada con tanto alboroto y bullicio, con su propio servicio y con tantas maletas y baúles, estaba… ¡la abuela! Sí, era ella en persona, la temible y rica septuagenaria Antonida Vasílievna Tarasévicheva, terrateniente y gran dama de Moscú, la *baboulinka*, sobre la que se habían enviado y recibido telegramas, la que se estaba muriendo y no moría, y que de repente había aparecido como una tormenta de nieve.

Había llegado, aunque paralítica y transportada, como siempre desde los últimos cinco años, en silla de ruedas, pero, fiel a su costumbre, enérgica, animada, engreída, sentada erguida, gritando fuerte y autoritaria, increpando a todo el mundo, exactamente como había tenido el honor de verla dos o tres veces desde que me establecí como tutor en la casa del general. Naturalmente, me quedé petrificado frente a ella como una estatua. Ella me había reconocido con sus ojos de lince a cien pasos de distancia, mientras la llevaban en la silla, y me había llamado por mi nombre y patronímico, que también, como era habitual viniendo de ella, los había memorizado de una vez por todas. «Y a semejante mujer esperaban ver en un ataúd, bajo tierra y dejando herencia —me vino a la mente—, ¡nos sobrevivirá a todos, incluido al hotel! Pero Dios mío, ¿qué pasará ahora con los nuestros? ¿Qué pasará ahora con el general? ¡La abuela ahora pondrá el hotel patas arriba!».

—¿Y a ti qué te pasa, querido, por qué te quedas ahí plantado con los ojos como platos? —siguió gritándome la abuela—. ¿No sabes saludar y dar los buenos días? ¿O acaso te has vuelto orgulloso y no quieres? ¿O es que no me has reconocido? Oye, Potápich —se volvió hacia el anciano de pelo gris, con frac, corbata blanca y calva rosa, su mayordomo, que la acompañaba en el viaje—. ¡Ya ve, no me reconoce! ¡Me han enterrado! Enviaron un telegrama

tras otro preguntando si ya estaba muerta o aún no. ¡Lo sé todo! Pero ya lo ves, estoy vivita y coleando.

—Disculpe, Antonida Vasílievna, ¿por qué iba yo a desearle algo malo? —le respondí animadamente, en cuanto recuperé la compostura—. Solo estaba sorprendido… ¿Y cómo no iba a sorprenderme, cuando usted, de manera tan inesperada…?

—¿Y qué hay de sorprendente? Me senté y partí. En el vagón se viaja bien, sin sacudidas. ¿Saliste a dar un paseo?

—Sí, fui al casino.

—Se está bien aquí —dijo la abuela, mirando a su alrededor—, el tiempo es cálido y los árboles están frondosos. ¡Eso es lo que me gusta! ¿Están todos dentro? ¿El general también?

—¡Oh, sí!, a esta hora todos deben de seguir aquí.

—¿Así que aquí también siguen un horario y todas las ceremonias? Qué elegancia. ¡Tienen carruaje, he oído decir, *les seigneurs russes*![43] ¡Se largaron, y directos al extranjero! ¿Y Praskovia está con ellos?

—Sí, también está aquí Polina Aleksándrovna.

—¿Y el francesito? Bueno, ahora los veré a todos. Alekséi Ivánovich, muéstrame el camino, vamos directos hacia allá. Y tú, ¿cómo te encuentras aquí?

—Pues así así, Antonida Vasílievna.

—Y tú, Potápich, dile a ese zoquete, el jefe de camareros, que me den un apartamento cómodo, bueno, no muy arriba, y que trasladen allí enseguida mi equipaje. Pero ¿por qué todos quieren llevarme? ¿Por qué se entrometen? ¡Estos siervos! ¿Y quién está contigo? —se dirigió de nuevo a mí.

—Es míster Astley —respondí.

—¿Qué tipo de persona es míster Astley?

—Un viajero, un buen conocido mío; conocido también del general.

—Un inglés. Por eso me mira y no despega los labios. Por lo demás, me gustan los ingleses. Bueno, llévenme arriba, directo adonde se alojan; ¿dónde están?

Llevaron a la abuela; yo iba delante por la amplia escalera del hotel. Nuestra procesión era espectacular. Todos los que se cruzaban con nosotros se detenían y nos miraban con asombro. Nuestro hotel estaba considerado el mejor, el más caro y el más aristocrático de la zona balnearia. En la escalera y en los pasillos siempre se encuentran damas espléndidas e ingleses distinguidos. Muchos preguntaban abajo al jefe de camareros, que, a su vez, estaba profundamente impresionado. Él, por supuesto, respondía a todos los

que pedían información que se trataba de una distinguida extranjera, *une russe, une comtesse, une grande dame*,[44] y que ocuparía los mismos aposentos que había ocupado una semana antes la *grande duchesse* de N.[45] El aspecto imponente y autoritario de la abuela, transportada en su silla, era la causa del efecto principal. Cada vez que se encontraba con una persona nueva, la examinaba de inmediato con una mirada curiosa y me pedía a viva voz que le diera información detallada sobre todos. La abuela pertenecía a una estirpe robusta y, aunque no se levantaba de la silla, al mirarla se adivinaba que era bastante alta. Tenía la espalda recta como una tabla y no se apoyaba en el respaldo. Su cabeza canosa y grande, de rasgos pronunciados y agudos, se sostenía erguida; miraba de una manera insolente y desafiante; y se veía que su mirada y sus gestos eran completamente naturales. A pesar de sus setenta y cinco años, tenía un rostro bastante fresco y ni siquiera sus dientes estaban especialmente estropeados. Llevaba un vestido de seda negro y un gorrito blanco.

—Esta mujer me intriga muchísimo —me susurró míster Astley, que subía las escaleras a mi lado.

«Parece estar al corriente de los telegramas —pensé—, y también conoce a Des Grieux, pero al parecer aún sabe poco de *mademoiselle* Blanche». Se lo comuniqué al instante a míster Astley.

¡Ay, pecador de mí! Apenas pasó mi primera sorpresa, me alegré enormemente por el impacto que estábamos a punto de causar en el despacho del general. Algo me aguijoneaba, y seguí encabezando la procesión, sumamente alegre.

Estaban alojados en la tercera planta; no anuncié nuestra llegada y ni siquiera llamé a la puerta, simplemente la abrí de par en par, y la abuela hizo su entrada triunfal. Estaban todos reunidos, como a propósito, en el despacho del general. Eran las doce, y parecía que estaban planeando alguna excursión: unos se disponían a ir en carruaje, otros, a caballo, el grupo al completo; también había algunos conocidos invitados. Además del general, Polina con los niños y la niñera, estaban en el despacho del general Des Grieux, *mademoiselle* Blanche otra vez en traje de amazona, su madre *madame la veuve* de Cominges, el principito y otro viajero erudito, un alemán a quien veía por primera vez. Colocaron la silla con la abuela directamente en medio del despacho, a tres pasos del general. ¡Dios, nunca olvidaré esa impresión! Antes de nuestra entrada, el general estaba contando algo, y Des Grieux lo corregía. Hay que señalar que *mademoiselle* Blanche y Des Grieux llevaban dos o tres días, por alguna razón, agasajando al principito, *à la barbe du*

*pauvre général*,[46] y todo el grupo estaba, aunque quizá artificialmente, de un humor de lo más jovial y con cordial familiaridad. Al ver a la abuela, el general de repente se quedó estupefacto, abrió la boca y se detuvo a media palabra. La observaba con los ojos desorbitados, como hechizado por la mirada de un basilisco. La abuela lo inspeccionaba también en silencio, inmóvil, pero ¡qué mirada triunfal, desafiante y burlona! Se observaron así el uno al otro durante unos diez segundos, en mitad del profundo silencio de todos los presentes. Des Grieux se quedó estupefacto al principio, pero pronto una inquietud inusual apareció en su rostro. *Mademoiselle* Blanche enarcó las cejas, abrió la boca y miró fijamente a la abuela. El príncipe y el erudito contemplaban toda la escena con profundo desconcierto. Los ojos de Polina expresaron primero asombro y perplejidad extremos, de pronto palideció como un pañuelo, hasta que un minuto después la sangre afluyó a su rostro y le inundó las mejillas. ¡Sí, era una catástrofe para todos! Todo cuanto hice fue dejar que mis ojos vagaran de un lado a otro entre la abuela y todos cuanto me rodeaban. Míster Astley, como de costumbre, permanecía aparte, sereno y digno.

—¡Bueno, aquí estoy! ¡En lugar de un telegrama! —La abuela rompió por fin aquel silencio—. ¿Qué, no me esperaban?

—Antonida Vasílievna… Querida tía… pero ¿cómo…? —balbuceó el infeliz general. Si la abuela se hubiera quedado en silencio unos segundos más, tal vez le habría dado un síncope.

—¿Cómo…? Me senté y partí. ¿Para qué están los trenes? Supongo que todos pensabais: ¿habrá estirado la pata y nos habrá dejado herencia? Sé que enviasteis telegramas desde aquí. Os debéis de haber gastado una fortuna, me imagino. Desde aquí no son baratos. Por eso decidí apresurarme y venirme para aquí. ¿Es este el francés? *Monsieur* Des Grieux, supongo.

—*Oui, madame* —intervino Des Grieux—, *et croyez, je suis si enchanté… votre santé… c'est un miracle… vous voir ici… une surprise charmante*…[47]

—Sí, sí, *charmante*; te conozco, pícaro, ¡no me creo ni una palabra! —y, con un gesto de desdén, le enseñó el dedo meñique para hacerle saber cuánto confiaba en su persona—. ¿Quién es esta? —preguntó, señalando a *mademoiselle* Blanche. Parece que le había impresionado la espectacular francesa, vestida de amazona y con un látigo en la mano—. ¿Es de aquí?

—Es *mademoiselle* Blanche de Cominges, y aquí está su madre, *madame* de Cominges; se alojan en este hotel —le informé.

—¿Está casada la hija? —preguntó la abuela sin rodeos.

—*Mademoiselle* de Cominges es soltera —respondí lo más respetuosamente posible y en voz baja a propósito.

—¿Es alegre?

Al principio no entendí la pregunta.

—¿No se aburre uno con ella? ¿Entiende el ruso? Des Grieux aprendió no pocas cosas nuestras en Moscú, incluido el idioma, aunque más mal que bien.

Le expliqué que *mademoiselle* de Cominges nunca había estado en Rusia.

—*Bonjour!* —dijo la abuela, dirigiéndose brusca y repentinamente a *mademoiselle* Blanche.

—*Bonjour, madame*. —*Mademoiselle* Blanche se inclinó de manera ceremoniosa y con elegancia, apresurándose a mostrar, con toda la expresión de su rostro y de su figura, una extraordinaria sorpresa ante tan extraña pregunta y trato, bajo el disfraz de una insólita modestia y cortesía.

—Oh, baja la mirada, toda modosita y decorosa; ahora se ve qué clase de pájara es; una actriz, supongo. Me alojo aquí abajo, en el hotel —se dirigió de repente al general—. Seré tu vecina; ¿contento o no?

—¡Oh, querida tía! Crea en la sinceridad de mis sentimientos… de mi alegría —replicó el general. Ya se había recuperado en parte y, como a veces sabía hablar con acierto, importancia y cierta pretensión de efecto, ahora empezó a explayarse—. Estábamos tan preocupados y conmocionados por las noticias de su enfermedad… Recibimos telegramas tan desalentadores, y de repente…

—¡Ah, mientes, mientes! —lo interrumpió de inmediato la abuela.

—Pero ¿cómo? —la interrumpió a su vez el general a toda prisa y levantó la voz, tratando de ignorar ese «mientes»—, pero ¿cómo se decidió a hacer este viaje? Usted misma reconocerá que a su edad y en su estado de salud… Al menos todo esto es tan inesperado que es comprensible nuestra sorpresa. Pero estoy tan contento… y todos nosotros (comenzó a sonreír de manera dulce y entusiasta) nos esforzaremos al máximo para hacer que su estancia aquí sea de lo más agradable…

—Bueno, basta; pura palabrería; habla más de la cuenta, como de costumbre; yo misma sabré cómo pasar el tiempo. Por lo demás, no tengo nada contra usted; no guardo rencor. «Cómo», me preguntas. ¿Qué hay de sorprendente? De la manera más sencilla. ¿Por qué se sorprenden todos? Hola, Praskovia. ¿Qué haces aquí?

—Hola, abuela —dijo Polina, acercándose a ella—. ¿Lleva mucho tiempo viajando?

—Bueno, ¡esta ha hecho la pregunta más inteligente, en lugar de soltar solo: «¡oh!» y «¡ah!» Pues ya ves, estaba allí, postrada, con curas y más curas, hasta que expulsé a los médicos y mandé llamar al sacristán de San Nicolás. **[48]** Había curado a una mujer de la misma enfermedad con polvo de heno. Bueno, pues a mí también me fue bien; al cabo de tres días lo sudé todo y me levanté. Después mis médicos alemanes volvieron a reunirse, se pusieron las gafas y empezaron a decir: «Si ahora, dijeron, se va al extranjero a hacer una cura de aguas y a seguir un tratamiento, todos los síntomas desaparecerían por completo». Y por qué no, pensé. Esos tontos de los Zazhiguin pusieron el grito en el cielo: «¡Cómo va a llegar hasta allá!», decían. Bueno, ¡pues aquí estoy! En un día el equipaje estaba preparado, y el viernes pasado tomé a la chica, a Potápich y a Fiódor el criado; en Berlín envié a Fiódor de vuelta a casa, porque pensé: veo que no lo necesito, incluso habría podido venir sola… Tomé un vagón especial, y en todas las estaciones hay portadores que por dos grivnas te llevan las cosas adonde quieras. ¡Vaya con el piso que te has alquilado! —concluyó, mirando a su alrededor—. ¿De dónde sacas el dinero, querido? Si lo tienes todo empeñado… ¡Cuánto le debes solo a este francés! ¡Lo sé todo, lo sé todo!

—Yo, querida tía… —comenzó el general, todo confuso—. Me deja sorprendido, tía… Creo que puedo prescindir de la supervisión de cualquiera… Además, mis gastos no exceden mis recursos, y nosotros aquí…

—¿No exceden tus recursos? ¡Eso has dicho! Debes de haber privado ya a los niños de lo último: ¡un buen tutor!

—Después de esto, después de semejantes palabras… —comenzó el general indignado—, ya no sé…

—¡Eso es, no sabes! Seguro que aquí no te alejas de la ruleta. ¿Ya te has arruinado?

El general estaba tan impactado que casi se ahoga en la oleada de sentimientos agitados.

—¿De la ruleta? ¿Yo? Con mi posición… ¿Yo? Recapacite, querida tía, aún debe de estar enferma…

—¡Ah, mientes, mientes!; seguro que no pueden sacarte de allí ni a rastras; ¡mientes en todo! Hoy mismo iré a ver qué es eso de la ruleta. Y tú, Praskovia, cuéntame qué hay que ver aquí, y Alekséi Ivánovich me lo enseñará, y tú, Potápich, apunta todos los lugares a donde hay que ir. ¿Qué vale la pena ver aquí? —De repente se dirigió de nuevo a Polina.

—Aquí hay cerca las ruinas de un castillo, y luego está el Schlangenberg.

—¿Qué es el Schlangenberg? ¿Un bosque, tal vez?

—No, no es un bosque, sino una montaña. Allí está la *pointe*.

—¿Qué es la *pointe*?

—El punto más alto de la montaña, un lugar cercado. Desde allí la vista es incomparable.

—¿Y llevan sillas a la montaña? ¿Se pueden subir o no?

—Oh, se puede encontrar porteadores —respondí.

En ese momento Fedosia, la niñera, se acercó a saludar a la abuela, y le llevó a los niños del general.

—¡Bueno, no es necesario besuquearse! No me gusta dar besos a los niños: todos tienen mocos. ¿Cómo estás aquí, Fedosia?

—Muy bien, aquí se está muy bien, madrecita Antonida Vasílievna —respondió Fedosia—. ¿Y usted, madre? Estábamos tan preocupados por usted.

—Lo sé, tú eres un alma sencilla. ¿Quiénes son estos, invitados? —se volvió de nuevo hacia Polina—. ¿Quién es ese tipo endeblucho con gafas?

—Es el príncipe Nilski, abuela —le susurró Polina.

—¿Un ruso? ¡Y yo que pensaba que no me entendería! Quizá no me haya oído. A míster Astley ya lo he visto antes. Aquí está otra vez —dijo la abuela, al verlo—. ¡Hola! —lo saludó de repente.

Míster Astley le hizo una reverencia en silencio.

—Así pues, ¿qué me dirá de bueno? ¡Diga algo! Tradúceselo, Polina.

Polina lo tradujo.

—Pues que la miro con sumo placer y me alegro de que tenga buena salud —respondió míster Astley seriamente, pero con muy buena voluntad. Se lo tradujeron a la abuela y, al parecer, fue de su agrado.

—Qué bien responden siempre los ingleses —observó—. Por alguna razón siempre me han gustado los ingleses. ¡No tienen ni punto de comparación con los francesitos! Venga a visitarme —se dirigió de nuevo a míster Astley—. Intentaré no molestarlo demasiado. Tradúcele esto y dile que estoy aquí abajo, aquí abajo… ¿Me oye? Abajo, abajo —repitió, señalando con un dedo hacia abajo.

Míster Astley se mostró encantado con la invitación.

La abuela examinó a Polina con una mirada atenta y satisfecha de los pies a la cabeza.

—Podría quererte, Praskovia —dijo de pronto—, eres una chica encantadora, mejor que todas ellas, pero tienes un carácter… ¡Ay! Bueno, yo también tengo carácter; date la vuelta; ¿llevas un moño postizo?

—No, abuela, es mi pelo.

—Muy bien, no soporto las modas tontas de ahora. Eres muy bonita. Me enamoraría de ti si fuera un caballero. ¿Por qué no te casas? Pero, bueno, es hora de que me vaya. Me gustaría salir a pasear, me he pasado mucho rato encerrada en un vagón… ¿Qué, sigues enfadado? —le preguntó al general.

—¡Por favor, querida tía! ¡En absoluto! —afirmó exultante el general—. Comprendo que a su edad…

—*Cette vieille est tombée en enfance*[49] —me susurró Des Grieux.

—Quiero verlo todo aquí. ¿Me cederás a Alekséi Ivánovich? —preguntó la abuela al general.

—Oh, como quiera, pero yo mismo… y Polina, y *monsieur* Des Grieux… todos nosotros consideraremos un placer acompañarla…

—*Mais, madame, cela sera un plaisir*…[50] —aseguró Des Grieux con una sonrisa encantadora.

—Sí, sí, un *plaisir*. Me hace gracia, querido. Pero de mí no recibirá ningún dinero, por cierto —le soltó de repente al general—. Bueno, ahora a mi habitación: hay que revisarla, y luego iremos a ver todos esos lugares. Vamos, llevadme.

Volvieron a levantar a la abuela, y todos corrieron en tropel detrás de la silla escaleras abajo. El general caminaba como aturdido por un mazazo en la cabeza. Des Grieux parecía pensar en algo. *Mademoiselle* Blanche quería quedarse, pero por alguna razón decidió ir con los demás. El príncipe la siguió acto seguido, y solo el alemán y *madame la veuve* de Cominges se quedaron arriba, en los aposentos del general.

# X

En los balnearios —y al parecer en toda Europa—, los encargados de hoteles y los jefes de camareros, al asignar el alojamiento a los visitantes, se guían no tanto por las exigencias y los deseos de los huéspedes como por su propia impresión de estos; y hay que señalar que pocas veces se equivocan. Pero a la abuela, por alguna razón desconocida, le dieron unos aposentos tan lujosos que incluso exageraron: cuatro habitaciones espléndidamente decoradas, con baño, cuartos para el servicio, una habitación especial para la doncella y demás. De hecho, una semana antes, en esos mismos aposentos se había alojado una *grande duchesse*, algo que, por supuesto, se anunció de inmediato a los nuevos visitantes para añadir aún más valor al alojamiento. Llevaron a la abuela o, mejor dicho, la pasearon por todas las habitaciones, y ella las inspeccionó con detenimiento y rigor. El jefe de camareros, un hombre ya anciano con la cabeza calva, la acompañó respetuosamente durante esa primera inspección.

No sé por quién tomaron todos a la abuela, pero daba la impresión de ser una persona extraordinariamente importante y, sobre todo, muy rica. De inmediato la registraron en el libro de visitas como «*Madame la générale princesse de Tarassevitcheva*»,[51] aunque la abuela nunca había sido princesa. Su propio servicio, el vagón especial en el tren y el sinfín de innecesarios baúles, maletas, e incluso cofres que llegaron con la abuela probablemente marcó el inicio de su prestigio; pero también su silla, el tono brusco y la voz de la abuela, sus preguntas excéntricas formuladas con el mayor descaro sin aceptar objeciones; en pocas palabras, toda la figura de la abuela —recta, brusca, imperiosa— lograron la sumisión general hacia ella. Durante la inspección, la abuela ordenaba a veces de repente que detuvieran su silla, señalaba algún artículo del mobiliario y dirigía preguntas inesperadas al supervisor de camareros, que sonreía respetuosamente, pero comenzaba ya a sentirse intimidado. La abuela hacía preguntas en francés, que por lo demás hablaba bastante mal, así que yo solía traducir. Las respuestas del jefe de camareros en su mayoría no le gustaban y las encontraba insatisfactorias. Y es

que no hacía preguntas que fueran al grano, sino sobre Dios sabe qué. De pronto, por ejemplo, se detuvo frente a un cuadro, una copia bastante mediocre de un famoso original de tema mitológico.

—¿De quién es este retrato?

El jefe de camareros le comunicó que debía de ser de una condesa.

—¿Cómo es que no lo sabes? Vives aquí y no lo sabes. ¿Por qué está aquí? ¿Por qué tiene los ojos rasgados?

A todas estas preguntas el jefe de camareros no pudo dar respuestas satisfactorias e incluso se ofuscó.

—¡Qué bobalicón! —replicó la abuela en ruso. La siguieron paseando. La misma historia se repitió con una figurita de porcelana sajona, que la abuela examinó durante largo rato y luego ordenó que la sacaran, por alguna razón. Por fin le preguntó al jefe de camareros cuánto costaban las alfombras del dormitorio y dónde las habían tejido. El jefe prometió averiguarlo.

—¡Qué burros! —refunfuñaba la abuela, y centró toda su atención en la cama.

—¡Qué dosel tan lujoso! Abridlo.

La cama quedó al descubierto.

—Más, más, abrid la cama del todo. Quitad las almohadas, las fundas, levantad el colchón de plumas.

Le dieron la vuelta a todo. La abuela lo inspeccionó con detenimiento.

—Menos mal que no hay chinches. ¡Fuera toda la ropa de cama! Poned mis sábanas y mis almohadas. Pero todo esto es demasiado lujoso para mí, una anciana: una se aburre cuando está sola. Alekséi Ivánovich, ven a verme a menudo cuando hayas terminado de enseñar a los niños.

—Desde ayer ya no sirvo en casa del general —le contesté—. Me hospedo en el hotel por mi cuenta.

—¿Y eso por qué?

—Hace poco llegó aquí un distinguido barón alemán con su esposa, la baronesa, desde Berlín. Ayer, durante el paseo, me dirigí a él en alemán, sin ceñirme al acento berlinés.

—Bueno, ¿y qué pasó?

—Lo consideró una insolencia y se quejó al general, y el general ayer mismo me despidió.

—Así que insultaste al barón, ¿eh? (¡Aunque si lo has insultado, ¡qué más da!)

—Oh, no. Al contrario, el barón me amenazó con su bastón.

—¡Y tú, pusilánime, permitiste que trataran a vuestro tutor así! —se dirigió de pronto al general—. ¡Y además lo despides! Sois unos inútiles. Sois todos unos inútiles, según veo.

—No se preocupe, querida tía —respondió el general, con un tono un tanto altivo y familiar—, sé cómo manejar mis asuntos. Además, Alekséi Ivánovich no te ha transmitido una versión del todo exacta de lo ocurrido.

—¿Y lo soportaste sin rechistar? —se volvió hacia mí.

—Quise desafiar al barón a un duelo —respondí lo más modesta y calmadamente posible—, pero el general se opuso.

—¿Y por qué te opusiste? —La abuela volvió a dirigirse al general—. Y tú, querido, puedes irte y volver cuando te llamen. —Esto último iba dirigido al jefe de camareros—, no sirve de nada que te quedes aquí con la boca abierta. No soporto esa cara nuremburguesa. —El jefe se inclinó y se marchó, sin entender, por supuesto, el cumplido de la abuela.

—Se lo ruego, querida tía, ¿acaso los duelos son posibles? —replicó el general con una sonrisa burlona.

—¿Y por qué no deberían ser posibles? Los hombres son todos unos gallos; estaría bien verlos pelear. Todos vosotros, según veo, sois unos inútiles y no sabéis defender a vuestra patria. ¡Bueno, levantadme! Potápich, ocúpate de que siempre haya dos porteadores listos, contrátalos y ponte de acuerdo con ellos. Más de dos no hacen falta. Solo tienen que cargarme por las escaleras, y por el suelo llano, en la calle, empujar mi silla, explícaselo así; y págales por adelantado, serán más respetuosos. Tú mismo debes estar siempre cerca de mí, y tú, Alekséi Ivánovich, enséñame a ese barón durante el paseo: a ver qué clase de barón es, quiero al menos echarle un vistazo. Bueno, ¿dónde está esa ruleta?

Le expliqué que las ruletas estaban en el casino, en los salones. Siguieron más preguntas: ¿Hay muchas? ¿Cuántos jugadores hay? ¿Juegan todo el día? ¿Cómo están dispuestas las mesas? Finalmente respondí que lo mejor era que lo viera todo con sus propios ojos, ya que describirlo era bastante difícil.

—Bueno, ¡pues llévame directa allí! Ve adelante, Alekséi Ivánovich.

—Pero ¿cómo va a hacer eso, querida tía, no va a descansar ni un poco del viaje? —preguntó preocupado el general. Parecía inquieto, los demás también estaban confusos y empezaron a intercambiar miradas. Probablemente les resultaba un poco delicado, incluso vergonzoso, acompañar a la abuela directamente al casino, donde, por supuesto, podría hacer alguna extravagancia, pero ya en público; sin embargo, todos se ofrecieron a acompañarla.

—¿Por qué debería descansar? No estoy cansada; ya me he pasado cinco días sentada. Luego veremos qué clase de aguas y manantiales curativos hay aquí y dónde están. Y luego… también está… ¿cómo lo llamaste, Praskovia, la *pointe*, ¿no?

—Sí, abuela.

—Bueno, la *pointe*, la *pointe*. ¿Y qué más hay aquí?

—Hay muchas vistas, abuela —respondió un tanto avergonzada Polina.

—¡Bueno, ni siquiera tú lo sabes! Marfa, también vendrás conmigo —le dijo a su doncella.

—Pero ¿por qué, querida tía? —se apresuró a decir el general—, sencillamente no puede; y es muy probable que a Potápich tampoco lo dejen entrar en el casino.

—Bueno, ¡tonterías! ¿Solo porque es una criada habría que echarla? También es un ser vivo, al fin y al cabo; lleva una semana viajando por caminos, también querrá verlo. ¿Con quién podría hacer tal cosa, aparte de mí? Ella ni siquiera se atrevería a asomar la nariz en la calle por sí sola.

—Pero abuela…

—¿Te da vergüenza que te vean conmigo? Entonces quédate aquí, nadie te obliga. Vaya general estás hecho; yo misma soy una generala. ¿Para qué necesito toda esta cola detrás de mí? Con Alekséi Ivánovich lo veré todo…

Pero Des Grieux insistió firmemente en que todos la acompañaran, y se lanzó a expresar las frases más amables sobre el placer de acompañarla, etcétera. Nuestra comitiva se puso en marcha.

—*Elle est tombée en enfance* —repetía Des Grieux al general—. *Seule, elle fera des bêtises*…[52] —No oí nada más, pero era evidente que tenía nuevos planes, o tal vez incluso había recuperado la esperanza.

Hasta el casino había media versta.[53] Nuestro camino pasó por la avenida de castaños, hasta la plaza, rodeándola, y luego directamente a la entrada del casino. El general se había calmado un poco, porque nuestra procesión, aunque bastante excéntrica, era aun así elegante y decente. No había nada asombroso en el hecho de que una persona enferma y debilitada, paralítica, apareciera en una zona balnearia. Pero, evidentemente, el general temía el casino: ¿por qué una persona enferma, paralítica y, además, ya anciana, iría a la ruleta? Polina y *mademoiselle* Blanche la flanqueaban, junto a la silla de ruedas que se deslizaba. *Mademoiselle* Blanche se reía, estaba moderadamente alegre e incluso de vez en cuando se permitía una broma amable con la abuela, así que esta finalmente la elogió. Por otro lado, Polina tenía que responder a las innumerables y constantes preguntas de la abuela,

como: «¿Quién acaba de pasar? ¿Y quién es la que va por ahí? ¿Es grande la ciudad? ¿Es grande el jardín? ¿Qué árboles son esos? ¿Qué montañas son esas? ¿Vuelan águilas por aquí? ¿Qué techo tan curioso es ese?». Míster Astley, que iba a mi lado, me susurró que esperaba mucho de esta mañana. Potápich y Marfa iban detrás, justo detrás de la silla de ruedas: Potápich con su frac, corbata blanca, pero tocado con una gorra de visera, y Marfa, una mujer de cuarenta años y cara sonrosada pero que empezaba a encanecer, con cofia, un vestido de percal y chirriantes zapatos de piel de cabra. La abuela se volvía muy a menudo hacia ellos y les hablaba. Des Grieux y el general se habían quedado un poco rezagados y hablaban con gran fervor. El general estaba muy abatido. Des Grieux hablaba con determinación. Tal vez estuviera animando al general; era evidente que le estaba dando algún consejo. Pero la abuela acababa de pronunciar la frase fatídica: «No te daré ningún dinero». Tal vez para Des Grieux esa noticia parecía increíble, pero el general conocía a su tía. Noté que Des Grieux y *mademoiselle* Blanche seguían intercambiando miradas cómplices. Al príncipe y al viajero alemán los vi al final del paseo: se habían quedado atrás, apartados de nosotros.

Entramos triunfalmente en el casino. El portero y los lacayos mostraron la misma deferencia que el personal del hotel. Sus miradas, sin embargo, delataban curiosidad. La abuela primero ordenó que la pasearan por todas las salas; algunas las alabó, pero ante otras se mostró completamente indiferente; preguntó por todo. Finalmente llegamos a las salas de juego. El lacayo que estaba apostado frente a las puertas cerradas, aparentemente sorprendido, de repente las abrió de par en par.

La aparición de la abuela en la ruleta causó una profunda impresión en el público. Detrás de las mesas de la ruleta y al otro extremo de la sala, donde se encontraba la mesa de *trente et quarante*, había una multitud, quizá ciento cincuenta o doscientos jugadores, en varias filas. Los que habían logrado abrirse paso hasta la mesa, como es habitual, permanecían firmes y no abandonaban sus sitios hasta que perdían; ya que no está permitido quedarse como meros espectadores, sin apostar, ocupando un lugar de juego. Aunque hay sillas alrededor de la mesa, pocos jugadores se sientan, sobre todo cuando hay mucha gente, porque de pie pueden apretujarse mejor y, por tanto, obtener un lugar más ventajoso y apostar de manera más cómoda. Las filas segunda y tercera se apretujaban detrás de la primera, esperando y observando su turno; pero a veces, impacientes, pasaban la mano a través de la primera fila para hacer sus apuestas. Incluso desde la tercera fila se las arreglaban para hacer apuestas de esta manera; no pasaban diez o incluso cinco minutos sin

que se produjera un incidente a causa de una apuesta en disputa en algún extremo de la mesa. La policía del casino, aun así, es bastante eficiente. Es imposible evitar las multitudes, por supuesto; de hecho, son bienvenidas, debido a que traen beneficios; pero ocho crupieres sentados alrededor de la mesa vigilan las apuestas con los ojos muy abiertos, las liquidan y solucionan cualquier discusión que surja. En casos extremos, llaman a la policía, y el asunto se resuelve en un minuto. Los policías están allí mismo, en la sala, vestidos de civil, entre los espectadores, por lo que no se los puede identificar. Se centran en especial en los ladronzuelos y los estafadores, que abundan sobre todo en las mesas de juego, por ser un lugar de lo más conveniente para ejercer su oficio. De hecho, en otros lugares, robar implica sacar cosas de bolsillos y forzar cerraduras y, si no sale bien, termina siendo muy problemático. Aquí basta con acercarse sin más a la ruleta, comenzar a jugar y, de repente, de manera abierta y pública, tomar las ganancias de otra persona y metérselas en el bolsillo; si surge una disputa, el estafador insiste en voz alta y clara en que la apuesta es suya. Si la maniobra se realiza con habilidad y los testigos titubean, el ladrón a menudo logra llevarse el dinero, siempre que la suma no sea muy significativa. En el último caso, es probable que los crupieres o alguno de los otros jugadores se den cuenta incluso antes. Pero si la cantidad no es tan elevada, el verdadero propietario a veces simplemente se niega a continuar la disputa, por vergüenza de un escándalo, y se desentiende. Pero si logran desenmascarar al ladrón, lo expulsan de inmediato con alboroto. La abuela observaba todo esto desde lejos, con una curiosidad salvaje. Le encantaba ver cómo se llevaban a los ladrones. El *trente et quarante* no despertó mucho su interés; le gustó más la ruleta y el movimiento de la bola. Finalmente, deseó acercarse más para observar el juego. No entiendo cómo ocurrió, pero los lacayos y otros buscavidas (en su mayoría polacos que habían perdido su dinero y ahora ofrecían sus servicios a jugadores afortunados y a todos los extranjeros) de inmediato encontraron y despejaron un sitio para la abuela, a pesar de toda la multitud, justo en el centro de la mesa, cerca del crupier principal, y llevaron su silla allí. Muchos visitantes que no jugaban, sino que observaban el juego desde lejos (en su mayoría ingleses con sus familias), se agolparon inmediatamente alrededor de la mesa para mirar a la abuela desde detrás de los jugadores. Muchos binóculos apuntaron en su dirección. Los crupieres estaban esperanzados: una jugadora tan excéntrica parecía prometer de veras algo extraordinario. Una mujer de setenta años en silla de ruedas deseosa de apostar era, por supuesto, un caso fuera de lo común. Yo también me abrí paso hacia la mesa y me

instalé junto a la abuela. Potápich y Marfa se quedaron en algún lugar apartado, entre la multitud. El general, Polina, Des Grieux y *mademoiselle* Blanche también se colocaron a un lado, entre los espectadores. La abuela primero se puso a examinar a los jugadores. Me hacía preguntas bruscas y entrecortadas en un medio susurro: ¿Quién es ese? ¿Quién es esa? Le gustó en especial un hombre muy joven, situado en el extremo de la mesa, que estaba jugando a lo grande, apostando miles y, según murmuraban a su alrededor, ya había ganado unos cuarenta mil francos, que se amontonaban frente a él, en monedas de oro y billetes. Estaba pálido; le brillaban los ojos y le temblaban las manos; apostaba sin calcular siquiera lo que podía abarcar su mano y, aun así, seguía ganando y ganando, acumulaba y acumulaba. Los lacayos se afanaban a su alrededor, poniéndole sillas detrás, despejándole el espacio en torno a él para que tuviera más espacio y no lo apretujaran, todo esto en previsión de una generosa gratificación. Algunos jugadores a veces dan propinas sin contar el dinero ganado, por pura alegría, todo cuanto la mano alcanza a sacar del bolsillo. Junto al joven ya se había instalado un polaco, que se esforzaba al máximo en atenderlo, y le susurraba de manera respetuosa, pero sin cesar, probablemente indicándole cómo apostar, aconsejándolo y dirigiendo el juego; por supuesto, también a la espera de una recompensa más tarde. No obstante, el jugador apenas lo miraba, apostaba a ciegas y, aun así, seguía acumulando ganancias. Parecía haber perdido el juicio.

La abuela lo observó durante unos minutos.

—Dile —dijo de pronto agitada la abuela, dándome un codazo—, dile que deje de jugar, que tome su dinero y se vaya cuanto antes. ¡Va a perder, va a perderlo todo! —se preocupó, casi ahogada de la emoción—. ¿Dónde está Potápich? ¡Mándale a Potápich! Pero díselo, díselo —me instigaba—. ¿Dónde está Potápich? *Sortez! Sortez*![54] —empezó a gritarle ella misma al joven. Me incliné hacia ella y le susurré con firmeza que allí no se podía gritar, que ni siquiera se permitía hablar un poco alto, porque eso impide hacer bien las cuentas, y que en cualquier momento nos iban a echar.

—¡Qué lástima! Ese hombre está perdido, así que quiere… No puedo mirarlo, me da vueltas todo. ¡Qué zoquete! —Y la abuela se volvió rápidamente hacia el otro lado.

Allí, a la izquierda, en la otra mitad de la mesa, entre los jugadores, había una joven dama y, a su lado, un enano. No sé quién era ese enano: si era pariente suyo o si lo llevaba para causar efecto. Ya me había fijado en esa dama antes; acudía a la mesa de juego todos los días, a la una del mediodía, y

se iba a las dos en punto; jugaba todos los días durante una hora. La conocían y al instante le ofrecían una silla. Sacaba del bolsillo varias monedas de oro, varios billetes de mil francos, y comenzaba a apostar con calma, con sangre fría, calculando, anotando números en un papel con un lápiz y tratando de encontrar un sistema según el cual las probabilidades se agrupaban en ese momento. Apostaba sumas considerables. Ganaba cada día mil, dos mil, incluso tres mil francos, no más, y, después, se iba de inmediato. La abuela la miró durante mucho rato.

—¡Oh, esta no perderá! ¡No perderá! ¿De dónde es? ¿No sabes quién es?

—Debe de ser una francesa, una de esas —susurré.

—Ajá, a los pájaros se los reconoce por su vuelo. Esta se nota que tiene las uñas bien afiladas. Explícame ahora qué significa cada giro y cómo se debe apostar.

Hice todo lo posible para explicarle a la abuela qué significaban esas numerosas combinaciones de apuestas, *rouge et noir, pair et impair, manque et passe*[55] y, por último, los diferentes matices en el sistema de números. La abuela escuchaba atentamente, memorizaba, volvía a preguntar y repetía para aprendérselo. Para cada sistema de apuestas, podía proporcionar de inmediato un ejemplo, así que muchas cosas se aprendieron y memorizaron muy fácil y rápidamente. La abuela quedó muy satisfecha.

—¿Y qué significa *zéro*? ¿Ese crupier, el del pelo rizado, el principal, acaba de gritar *zéro*? ¿Y por qué acaba de recoger todo lo que había sobre la mesa? ¿Se ha llevado toda esa pila para él? ¿Por qué?

—Porque el *zéro*, abuela, beneficia a la banca. Si la bola cae en el *zéro*, todo lo que se haya apostado en la mesa pasa a pertenecer a la banca, sin compensación. Es verdad que se otorga una nueva tirada en la próxima apuesta, pero la banca no paga nada.

—¡Ah, vaya! Así pues, ¿no recibo nada?

—No, abuela; si hubieras apostado a *zéro* y hubiera salido *zéro*, te habrían pagado treinta y cinco veces más.

—¿Cómo? ¡Treinta y cinco veces más! ¿Y sale a menudo? ¿Por qué esos tontos no apuestan por *zéro*?

—Treinta y seis posibilidades en contra, abuela.

—¡Tonterías! ¡Potápich! ¡Potápich! Espera, tengo dinero aquí, ¡toma! —Sacó un billetero bien abultado del bolsillo y tomó de él un federico de oro—. Toma, apuesta ahora al *zéro*.

—Abuela, el *zéro* acaba de salir —le dije—, así que tardará un rato en volver a salir. Va a apostar mucho; espere un poco al menos.

—Bah, mientes, ¡apuesta!

—Como desee, pero el *zéro* podría no salir hasta la noche, podría apostar hasta mil, eso ya ha pasado.

—¡Bah, tonterías, tonterías! Temer al lobo es no ir al bosque. ¿Qué? ¿Ha perdido? ¡Apuesta otra vez!

Perdimos otro federico de oro; apostamos un tercero. La abuela apenas podía mantenerse en su asiento; estaba absorta con los ojos ardientes clavados en la bola que saltaba por los bordes dentados de la rueda giratoria. Perdimos también el tercero. La abuela estaba furiosa, apenas podía estarse quieta, incluso golpeó la mesa con el puño cuando el crupier anunció «*trente six*»[56] en lugar del *zéro* esperado.

—¡Ah, vaya…! —se enfureció la abuela—. ¿Cuánto tiempo más tardará en salir ese maldito cerito? Aunque me vaya la vida en ello, ¡me quedaré sentada hasta que salga el *zéro*! La culpa es de ese maldito crupier de pelo rizado, ¡a él nunca le sale! ¡Aleksandr Ivánovich, apuesta dos monedas de oro a la vez! Has apostado tan poco que, aunque hubiera salido el *zéro*, no nos habríamos llevado nada.

—¡Abuela!

—¡Apuesta, apuesta! No son tuyas.

Aposté dos federicos de oro. La bola voló largo rato sobre la rueda y finalmente empezó a saltar en los bordes dentados. La abuela, helada, me apretó la mano, y de repente: ¡pum!

—*Zéro* —anunció el crupier.

—¡Lo ves, lo ves! —La abuela se volvió rápidamente hacia mí, radiante y satisfecha—. ¡Te lo dije, te lo dije! ¡Dios mismo me empujó a apostar dos monedas de oro! Bueno, ¿cuánto me darán ahora? ¿Por qué no pagan? Potápich, Marfa, ¿dónde estáis? ¿Adónde se han ido todos los nuestros? ¡Potápich, Potápich!

—Abuela, después —le susurré—. Potápich está en la puerta, no lo dejan entrar. Mira, abuela, le están dando el dinero, ¡tómelo! —A la abuela le entregaron un paquete sellado, envuelto en papel azul, con cincuenta federicos de oro, y le contaron otros veinte federicos de oro sin precintar. Recogí todo eso con una pala y se lo entregué a la abuela.

—*Faites le jeu, messieurs! Faites le jeu, messieurs! Rien ne va plus!*[57] —exclamó el crupier, invitando a apostar y preparándose para hacer girar la ruleta.

—¡Dios mío! ¡Llegamos tarde! ¡Va a girar! ¡Apuesta, apuesta! —me apresuró la abuela—. No te pares, enseguida —decía, fuera de sí, incitándome

con todas sus fuerzas.

—¿Dónde lo apuesto, abuela?

—¡Al *zéro*, al *zéro*! ¡Otra vez al *zéro*! ¡Apuesta lo máximo que puedas! ¿Cuánto tenemos en total? ¿Setenta federicos de oro? No escatimes, apuesta veinte cada vez.

—¡Recapacite, abuela! ¡A veces no sale en doscientas tiradas! Le aseguro que se dejará todo su capital.

—¡Bah, mientes, mientes! ¡Apuesta! ¡Cómo sueltas la lengua! ¡Sé lo que me hago! —La abuela incluso temblaba de emoción.

—Según las reglas, no se permite apostar más de doce federicos de oro al cero, abuela. —Así que aposté.

—¿Cómo que no se permite? ¿No estarás mintiendo? *Musié! Musié!*[58] —Dio varios codazos al crupier sentado justo a su izquierda, preparándose para accionar la ruleta—: *Combien zéro? Douze? Douze?*[59]

Me apresuré a explicar su pregunta en francés.

—*Oui, madame*[60] —confirmó cortésmente el crupier—, así como cualquier apuesta única no debe exceder cuatro mil florines en total, según el reglamento —añadió a modo de explicación.

—Bueno, no hay nada que hacer, apuesta doce.

—*Le jeu est fait!*[61] —gritó el crupier. La rueda giró y salió trece. ¡Perdimos!

—¡Otra vez! ¡Otra vez! ¡Otra vez! ¡Apuesta otra vez! —gritó la abuela. Yo ya no me oponía y, encogiéndome de hombros, volví a apostar doce federicos de oro. La rueda giró durante largo rato. La abuela literalmente temblaba sin quitar los ojos de la rueda. «¿De verdad cree que va a ganar de nuevo apostando al *zéro*?», pensé, mirándola con asombro. En su rostro brillaba la decidida convicción de que iba a ganar, la expectativa inequívoca de que estaban a punto de gritar «*zéro!*». La bola se detuvo en una casilla.

—*Zéro!* —gritó el crupier.

—¡¡¡Qué, eh!!! —La abuela se volvió hacia mí con una expresión de triunfo frenético.

Yo mismo era jugador; lo sentí en ese mismo instante. Me temblaban las manos y las piernas, me punzaba la cabeza. Por supuesto, era un caso insólito que en apenas diez tiradas la bola hubiera caído tres veces en el *zéro*, pero no había nada particularmente sorprendente en ello. Yo mismo fui testigo de cómo anteayer salieron tres *zéros* seguidos, y al mismo tiempo, uno de los jugadores, que se afanaba en anotar las apuestas ganadoras en un trozo de

papel, comentó en voz alta que, sin ir más lejos, el día antes, el mismo *zéro* había salido una vez en todo el día.

La abuela, por ser la que había obtenido las mayores ganancias, fue tratada con especial cortesía y respeto. Le correspondían exactamente cuatrocientos veinte federicos de oro; es decir, cuatro mil florines y veinte federicos de oro. Le pagaron los veinte federicos en oro, y los cuatro mil en billetes de banco.

Pero esta vez la abuela no llamó a Potápich; estaba ocupada con otra cosa. Ni siquiera daba codazos y su temblor ya no era visible. Ahora, por así decirlo, temblaba por dentro. Estaba concentrada en algo y tenía la mira puesta en ello:

—¡Alekséi Ivánovich! ¿Él dijo que solo se podía apostar cuatro mil florines a la vez? Toma, apuesta estos cuatro al rojo —decidió la abuela.

Era inútil tratar de disuadirla. La rueda giró.

—*Rouge!* —anunció el crupier.

De nuevo ganó cuatro mil florines; en total, ocho.

—Dame cuatro y apuesta los otros cuatro al rojo —ordenó la abuela.

Volví a apostar cuatro mil.

—*Rouge!* —volvió a anunciar el crupier.

—¡Y ya son doce! Tráelos todos aquí. El oro ponlo aquí, en el monedero, y esconde los billetes.

—¡Basta! ¡A casa! ¡Sáquenme de aquí!

# XI

Empujaron la silla hacia las puertas, al otro extremo de la sala. La abuela estaba radiante. Todos los de nuestro grupo al instante se agolparon a su alrededor para felicitarla. Por muy excéntrico que fuera el comportamiento de la abuela, su triunfo lo compensaba en gran medida, y el general ya no temía comprometerse públicamente por el parentesco con una mujer tan extraña. Con una sonrisa indulgente y familiarmente alegre, como si quisiera complacer a un niño, el general felicitó a la abuela. Sin embargo, estaba visiblemente sorprendido, al igual que todos los espectadores. La gente hablaba y señalaba a la abuela. Muchos pasaban por su lado para verla más de cerca. Míster Astley hablaba de ella aparte con dos ingleses conocidos suyos. Algunas espectadoras majestuosas, damas, la miraban con majestuosa perplejidad como si fuera una especie de milagro. Des Grieux se deshizo en felicitaciones y sonrisas.

—*Quelle victoire!*[62] —decía.

—*Mais, madame, c'était du feu!*[63] —añadió con una sonrisa coqueta *mademoiselle* Blanche.

—¡Sí, fui y gané doce mil florines! ¿Qué doce mil? ¡Y con el oro son casi trece mil! ¿Cuánto es eso en rublos? ¿Unos seis mil?

La informé de que incluso superaban los siete mil y, al tipo de cambio actual, incluso podría llegar a ocho mil.

—¡Ocho mil, poca broma! Y vosotros aquí sentados, inútiles, ¡de brazos cruzados! Potápich, Marfa, ¿lo habéis visto?

—Madre, ¿cómo pudo hacerlo? ¡Ocho mil rublos! —exclamó Marfa, retorciéndose de la emoción.

—¡Tomad, aquí tenéis cinco piezas de oro para cada uno, tomad!

Potápych y Marfa se apresuraron a besarle las manos.

—Y hay que dar a los que llevaron mi silla un federico de oro por cabeza. Dale una pieza de oro a cada uno, Alekséi Ivánovich. ¿Por qué me hace una reverencia ese lacayo, y el otro también? Oh, ¿me felicitan? Dales también un federico.

—*Madame la princesse… un pauvre expatrié… malheurs continuels… les princes russes sont si généreux*…[64] —Una figura con una capa ajada, chaleco de colores, bigote, gorro en mano y con una sonrisa servil revoloteaba junto a la silla…

—Dale también un federico de oro. No, dale dos; bueno, ya basta, o no acabaremos. ¡Levantadme, llevadme! Praskovia —se volvió hacia Polina Aleksándrovna—, mañana te compraré un vestido, y a ella, *mademoiselle* Blanche, también, ¿cómo se llama, *mademoiselle* Blanche?, bueno, también le compraré un vestido. ¡Tradúceselo…!, Praskovia.

—*Merci, madame*. —*Mademoiselle* Blanche hizo una reverencia aduladora, y torció la boca en una sonrisa burlona que intercambió con Des Grieux y el general. El general se sintió un poco avergonzado y exhaló un suspiro de alivio cuando por fin llegamos a la avenida.

—Fedosia, me imagino cómo se asombrará Fedosia —decía la abuela, acordándose de la niñera de los hijos del general—. A ella también hay que regalarle un vestido. ¡Eh, Alekséi Ivánovich! ¡Alekséi Ivánovich, dale algo también a ese mendigo!

Por el camino pasaba un vagabundo con la espalda encorvada y nos miró.

—Tal vez no sea un mendigo, sino algún pobre desgraciado, abuela.

—¡Dale! ¡Dale! ¡Dale un gulden!

Me acerqué y se lo di. Me miró desconcertado, pero cogió el gulden en silencio. Olía a vino.

—Y tú, Alekséi Ivánovich, ¿aún no has probado suerte?

—No, abuela.

—Pero te brillaban los ojos, lo vi.

—Lo probaré, por supuesto, más tarde.

—¡Y apuesta directamente al *zéro*! ¡Ya verás! ¿Cuánto dinero tienes?

—Solo veinte federicos de oro, abuela.

—No es mucho. Te prestaré cincuenta federicos de oro, si quieres. Toma este paquete de aquí, pero tú, amigo, no esperes nada, ¡a ti no te prestaré! —se dirigió de repente al general.

Este se estremeció literalmente, pero se quedó en silencio. Des Grieux frunció el ceño.

—*Que diable, c'est une terrible vieille!*[65] —susurró entre dientes al general.

—¡Un mendigo, un mendigo, otra vez un mendigo! —gritó la abuela—. Alekséi Ivánovich, a este también dale un gulden.

Esta vez nos habíamos cruzado con un anciano de pelo cano y una pata de palo, vestido con una especie de abrigo azul de manga larga, con un largo bastón en las manos. Parecía un viejo soldado. Pero cuando le di el gulden, dio un paso atrás y me miró amenazante.

—*Was ist's der Teufel!*[66] —gritó, seguido de una docena de palabrotas.

—¡Menudo idiota! —gritó la abuela, haciéndole señas para que se fuera —. ¡Váyase! ¡Tengo hambre! Ahora almorzaremos; después me acostaré un rato, y luego volveré allí.

—¿Quieres jugar otra vez, abuela? —grité.

—¿Qué le parece? ¿He de tomaros como ejemplo y ver cómo os quedáis aquí sentados y os pudrís?

—*Mais, madame* —Des Grieux se acercó a ella—, *les chances peuvent tourner, une seule mauvaise chance et vous perdrez tout… surtout avec votre jeu… c'était terrible!*[67]

—*Vous perdrez absolument*[68] —gorjeó *mademoiselle* Blanche.

—¿Y a vosotros qué os importa? Si pierdo, no es vuestro dinero, ¡es el mío! ¿Y dónde está el tal míster Astley? —me preguntó.

—Se ha quedado en el casino, abuela.

—Qué pena, es un buen hombre.

Cuando llegamos al hotel, la abuela se encontró con el jefe de camareros en la escalera, lo llamó y alardeó de su buena suerte en el juego; luego llamó a Fedosia, le dio tres federicos de oro y le ordenó que sirviera la comida. Fedosia y Marfa se deshicieron en elogios ante ella durante la comida.

—Te miro, madre, y le pregunto a Potápich —cotorreó Marfa— qué va a hacer ahora nuestra madrecita. Y sobre la mesa hay dinero, dinero, ¡oh cielos! En mi vida he visto tanto dinero, y alrededor todos son señores, ¡solo señores! ¿Y de dónde, le digo a Potápich, de dónde salieron todos esos señores? Y entonces pienso: ¡ayúdala tú, Madre de Dios! Y entonces rezo por usted, madrecita, y el corazón se me para, se me para, y entonces empiezo a temblar, a estremecerme de la cabeza a los pies. Ayúdala, Señor, pienso, pues el Señor la envió aquí. Y todavía ahora, madre, sigo temblando, de cuerpo entero.

—Alekséi Ivánovich, después de comer, sobre las cuatro, estate preparado para irnos. Y ahora, por el momento, adiós, y no olvides mandarme a un médico, también necesito beber agua. Puede que incluso te olvides, quién sabe.

Me despedí de la abuela como aturdido. Traté de imaginarme qué pasaría ahora con todos nosotros y qué cariz tomarían los asuntos. Vi claramente que ellos (sobre todo el general) aún no habían tenido tiempo de recuperarse, ni

siquiera de la primera impresión. El hecho de la aparición de la abuela en lugar del telegrama esperado con la noticia de su muerte (y, en consecuencia, de la herencia) había trastocado tan profundamente todo el sistema de sus planes y decisiones ya tomadas, que todos reaccionaron con desconcierto y algo así como un estupor general ante la perspectiva de nuevas hazañas de la abuela en la ruleta. Pero este segundo hecho era casi más importante que el primero, porque, aunque la abuela ya había repetido dos veces que no daría dinero al general, quién sabe, las esperanzas aún no estaban perdidas. Tampoco las había perdido Des Grieux, que estaba involucrado en todos los asuntos del general. Estoy seguro de que *mademoiselle* Blanche, también muy implicada (después de todo, ¡era la condición de generala y una herencia significativa las que estaban en juego!), no habría perdido la esperanza y utilizaría todas las artimañas de la coquetería en su trato con la abuela, en contraste con la orgullosa Polina, que era inflexible y torpe para mostrarse cariñosa. Pero ahora… Ahora que la abuela había logrado tales proezas en la ruleta, ahora que la personalidad de la abuela estaba tan clara y típicamente impresa en ellos (una vieja gruñona y prepotente, *et tombée en enfance*), ahora quizá todo estaba perdido: pues ahora está contenta como una niña y, como es habitual, lo perderá todo en un soplo. ¡Dios mío! —pensé (y perdóname, Señor, con una sonrisa de lo más regocijante)—, ¡Dios! Cada federico de oro que la abuela acababa de apostar era como una punzada en el corazón del general, irritaba a Des Grieux y llevaba al borde del frenesí a *mademoiselle* de Cominges, a quien le habían puesto la miel en los labios. He aquí otro hecho: incluso después de haber ganado, en ese estado de júbilo en que la abuela repartía dinero a todo el mundo y había tomado a cualquier transeúnte por un mendigo, incluso entonces le soltó al general: «Pero a ti no te daré nada». Eso significaba que se había aferrado a ese pensamiento, que se obstinaba, que debía de habérselo jurado a sí misma; ¡peligro! ¡peligro!

Todas estas consideraciones pasaban por mi mente mientras subía por la escalera desde los aposentos de la abuela hasta el piso superior, a mi cuchitril. Todo esto me preocupaba mucho. Aunque, por supuesto, antes había podido prever los principales hilos gruesos que unían a los actores que tenía ante mí, aún no conocía definitivamente todos los movimientos y secretos de este juego. Polina nunca me había dado su total confianza. Aunque a veces, es cierto, ella me abría su corazón como sin querer, noté que a menudo, casi siempre, después de estas revelaciones, se reía de todo lo dicho, o lo confundía y lo volvía deliberadamente inverosímil. ¡Oh! ¡Escondía muchas cosas! En cualquier caso, tenía la premonición de que se acercaba el final de

todo este misterio y suspense. Un movimiento más… y todo llegaría a su fin y se revelaría. Poco me importaba mi propio destino, también implicado en todo aquello. Me hallaba en un extraño estado de ánimo: tengo solo veinte federicos de oro en el bolsillo; estoy lejos, en tierra ajena, sin empleo y sin medios de subsistencia, sin esperanza, sin perspectivas de futuro y… ¡no me preocupaba lo más mínimo! Si no hubiera pensado en Polina, me habría entregado al interés cómico del desenlace que se avecinaba, y me habría reído a carcajadas. Pero Polina me desconcierta; su destino se está decidiendo, lo presentía, pero confieso que su destino no me preocupa en absoluto. Me gustaría penetrar en sus secretos; me gustaría que viniera a mí y me dijera: «Pero si yo te amo»; y, si eso no ocurre, si esta locura es impensable, entonces… bueno, ¿qué puedo desear? ¿Acaso sé lo que deseo? Estoy como perdido; solo deseo estar con ella, en su aureola, en su resplandor, a perpetuidad, para siempre, toda la vida. Es todo cuanto sé. ¿Y cómo puedo dejarla?

En el tercer piso, en su pasillo, algo me empujó. Me volví y, a unos veinte pasos o más, vi a Polina salir por una puerta. Parecía que me estaba esperando y buscando, y enseguida me hizo señas para que me acercara.

—Polina Aleksándrovna…

—¡Silencio! —me advirtió.

—Imagínese —susurré—, ahora mismo algo me empujó en el costado, me doy la vuelta… ¡y ahí está! Como si irradiara cierta electricidad de usted.

—Tome esta carta —dijo Polina, con expresión pensativa y el ceño fruncido, probablemente sin oír lo que había dicho— y entréguesela personalmente a míster Astley ahora. Cuanto antes, por favor. No hay necesidad de respuesta. Él mismo…

No terminó la frase.

—¿A míster Astley? —pregunté, sorprendido.

Pero Polina ya había desaparecido detrás de la puerta.

—¡Ajá, así que mantienen correspondencia! —Yo, por supuesto, corrí de inmediato a buscar a míster Astley, primero a su hotel, donde no lo encontré, luego al casino, donde recorrí todos los salones, y finalmente, molesto y casi desesperado, de camino a casa, me lo encontré por casualidad con un grupo de ingleses e inglesas, montados a caballo. Le hice señas, se detuvo y le entregué la carta. Apenas tuvimos tiempo de mirarnos. Pero sospecho que míster Astley espoleó al caballo a propósito.

¿Me atormentaban los celos? En cualquier caso, me sentía destrozado. Ni siquiera quería saber sobre qué se escribían. Entonces, ¡él es su confidente!

«Amigos son —pensé—, eso está claro (y cuándo tuvo tiempo él de convertirse en eso), pero ¿hay amor?» «Claro que no», me susurró la razón. Pero la razón no basta en estos casos. En cualquier caso, era necesario aclararlo. El asunto se estaba complicando desagradablemente.

Apenas entré en el hotel, el portero y el jefe de camareros, que habían salido de su habitación, me informaron de que me reclamaban, que me estaban buscando, que habían preguntado tres veces por mí: querían que fuera cuanto antes al piso del general. Estaba de muy mal humor. En el despacho del general encontré, además de al propio general, a Des Grieux y a *mademoiselle* Blanche, esta última sola, sin su madre. La madre era claramente una mujer de paja, una marioneta usada solo para el espectáculo; pero, cuando se trataba de asuntos serios, *mademoiselle* Blanche actuaba sola. Es poco probable que estuviera al corriente de los asuntos de su supuesta hija.

Los tres estaban discutiendo acaloradamente sobre algo, e incluso la puerta del despacho estaba cerrada con el pestillo echado, lo cual nunca había ocurrido. Cuando me acerqué a la puerta, oí voces fuertes: el tono descarado y sarcástico de Des Grieux, los gritos ofensivos y furiosos de Blanche, y la voz patética del general, que evidentemente trataba de justificarse de algo. Ante mi aparición, todos parecieron recomponerse para disimular su agitación. Des Grieux se arregló el pelo y su expresión enojada se tornó en una sonrisa, esa sonrisa repugnante, oficialmente cortés de los franceses que tanto odio. El abatido y desconcertado general se enderezó, pero en cierto modo mecánicamente. Solo *mademoiselle* Blanche dejó inmutable su rostro, que brillaba de cólera, y se limitó a callarse, mirándome con impaciente expectación. Merece la pena señalar que hasta entonces ella me había tratado con una indiferencia increíble, y ni siquiera había respondido a mis saludos; simplemente, no se fijaba en mí.

—Alekséi Ivánovich —comenzó el general con un tono suavemente reprobatorio—, permítame decirle que es extraño, sumamente extraño… en pocas palabras, que su comportamiento hacia mí y mi familia es… en pocas palabras, sumamente extraño…

—¡Eh! *Ce n’est pas ça*[69] —lo interrumpió Des Grieux con fastidio y desdén. (¡Sin duda, aquí él era dueño y señor!)—. *Mon cher monsieur, notre cher général se trompe*[70] cuando usa ese tono —(continuó su discurso en ruso)—, pero él quería decirle… es decir, advertirle o, mejor dicho, pedirle encarecidamente que no la arruinen… ¡sí, sí, que no la arruinen! Uso precisamente esta expresión…

—Pero ¿por qué, por qué? —lo interrumpí.

—Disculpe, se dispone a ser el líder (¿o cómo decirlo?) de esa anciana, *cette pauvre, terrible vieille*[71] —se embrolló Des Grieux—, pero lo perderá todo; ¡lo perderá todo en un suspiro! Usted mismo la ha visto, ha presenciado cómo juega. Si empieza a perder, no abandonará la mesa de juego, por terquedad, por enojo, jugará y jugará, y en tales casos uno nunca puede desquitarse, y entonces… entonces…

—Y entonces… —intervino el general—, ¡entonces arruinará a toda la familia! Yo y mi familia somos sus herederos, ella no tiene parientes más cercanos. Se lo digo francamente, mis asuntos van mal, muy mal. Usted mismo es en parte consciente de ello. Si pierde una suma considerable de dinero, o tal vez incluso toda su fortuna (¡oh, Dios!), ¿qué será de ellos, de mis hijos? —El general miró a Des Grieux—. ¿Y de mí? —Miró a *mademoiselle* Blanche, que le había dado la espalda con desprecio—. ¡Alekséi Ivánovich, sálvenos, sálvenos…!

—Pero ¿cómo, general? Dígame, ¿cómo puedo…? ¿Qué pinto yo aquí?

—¡Renuncie, renuncie, déjela…!

—¡Pero encontrará a otro! —grité.

—*Ce n'est pas ça, ce n'est pas ça* —volvió a intervenir Des Grieux—. *Que diable!*[72] No, no la deje, pero al menos conciénciela, persuádala, distráigala… En fin, no deje que pierda demasiado, distráigala de alguna manera.

—Pero ¿cómo voy a hacer eso? Si lo hiciera usted mismo, *monsieur* Des Grieux —añadí tan ingenuamente como pude.

En este momento noté la mirada rápida, ardiente e inquisidora de *mademoiselle* Blanche a Des Grieux. En la cara de este destelló algo especial, algo revelador que no pudo reprimir.

—¡Eso es, ahora que no me aceptará! —exclamó Des Grieux, haciendo un gesto de desdén con la mano—. Ojalá… Más tarde…

Des Grieux dirigió una mirada rápida y elocuente a *mademoiselle* Blanche.

—*Oh, mon cher monsieur Alexis, soyez si bon.*[73] —La propia *mademoiselle* Blanche avanzó hacia mí con una sonrisa encantadora, me tomó de las dos manos y las apretó con fuerza. ¡Demonios! Esa cara diabólica podía transformarse en cuestión de segundos. En aquel instante tenía una expresión tan suplicante, una sonrisa tan dulce, infantil e incluso juguetona; al final de la frase me guiñó el ojo de forma pícara, a escondidas de todos; ¿quería pararme los pies? No le salió mal, aunque fue grosero, terriblemente grosero.

El general saltó tras ella, saltó literalmente.

—Alekséi Ivánovich, siento haber empezado a hablarle así antes, no quería decir eso… Se lo ruego, se lo imploro… Hago una profunda reverencia rusa ante usted… ¡Usted es el único, el único que puede salvarnos! *Mademoiselle* de Cominges y yo se lo suplicamos, ¿entiende? —me rogó, señalando con los ojos a *mademoiselle* Blanche. Era muy patético.

En ese momento se oyeron tres golpes suaves y respetuosos en la puerta; abrimos… Llamaba un criado del pasillo, y detrás de él, a unos pasos, estaba Potápich. Traía un mensaje de la abuela. Necesitaba encontrarme y llevarme hasta ella de inmediato; «está enfadada», informó Potápich.

—Pero ¡si son solo las tres y media!

—La señora no podía dormir, daba vueltas en la cama, de repente se levantó, exigió la silla de ruedas y a usted. Ahora ya está en el porche de la entrada, señor…

—*Quelle mégère!*[74] —gritó Des Grieux.

En efecto, encontré a la abuela ya en la entrada, muerta de la impaciencia porque yo no estaba. No podía aguantar hasta las cuatro.

—¡Vamos, llevadme! —gritó, y nos encaminamos de nuevo a la ruleta.

# XII

La abuela se hallaba en un estado de ánimo de total impaciencia e irritación; era evidente que la ruleta se había apoderado de su cabeza. Se mostraba poco atenta a todo lo demás y, en general, muy distraída. Por ejemplo, no preguntó nada por el camino, como había hecho antes. Al ver un lujoso carruaje que pasaba rápidamente junto a nosotros, levantó la mano y preguntó: «¿Qué es? ¿De quién?», pero pareció no oír mi respuesta; sus cavilaciones se veían continuamente interrumpidas por movimientos y ocurrencias bruscos e impacientes. Cuando le mostré desde lejos, acercándonos ya al barón y a la baronesa Wurmergelm, miró distraída y dijo completamente indiferente: «¡Ah!» y, volviéndose rápidamente hacia Potápich y Marfa, que caminaban detrás, les paró los pies:

—¿Por qué habéis venido? ¡No puedo llevaros siempre! Volved al hotel. Contigo me basta —añadió, mientras ellos se inclinaban ante ella apresuradamente y emprendían el camino de regreso a casa.

En el casino ya esperaban a la abuela. Inmediatamente le hicieron sitio en el mismo lugar, junto al crupier. Creo que los crupieres, siempre tan ceremoniosos y con pinta de vulgares funcionarios, a los que casi les da igual si la banca gana o pierde, en el fondo no son en absoluto indiferentes a una pérdida de la banca y, por supuesto, tienen ciertas instrucciones para atraer a los jugadores y para velar por los intereses de la banca, por lo que sin duda reciben premios y bonificaciones. Al menos, miraban a la abuela como a una víctima bienvenida. Luego ocurrió lo que tenía que ocurrir.

Esto es lo que pasó.

La abuela se lanzó directamente al *zéro* y de inmediato ordenó apostar doce federicos de oro. Apostamos una vez, dos veces, tres veces: el *zéro* no salía. «¡Apuesta, apuesta!», me apremiaba la abuela, impaciente. Obedecí.

—¿Cuántas veces hemos apostado? —preguntó finalmente, rechinando los dientes de la impaciencia.

—Doce veces ya, abuela. Ciento cuarenta y cuatro federicos de oro. Le digo, abuela, que hasta la noche, quizá…

—¡Cállate! —me interrumpió la abuela—. Apuesta al *zéro* y también mil gúldenes al rojo. Aquí tiene el billete.

Salió el rojo, pero el *zéro* volvió a fracasar; recuperamos mil gúldenes.

—¡Ya ves, ya ves! —susurraba la abuela—. Hemos recuperado casi todo lo que apostamos. Vuelve a apostar al *zéro*; apostaremos diez veces más y nos iremos.

Pero a la quinta vez la abuela se aburrió.

—Al diablo con ese asqueroso cerito. Toma, apuesta estos cuatro mil gúldenes al rojo —ordenó.

—¡Abuela! Es mucho; ¿y si el rojo no sale? —le supliqué; pero la abuela casi me dio una paliza. (De hecho, me empujaba tanto que, se podría decir, casi me golpeaba). No había nada que hacer, así que aposté al rojo los cuatro mil gúldenes que acababa de ganar. La rueda giró. La abuela estaba sentada tranquila y orgullosamente erguida, sin dudar de la inevitable victoria.

—*Zéro* —exclamó el crupier.

Al principio la abuela no entendió nada, pero cuando vio que el crupier se llevaba sus cuatro mil gúldenes, junto con todo lo que estaba en la mesa, y supo que el *zéro*, que llevaba tanto rato sin salir, y al que habíamos apostado casi doscientos federicos de oro, salió como adrede justo cuando la abuela acababa de maldecirlo y renegar de él, gimió y dio unas palmadas tan fuertes que se oyeron en toda la sala. Incluso se rieron a su alrededor.

—¡Santo cielo! ¡Tenía que salir ahora, ese maldito! —chilló la abuela—. ¡Qué diabólico infortunio! ¡Y la culpa la tienes tú! ¡Todo es culpa tuya! —Se abalanzó sobre mí como una fiera y me propinó un empujón tras otro—. ¡Tú me convenciste!

—Abuela, se lo advertí, ¿cómo puedo ser responsable de todas las probabilidades?

—¡Te daré yo a ti probabilidades! —susurró, amenazante—. ¡Fuera de mi vista!

—Adiós, abuela. —Me di la vuelta para marcharme.

—¡Alekséi Ivánovich, Alekséi Ivánovich, quédate! ¿Adónde vas? Bueno, ¿qué pasa? ¡Vaya, te has enfadado conmigo! ¡Eres tonto! Quédate, quédate un rato. ¡No te enfades! ¡Yo misma soy una tonta! Vamos, dime, ¿qué debo hacer ahora?

—Abuela, no voy a darle consejos, porque me echará la culpa a mí. Juegue usted; dé las órdenes, y yo apostaré.

—¡Bien, bien! ¡Apuesta otros cuatro mil gúldenes al rojo! Aquí está la billetera, cógela. —La sacó de su bolsillo y me la dio—. Vamos, tómala

rápido, aquí hay veinte mil rublos en efectivo.

—Abuela —susurré—, es una suma tan grande…

—¡Prefiero estar muerta que no recuperar lo perdido! ¡Apuesta! —Apostamos y perdimos—. ¡Apuesta, apuesta, apuesta todo, ocho mil más!

—¡No se puede, abuela, la apuesta máxima es cuatro…!

—¡Pues apuesta cuatro mil!

Esta vez ganamos. La abuela se animó.

—¿Ves, ves? —Me dio varios codazos—. ¡Apuesta otros cuatro!

Apostamos y perdimos; luego perdimos una y otra vez.

—Abuela, los doce mil se han ido —le informé.

—Ya veo que se han ido —dijo con una suerte de furia tranquila, por así decirlo—. Lo veo, querido, lo veo —murmuró ella, con la mirada fija al frente, como reflexionando—. ¡Ah! Prefiero estar muerta, ¡apuesta otros cuatro mil gúldenes!

—No hay dinero, abuela; en la billetera solo hay bonos al cinco por ciento y algunos cheques, pero no hay dinero.

—¿Y en el monedero?

—Queda calderilla, abuela.

—¿Hay casas de cambio aquí? Me dijeron que todos los bonos rusos se pueden cambiar —preguntó la abuela con determinación.

—¡Oh, todas las que quiera! Pero perderá tanto al cambio que… ¡hasta un judío se horrorizaría!

—¡Tonterías! ¡Recuperaré lo perdido! ¡Llévame! ¡Llama a esos tontos!

Giré la silla, aparecieron los porteadores y salimos del casino.

—¡Deprisa, deprisa, deprisa! —ordenaba la abuela—. Muéstranos el camino, Alekséi Ivánovich, el que esté más cerca… ¿Cuánto falta?

—Está a dos pasos, abuela.

Pero al girar de la plaza a la avenida nos encontramos a nuestro grupo al completo: el general, Des Grieux, *mademoiselle* Blanche y su *maman*. Polina Aleksándrovna no estaba allí, tampoco míster Astley.

—¡Vamos, vamos! ¡No te detengas! —gritó la abuela—. ¿Ahora qué quieren? ¡No tengo tiempo para vosotros!

Seguí detrás; Des Grieux saltó hacia mí.

—Ha perdido todo lo que ganó anoche, y ha dilapidado doce mil gúldenes más. Vamos a cambiar bonos al cinco por ciento —susurré a toda prisa.

Des Grieux puso pies en polvorosa y se apresuró a decírselo al general. Seguimos empujando a la abuela.

—¡Alto, alto! —susurró el general, fuera de sí.

—Intente detenerla usted —le susurré.

—¡Querida tía! —El general se acercó—. Querida tía… Vamos a… Vamos a… —La voz le temblaba y le fallaba— … alquilar un carruaje para ir al campo… La vista más encantadora… La *pointe*… ¡Hemos venido para invitarla!

—¡Largo de aquí, tú y tu *pointe*! —La abuela hizo un gesto irritado.

—Hay un pueblo allí… Tomaremos el té… —continuó el general con total desesperación.

—*Nous boirons du lait, sur l'herbe fraîche*[75] —añadió Des Grieux con una malicia feroz.

*Du lait, de l'herbe fraîche*: todo lo que es bucólico en el plano ideal para un burgués parisino; ¡ahí está, como es bien sabido, su visión de *la nature et la vérité!*[76]

—¡Al diablo, tú y tu leche! Bébetela tú, a mí me da dolor de tripa. ¿Qué quieren de mí? —gritó la abuela—. ¡Ya he dicho que no tengo tiempo!

—¡Vamos, abuela! —grité yo—. ¡Ya llegamos!

Fuimos hasta la casa donde estaba la oficina del banquero. Entré a cambiar; la abuela me esperaba en la puerta. Des Grieux, el general y Blanche se quedaron a un lado, sin saber qué hacer. La abuela los miró furiosa, y se alejaron por el camino hacia el casino.

La tarifa que quisieron cobrarme era tan increíble que no me atreví a decidir, y volví junto a la abuela para pedirle instrucciones.

—¡Ah, bandidos! —gritó, con las manos extendidas—. ¡Bueno, lo mismo da! ¡Cámbialo! —gritó con firmeza—. ¡Espera, llama a ese banquero!

—¿A alguno de sus empleados, abuela?

—Pues a uno cualquiera, da igual. ¡Oh, bandidos!

El empleado accedió a salir cuando se enteró de que se lo había pedido una vieja condesa enferma que no podía andar. La abuela lo reprendió larga, airada y ruidosamente por fraude, y regateó con él en una mezcla de ruso, francés y alemán, que yo ayudaba a traducir. Miraba a la abuela incluso con demasiada curiosidad, lo cual ya era de mala educación; por fin se puso a sonreír.

—¡Bueno, fuera! —le gritó la abuela—. ¡Ahógate con mi dinero! Cámbialo, Alekséi Ivánovich, no tenemos tiempo, o me iría a otro…

—El empleado dice que en otros le darán incluso menos.

Desde luego no recuerdo el cambio de aquel momento, pero fue terrible. Recibí unos doce mil florines en oro y billetes, cogí el cambio y se lo llevé a la abuela.

—¡Bueno, bueno! Da lo mismo, no lo cuentes —gritó, agitando las manos —. ¡Deprisa, deprisa, deprisa!

—Nunca apostaré a ese maldito *zéro*, al rojo tampoco —murmuró mientras nos acercábamos al casino.

Esta vez hice todo lo posible por persuadirla de que apostara lo menos posible, asegurándole que cuando las probabilidades cambiaran, siempre habría tiempo para apostar a lo grande. Pero estaba tan impaciente que, aunque aceptó al principio, fue imposible contenerla durante la partida. En cuanto empezaba a ganar apuestas de diez y veinte federicos de oro, empezó a presionarme: «Bueno, ya ves, ya ves. Ahora hemos ganado… Si hubiéramos apostado cuatro mil en lugar de diez, habríamos ganado cuatro mil, ¿y ahora qué? Todo es por tu culpa, ¡por tu culpa!».

Por mucho que me molestara verla jugar, al final decidí callarme y no aconsejarla más.

De repente, Des Grieux apareció de un salto a su lado. Los tres estaban cerca de ella; noté que *mademoiselle* Blanche se mantenía un poco apartada con su *maman* y hablaba amistosamente con el principito. Era evidente que el general había caído en desgracia, casi en un rincón. Blanche no quería ni mirarlo, aunque él se esforzaba en complacerla. ¡Pobre general! Palidecía, se sonrojaba, temblaba y ni siquiera prestaba atención al juego de la abuela. Finalmente, Blanche y el principito abandonaron la sala; el general corrió tras ellos.

—*Madame, madame* —susurró Des Grieux, con voz melosa, al oído de la abuela—. *Madame*, así no se apuesta… no, no, no se puede… Incluso murmuró en ruso: «*niet*!».[77]

—¿Y cómo se puede? ¡Enséñame pues! —La abuela se volvió hacia él.

De repente, Des Grieux se puso a balbucear en francés, empezó a aconsejar, se exasperó, decía que tenía que esperar una oportunidad, se puso a hacer algunos cálculos… La abuela no entendía nada. No paraba de pedirme que le tradujera; tamborileaba con un dedo sobre la mesa, señalaba; al final cogió un lápiz e hizo cálculos en un papel. La abuela acabó por perder la paciencia.

—¡Bueno, vete, vete! ¡Estás diciendo tonterías! «*Madame, madame*», y ni siquiera sabe de qué está hablando. ¡Vete!

—*Mais, madame* —gorjeaba Des Grieux, y empezó a golpear de nuevo la mesa y a señalar. Estaba muy nervioso.

—Bueno, apuesta una vez como él dice —me ordenó la abuela—. Vamos a ver, a lo mejor funciona.

Des Grieux solo quería disuadirla de hacer grandes apuestas; le sugirió apostar a números solos o en determinadas combinaciones. Aposté, según sus instrucciones, un federico de oro a un número impar de los doce primeros y cinco federicos de oro al grupo de números del doce al dieciocho y del dieciocho al veinticuatro. Dieciséis federicos de oro en total.

La ruleta giró. «*Zéro*», gritó el crupier. Lo perdimos todo.

—¡Vaya idiota! —gritó la abuela a Des Grieux—. ¡Asqueroso franchute! ¡Y el bastardo se atreve a dar consejos! ¡Vete, vete! ¡No entiende nada, pero mete las narices!

Des Grieux, terriblemente ofendido, se encogió de hombros, miró con desdén a la abuela y se marchó. Se avergonzaba de sí mismo por haberse implicado; no había podido contenerse.

Al cabo de una hora, a pesar de todos nuestros intentos, lo habíamos perdido todo.

—¡A casa! —gritó la abuela.

No dijo ni una palabra en todo el camino hasta la avenida. Una vez allí, casi en la entrada del hotel, rompió a exclamar:

—¡Qué tonta! ¡Qué estúpida! ¡Vieja, vieja tonta!

Nada más entrar en sus habitaciones:

—¡Dadme té! —ordenó la abuela—. ¡Y ahora a hacer el equipaje! Nos vamos.

—¿Adónde quiere ir, madre? —se arriesgó a preguntar Marfa.

—¿A ti qué te importa? ¡Zapatero, a tus zapatos! Potápich, recógelo todo, haz el equipaje. ¡Volvemos a Moscú! ¡Quince mil de los míos se quedan aquí!

—¡Quince mil, señora! ¡Dios mío! —gritó Potápich, levantando los brazos al cielo de forma conmovedora, probablemente para demostrar su simpatía.

—¡Está bien, está bien, tonto! ¡Ya te has puesto a lloriquear! ¡Cierra el pico! ¡Haz el equipaje! ¡Y la cuenta, deprisa, deprisa!

—El próximo tren sale a las nueve y media, abuela —le informé, para apaciguar su furor.

—¿Y qué hora es?

—Las siete y media.

—¡Qué fastidio! ¡Da lo mismo! Alekséi Ivánovich, no llevo ni un kopek encima. Aquí tienes dos bonos más, ve corriendo allí y cámbiamelos también. Si no, no tengo para el viaje.

Me puse en camino. Media hora más tarde, cuando volví al hotel, me encontré a todos en la habitación de la abuela. Cuando se enteraron de que la

abuela se marchaba a Moscú, se quedaron aún más sorprendidos que por sus pérdidas. Tal vez su partida ponía a salvo el patrimonio, pero ¿qué pasaría ahora con el general? ¿Quién pagaría a Des Grieux? *Mademoiselle* Blanche, por supuesto, no esperaría a que la abuela muriera, y probablemente se escaparía con el príncipe o con cualquier otro. Todos estaban alrededor de la abuela, consolándola y tratando de calmarla. Polina tampoco estaba esta vez. La abuela les gritaba enfadada.

—¡Dejadme en paz, demonios! ¿Qué os pasa? ¿Por qué viene a verme esta perilla? —le gritó a Des Grieux—. ¿Y tú qué quieres, mocosa? —se volvió hacia *mademoiselle* Blanche—. ¿A qué estás jugando?

—*Diantre!*[78] —susurró *mademoiselle* Blanche con los ojos brillantes de la rabia, pero de pronto se rio a carcajadas y se fue.

—*Elle vivra cent ans!*[79] —le gritó al general desde la puerta.

—Ah, ¿así que cuentas con mi muerte? —le chilló la abuela al general—. ¡Vete! ¡Échalos a todos, Alekséi Ivánovich! ¿A vosotros qué os importa? ¡Me he fundido lo mío, no lo vuestro!

El general se encogió de hombros, agachó la cabeza y salió. Des Grieux le siguió.

—Llama a Praskovia —ordenó la abuela a Marfa.

Al cabo de cinco minutos Marfa regresó con Polina. Durante todo ese tiempo Polina había estado sentada en su habitación con los niños y parecía expresamente decidida a no salir en todo el día. Tenía la cara seria, triste y ansiosa.

—Praskovia —empezó a decir la abuela—, ¿es verdad lo que oí el otro día, que ese tonto de tu padrastro quiere casarse con esa tonta veleta francesa, la actriz o algo peor? Dime, ¿es verdad?

—Sin duda de eso no sé nada, abuela —respondió Polina—. Pero por las palabras de la propia *mademoiselle* Blanche, que no considera necesario ocultarlo, concluyo que…

—¡Ya basta! —la interrumpió enérgicamente la abuela—. ¡Lo entiendo todo! Siempre pensé que esto pasaría y siempre me pareció el más vacío y frívolo. Se imagina quién sabe qué de su título de general (aunque era coronel y no lo ascendieron hasta después de su retiro), y ahora se pavonea. Lo sé, querida, lo sé todo, cómo enviaron telegrama tras telegrama a Moscú preguntando: «¿Cuándo la vieja, por fin, estirará la pata?». Esperaban la herencia; sin dinero esa moza vulgar, cómo se llama, ¿de Cominges?, no lo aceptaría ni de sirviente, ni siquiera con dentadura postiza. Dicen que ella tiene mucho dinero, que lo presta con intereses, que ha hecho una fortuna. No

te culpo, Praskovia; no fuiste tú quien mandó los telegramas; y tampoco quiero mencionar el pasado. Sé que tienes un carácter difícil, ¡como una avispa! Si picas, causas dolor, pero aun así te tengo lástima porque yo quería mucho a Katerina, tu madre, que en paz descanse. Si quieres, déjalo todo y vente conmigo. En realidad, no tienes adónde ir, y no es conveniente que te quedes aquí con ellos. ¡Espera! —La abuela hizo un gesto con la mano a Polina, que se disponía a contestarle—. Aún no he terminado. No te voy a exigir nada. Mi casa de Moscú, ya lo sabes, es un palacio; podrías ocupar una planta entera para ti sola y no venir a visitarme por semanas si no te complaciera mi carácter. Bueno, ¿quieres o no?

—Permítame que le pregunte primero: ¿realmente quiere marcharse ahora?

—¿Te parece que estoy bromeando, hija mía? He dicho que me voy. Hoy he perdido quince mil rublos en vuestra maldita ruleta. Hace cinco años, prometí reconstruir una iglesia de madera y piedra a las afueras de Moscú y, en lugar de eso, lo he dilapidado aquí. Así que ahora, querida, me voy a construir esa iglesia.

—¿Y las aguas, abuela? ¿Acaso no viniste a curarte con las aguas?

—¡Tú y tus aguas! No me irrites, Praskovia; ¿o lo haces a propósito? Responde: ¿vienes o no?

—Le agradezco mucho, abuela, mucho —comenzó a decir Polina con sentimiento— el refugio que me ofrece. En parte, ha adivinado mi situación. Le estoy tan agradecida que, créame, iré con usted, tal vez incluso muy pronto; pero ahora hay razones… importantes… y me resulta imposible decidirme en este instante. Si se quedara al menos otras dos semanas…

—¿Quieres decir que no quieres?

—Quiero decir que no puedo. Además, bajo ningún concepto podría dejar aquí a mi hermano y a mi hermana, y dado que… dado que… dado que podría suceder que se queden abandonados, ¡si me acepta con los pequeños, abuela, por supuesto que me iré con usted, y haré todo lo posible por merecer su generosidad, ¡créame! —añadió con ardor—. Pero sin los niños no puedo, abuela.

—¡Bueno, no lloriquees! —Polina no había pensado en lloriquear, nunca lloraba—. También habrá sitio para los pollitos, el gallinero es grande. Por cierto, ya tienen edad de ir a la escuela. Así pues, ¿no vendrás ahora mismo? ¡Cuidado, Praskovia! Tengo buenas intenciones contigo, pero sé por qué te quedas. ¡Lo sé todo, Praskovia! Ese francés no te hará ningún bien.

Polina se ruborizó. Yo, literalmente, me estremecí. (¡Todo el mundo lo sabía! ¡Así que yo era el único que no sabía nada!)

—Bueno, bueno, no frunzas el ceño. No me voy a explayar. Pero asegúrate de que no pase nada irreparable, ¿comprendes? Eres una chica inteligente; lo sentiría mucho por ti. Bueno, ahora basta, ¡mejor que desaparezcáis ya todos de mi vista! ¡Vete! ¡Adiós!

—La acompañaré, abuela —dijo Polina.

—No hace falta; no me molestes, además, estoy harta de todos vosotros. —Polina besó la mano de la abuela, pero esta la apartó y la besó en la mejilla.

Al pasar junto a mí, Polina me rozó con la mirada y enseguida la desvió.

—¡Bueno, me despido también de ti, Alekséi Ivánovich! Falta solo una hora para el tren. Y creo que tú también estás harto de mí. Toma, coge estas cincuenta monedas de oro.

—Muchas gracias, abuela, pero me da vergüenza…

—¡Venga, venga! —me gritó la abuela, tan amenazante y con tanto vigor que no me atreví a llevarle la contraria y acepté—. Si andas por Moscú y no sabes dónde trabajar, ven a verme; te recomendaré en algún sitio. ¡Bueno, largo!

Me fui a mi habitación y me tumbé en la cama. Creo que estuve media hora tumbado boca arriba, con las manos detrás de la cabeza. El desastre había estallado, tenía mucho en lo que pensar. Decidí que al día siguiente hablaría sin falta con Polina. ¡Ah! ¿El francesito? Así que, después de todo, ¡era verdad! Pero ¿de qué podría tratarse? ¡Polina y Des Grieux! Dios mío, ¡qué combinación!

Todo aquello era sencillamente increíble. De pronto, fuera de mí, me levanté de un salto para ir a ver a míster Astley y hacerlo hablar a toda costa. Sin duda, él sabía más que yo, en este caso. ¿Míster Astley? Otro misterio para mí.

Pero de repente alguien llamó a mi puerta. Abrí y era Potápich.

—Alekséi Ivánovich, ¡la señora lo llama!

—¿Qué pasa? ¿Se va, o no? Faltan veinte minutos para que salga el tren.

—Está muy inquieta, señor, apenas podemos mantenerla en la silla. «¡Deprisa, deprisa!», decía, hablando de usted, padrecito. Alekséi Ivánovich, por el amor de Dios, dese prisa.

Bajé corriendo de inmediato. Cuando llegué, ya habían sacado a la abuela al pasillo. En las manos tenía la billetera.

—Alekséi Ivánovich, vaya delante, vamos.

—¿Adónde, abuela?

—¡Que me muera si no recupero mi dinero! ¡Vamos, en marcha, y nada de preguntas! Se puede jugar hasta medianoche, ¿no?

Me quedé estupefacto, lo pensé, pero enseguida me decidí.

—Haga lo que quiera, Antonida Vasílievna, pero yo no iré.

—¿Y eso por qué? ¿Qué pasa? ¡Os habéis vuelto todos locos!

—Allá usted, pero yo después me lo reprocharía a mí mismo; ¡no quiero! No quiero ser testigo ni partícipe; no me haga pasar por eso, Antonida Vasílievna. Tome sus cincuenta federicos de oro, se los devuelvo; ¡adiós! —Y después de depositar el rollo con los federicos de oro sobre la mesita junto a la cual estaba la silla de la abuela, hice una reverencia y me marché.

—¡Qué tontería! —gritó detrás de mí la abuela—. Pues no vengas, me las apañaré sola. Potápich, ¡ven conmigo! Venga, levantadme, llevadme.

No logré encontrar a míster Astley, así que volví a mi habitación. Era tarde, la una de la madrugada, cuando supe por boca de Potápich cómo había terminado el día para la abuela. Había perdido todo el dinero que yo le había cambiado, es decir diez mil rublos más. El polaco al que ella había dado dos federicos de oro se había puesto a su lado y la había estado guiando durante el juego. Al principio, antes de que se le juntara el polaco, la abuela había hecho apostar a Potápich, pero no tardó en mandarlo a paseo; fue entonces cuando apareció el polaco. Resulta que entendía el ruso, e incluso parloteaba una mezcla de tres idiomas, así que de alguna manera lograban entenderse. La abuela lo insultaba sin compasión, aunque aquel constantemente «se humillaba a los pies de la *pani*»,[80] no hay parangón a cómo lo trataba ella a usted, Alekséi Ivánovich —contaba Potápich—. A usted lo trataba como a un caballero, mientras que ese, lo vi con mis propios ojos, le robaba en la mesa de juego. Ella misma le pilló un par de veces, y lo destrozó, lo destrozó con toda clase de palabras, y hasta le estiró del pelo. Es la verdad, no miento, fue el hazmerreír. Lo perdió todo; todo lo que tenía, todo lo que usted le cambió. La trajimos aquí, a la pobre señora, solo pidió un poco de agua, se persignó y se acostó. Estaba tan agotada que se durmió enseguida. ¡Que Dios le envíe sueños angelicales! ¡Ay, esto es lo que pasa por ir al extranjero!», concluyó Potápich. «Le dije que no sacaría nada bueno. ¡Ojalá volvamos cuanto antes a nuestro Moscú! Pero ¿es que acaso no tenemos una casa en Moscú? Un jardín, flores como las que nunca hay aquí, aromas, manzanos que dan fruto, espacio… pero no: ¡había que ir al extranjero! ¡Ay, ay, ay!».

# XIII

Hace ya casi un mes entero que no toco estas notas mías, iniciadas bajo la influencia de impresiones desordenadas, pero intensas. La catástrofe que presagiaba entonces efectivamente ocurrió, pero cien veces más violenta e inesperada de lo que imaginaba. Todo fue algo extraño, feo e incluso trágico, al menos para mí. Me ocurrieron ciertos incidentes, casi milagrosos; al menos así es como los veo aún hoy, aunque desde otro punto de vista, y, sobre todo a juzgar por el torbellino al que entonces me vi arrastrado, en el mejor de los casos no podrían calificarse de ordinarios. Pero lo más asombroso para mí es mi actitud frente a todos esos incidentes. ¡Hoy sigo sin entenderme a mí mismo! Y todo pasó como un sueño, incluso mi pasión, que era fuerte y verdadera, pero… ¿adónde ha ido ahora? De hecho, a veces me asalta un pensamiento: «¿No me habré vuelto loco entonces y no habré estado todo este tiempo en un manicomio, y tal vez incluso ahora siga allí, de modo que todo esto es lo que me lo parecía y me lo sigue pareciendo…?».

Revisé y leí estas cuartillas. (Quién sabe, ¿tal vez para asegurarme de que no las escribí en un manicomio?). Ahora estoy completamente solo. Se acerca el otoño, las hojas se vuelven amarillas. Estoy en esta pequeña ciudad deprimente (oh, ¡qué deprimentes son las pequeñas ciudades alemanas!) y, en lugar de reflexionar sobre el próximo paso a dar, vivo bajo el efecto de las recientes sensaciones, bajo el efecto de los recuerdos frescos, bajo el efecto de ese reciente torbellino que me atrapó y me lanzó a un remolino para de nuevo arrojarme a algún lugar. A veces me parece que sigo dando vueltas en ese torbellino y que pronto habrá otra tormenta, me atrapará con su ala a su paso y me llevará lejos, una vez más fuera de orden y del sentido de la medida, y seguiré dando vueltas, vueltas, vueltas…

Sin embargo, tal vez podría poner fin a este estado si de alguna manera pudiera poner los pies en el suelo y dejar de girar, dándome cuenta, con la mayor precisión posible, de lo que ha sucedido este mes. Vuelvo a sentirme atraído por la pluma, y a veces las tardes se me hacen demasiado largas. Es extraño, para mantenerme al menos ocupado, tomo prestadas novelas de Paul

de Kock[81] (¡en traducción alemana!) en la exigua biblioteca pública local, las cuales en realidad no soporto, pero las leo y me maravillo a mí mismo: como si tuviera miedo de que una lectura seria o una ocupación seria pudiera romper el hechizo del reciente pasado. ¡Como si ese sueño caótico y todos los recuerdos que me dejó fueran para mí tan preciados que incluso temo tocarlos con algo nuevo, por temor a que se conviertan en humo! ¿Todo esto me es tan querido? Sí, por supuesto que sí; quizá dentro de cuarenta años siga pensando en ello…

Así que estoy escribiendo. Sin embargo, ahora todo esto se puede contar de manera algo más resumida: las impresiones no son las mismas…

En primer lugar, debo terminar lo de la abuela. Al día siguiente lo había perdido todo por completo. Así tenía que suceder: quien cae en ese camino, desde ese tipo de circunstancias, es como si rodara colina abajo en un trineo, cada vez más y más rápido. Jugó todo el día hasta las ocho de la tarde; yo no estuve presente mientras jugaba y solo lo sé por lo que me contaron más tarde.

Potápich no se separó de ella en todo el día en el casino. Los polaquitos que manejaban a la abuela se turnaron varias veces aquel día. Empezó por ahuyentar al polaco del día anterior, a quien había tirado del pelo, y tomó a otro, pero resultó ser casi peor. Después de ahuyentar también a este y de tomar de nuevo al primero, que sabiamente no se había ido, sino que había permanecido detrás de su silla durante todo el tiempo de su destierro, asomando la cabeza de vez en cuando, ella finalmente cayó en la desesperación total.

El segundo polaquito expulsado tampoco quería irse bajo ningún concepto; uno se colocó a su derecha, el otro a su izquierda. Todo el tiempo discutían y se peleaban entre ellos por las apuestas y los movimientos, se llamaban *łajdak*[82] y otras lindezas similares en polaco, luego se reconciliaban, tiraban el dinero sin ton ni son, según se les ocurría. Cuando reñían, apostaban por separado; por ejemplo, uno al rojo, el otro al negro. Todo acabó con que enredaron y confundieron por completo a la abuela, hasta que ella casi con lágrimas se dirigió al anciano crupier con la petición de que la protegiera y los expulsara. De hecho, se los expulsó de inmediato, a pesar de sus gritos y protestas: los dos gritaban al unísono y trataron de demostrar que la abuela estaba en deuda con ellos, que los había engañado, que los había tratado de manera deshonrosa y mezquina. El pobre Potápich me contó todo esto con lágrimas aquella misma tarde, después de la ruina total, y se quejó de que los dos se llevaban los bolsillos llenos de dinero, que él mismo había

visto cómo robaban descaradamente y se metían dinero en los bolsillos a cada instante. Por ejemplo, le pedían a la abuela, tanto uno como el otro, cinco federicos de oro por sus esfuerzos y se ponían a apostarlos acto seguido en la ruleta, justo al lado de las apuestas de la abuela. La abuela ganaba, pero el polaquito de turno gritaba que era su apuesta la ganadora, y la de la abuela, la perdedora. Cuando los echaron de la sala de juego, Potápich intervino y denunció que tenían los bolsillos llenos de oro. La abuela inmediatamente pidió al crupier que pusiera orden, y por mucho que gritaron los dos polaquitos (como dos gallos enjaulados), la policía llegó y les vaciaron los bolsillos en beneficio de la abuela. La abuela, mientras no lo perdió todo, disfrutó ese día de una autoridad visible entre los crupieres y toda la dirección del casino. Poco a poco su reputación se extendió por toda la ciudad. Todos los bañistas, representantes de todas las naciones, humildes y distinguidos, acudían para ver a la «*vieille comtesse russe tombée en enfance*» que ya había perdido «varios millones».

Pero a la abuela no le sirvió de mucho librarse de los dos polaquitos. En lugar de ellos, apareció a su servicio un tercer polaco, que hablaba un ruso impecable, vestido como un caballero, aunque todavía con aspecto de lacayo, con un enorme bigote y una actitud honorable. También él «besaba los pies a la noble *pani*» y «se postraba ante los pies de la noble *pani*», pero en cuanto a los demás, se comportaba de manera arrogante, daba órdenes despóticas; en resumen, enseguida adoptó ante la abuela la posición de amo, no de sirviente. A cada momento, con cada apuesta, se dirigía a ella y, con los juramentos más terribles, afirmaba que él era un *honorowy pan*[83] y que no aceptaría ni un kopek del dinero de la abuela. Repitió estos juramentos tan a menudo que la abuela acabó por sentirse intimidada. Pero dado que este *pan* al principio parecía jugar mejor y empezó incluso a ganar, fue finalmente la abuela quien no quiso despegarse de él. Una hora después, los dos polaquitos expulsados del casino aparecieron de nuevo detrás de la silla de la abuela y volvieron a ofrecer sus servicios, aunque solo fuera como recaderos. Potápich llamó a Dios por testigo de que el *honorowy pan* les había guiñado un ojo e incluso les había pasado algo de mano en mano.

Dado que la abuela no había comido y apenas se había movido de su silla, uno de los muchachos polacos resultó realmente útil: corrió al restaurante del casino y de allí le trajo una taza de caldo y luego té. Ambos corrían, de hecho. Sin embargo, hacia la noche, cuando a todos les quedó claro que la abuela estaba apostando su último cheque bancario, ya se agolpaban detrás de su silla seis polaquitos, desconocidos y nunca vistos. Y cuando la abuela finalmente

apostó sus últimas monedas, no solo ya no la escuchaban en absoluto, sino que ni siquiera le prestaban atención, se empujaban hacia la mesa, le cogían el dinero, apostaron según su propia voluntad, discutieron y gritaron, trataron al «señor honorable» como a un igual, y el señor honorable simplemente parecía haberse olvidado de la existencia de la abuela. Incluso entonces, cuando la abuela, que ya lo había perdido todo, regresó al hotel hacia las ocho de la tarde, aún tres o cuatro polaquitos no se decidían a dejarla, corrían dando gritos junto a su silla por los dos lados, quejándose en un galimatías de que la abuela los había engañado y debía devolverles algo. Así llegaron al hotel, de donde finalmente fueron expulsados a empujones.

Según los cálculos de Potápich, la abuela había perdido hasta noventa mil rublos, además de la suma perdida el día anterior. Cambió uno tras otro todos sus billetes, los bonos al cinco por ciento, los préstamos estatales y todas las acciones que llevaba consigo. Me pregunté cómo había podido aguantar esas siete u ocho horas en la silla, sin apenas alejarse de la mesa, pero Potápich me contó que en tres ocasiones realmente había empezado a ganar mucho; y, de nuevo, engañada por la esperanza, fue incapaz de irse. Además, los jugadores saben que uno puede pasarse casi un día entero sentado en un lugar jugando a las cartas, sin interrumpir el juego ni por un instante.

Entretanto, ese día también ocurrieron cosas decisivas en nuestro hotel. Ya por la mañana, antes de las once, cuando la abuela aún estaba en su habitación, nuestro grupo, es decir, el general y Des Grieux, decidieron dar el último paso. Al enterarse de que la abuela ni siquiera pensaba en irse, sino que, por el contrario, estaba decidida a ir de nuevo al casino, todos, todo el cónclave (excepto Polina), se dirigió a las habitaciones para tener con ella una última conversación, e incluso sincera. El general, tembloroso y vacilante ante la previsión de terribles consecuencias para él, hasta se excedió: después de media hora de súplicas y peticiones, y después de una confesión sincera; es decir, de todas sus deudas e incluso de su pasión por *mademoiselle* Blanche (fuera de sí), de repente adoptó un tono amenazante y empezó incluso a gritarle a la abuela y a golpear el suelo con el pie; gritó que estaba deshonrando su apellido, que se había convertido en el escándalo de toda la ciudad y finalmente… finalmente:

—¡Está mancillando el buen nombre de Rusia! —gritó el general—. ¡Y para eso, por fin, está la policía!

La abuela lo echó finalmente con un palo (un palo de verdad).

El general y Des Grieux se reunieron una o dos veces más esa mañana, y lo que más les preocupaba era si de veras se podría implicar a la policía de

alguna manera. Que se trataba de una infeliz pero respetable anciana que había perdido el juicio y se estaba jugando todo su dinero, etc. En resumen, ¿sería posible ponerla bajo tutela legal o imponerle una prohibición…? Pero Des Grieux solo se encogía de hombros y se reía descaradamente del general, que entretanto estaba desquiciado por completo, y se paseaba inquieto de aquí para allí por su despacho. Finalmente Des Grieux hizo un gesto de desdén con la mano y se eclipsó. Por la noche se supo que había abandonado el hotel, tras una conversación confidencial y decisiva con *mademoiselle* Blanche. En cuanto a *mademoiselle* Blanche, ya había tomado las medidas definitivas a primera hora de la mañana: dio por zanjada su amistad con el general y se negó a recibirlo. Cuando el general corrió tras ella al casino y la encontró allí del brazo del principito, ni ella ni *madame la veuve* de Cominges lo reconocieron. El principito tampoco lo saludó. Durante todo el día, *mademoiselle* Blanche no escatimó esfuerzos para convencer por fin al principito e intentó empujarlo a una declaración decisiva. Pero ¡ay! ¡Se había engañado amargamente en sus expectativas respecto al príncipe! Esta pequeña catástrofe ocurrió ya por la noche; de repente resultó que el príncipe era pobre como una rata y, además, contaba con ella para pedirle dinero prestado con un pagaré y jugar a la ruleta. Blanche lo echó indignada y se encerró en su habitación.

Ese día, desde primera hora, estuve buscando a míster Astley; de hecho, lo busqué durante la mañana entera, pero fue en vano. No estaba ni en su habitación, ni en el casino ni en el parque. Esta vez no había comido en su hotel. Eran ya más de las cuatro de la tarde cuando lo vi de repente, yendo de la estación de tren directamente al hotel d’Angleterre. Tenía prisa y parecía muy preocupado, aunque por lo general era difícil percibir preocupación o cualquier tipo de turbación en su rostro. Me tendió la mano con calidez, con su exclamación habitual «¡ah!», pero no se detuvo ni aminoró el paso. Me uní a él; pero se las arregló de algún modo para responder a mis preguntas de tal manera que no pude preguntarle nada en particular. Además, no sé por qué, me daba una vergüenza terrible entablar una conversación sobre Polina; él tampoco la mencionó en absoluto. Le hablé sobre la abuela; me escuchó con atención, muy serio, y se encogió de hombros.

—Lo perderá todo —comenté.

—Oh, sí —respondió—. Se fue a jugar hace mucho, cuando yo me marchaba, por eso sé con certeza que lo perderá todo. Si tengo tiempo, pasaré por el casino para echar un vistazo, porque tengo curiosidad…

—¿Dónde ha estado? —exclamé, sorprendido de no habérselo preguntado hasta ese momento.

—En Fráncfort.

—¿Por negocios?

—Sí, por negocios.

Bueno, ¿qué más le podía preguntar? Por cierto, yo seguía caminando a su lado, pero de repente se desvió hacia el hotel Les Quatre Saisons, que estaba allí cerca, me saludó con la cabeza y desapareció. De camino a mi hotel, poco a poco me fui dando cuenta de que, aunque hubiera hablado con él durante dos horas, no habría averiguado nada, porque… ¡porque no tenía nada que preguntarle! ¡Sí, por supuesto! De ninguna manera podría formular ahora mi pregunta.

Durante todo el día Polina paseó por el parque con los pequeños y la niñera, o se quedó en su habitación. Hacía tiempo que evitaba al general y casi no hablaba con él, al menos no sobre asuntos serios. Lo había notado hace tiempo. Pero, sabiendo en la situación en que se encontraba ahora el general, pensé que él no podría ignorarla; es decir, entre ellos debía de producirse alguna explicación esencial que afectaba a toda la familia. Sin embargo, cuando volví al hotel después de hablar con el señor Astley y me encontré con Polina y los niños, su rostro expresaba una calma inmutable, como si todas esas tormentas familiares a ella ni la hubieran rozado. Respondió a mi saludo con un asentimiento de cabeza. Llegué a mi habitación muy enojado.

Por supuesto, yo había evitado toda conversación con ella y no me la había encontrado ni una sola vez desde el incidente con los Wurmerhelm. Sin embargo, fue fanfarronería y vanidad por mi parte; pero cuanto más tiempo pasaba, la ira hervía cada vez más ferozmente en mi interior. Aunque ella no me amara ni un poco, me parece que no debería haber pisoteado mis sentimientos de esa manera y haber recibido mis confesiones con tanto desprecio. Después de todo, ella sabía que la amaba de verdad; después de todo, me había permitido hablarle de ello. Hay que reconocer que todo entre nosotros tuvo un comienzo un tanto extraño. Hace algún tiempo, mucho tiempo, unos dos meses, comencé a notar que deseaba que fuera su amigo, su confidente, e incluso casi lo intentó. Pero por alguna razón no funcionó; y, en su lugar, quedó esta extraña relación que ahora tenemos; por eso empecé a hablarle con cierto tono. Pero si tanto le repugna mi amor, ¿por qué no me prohíbe sin más que le hable de él?

No me lo prohíbe; incluso a veces ella misma empezaba la conversación y… naturalmente, lo hacía para reírse. Lo sé con certeza, lo he observado bien: le resultaba agradable, después de haberme escuchado e irritado casi hasta hacerme daño, de repente sorprenderme con alguna extravagancia de supremo desprecio e indiferencia. Y, sin embargo, sabe que no puedo vivir sin ella. Ahora, por ejemplo, han pasado tres días desde el incidente con el barón, y ya no puedo soportar nuestra separación. Cuando la vi cerca del casino, mi corazón latía con tanta fuerza que palidecí. Pero ella tampoco puede vivir sin mí. Me necesita y… ¿es posible que solo como al bufón Balákirev?**[84]**

Tiene un secreto, ¡eso está claro! Su conversación con la abuela fue una dolorosa puñalada en el corazón. Le había pedido mil veces que fuera sincera conmigo, y ella sabía que yo estaba realmente dispuesto a dar la cabeza por ella. Pero siempre me trataba casi con desprecio o, en lugar de mi vida, que yo estaba dispuesto a sacrificar por ella, me exigía que hiciera payasadas parecidas a la que hice con el barón. ¿No es indignante? ¿Acaso ese francés significa para ella el mundo entero? ¿Y míster Astley? Pero aquí el asunto se volvía decididamente incomprensible, y mientras tanto… Dios mío, ¡cómo me torturo!

En cuanto estuve en mi habitación, en un arrebato de rabia, tomé la pluma y le escribí lo siguiente:

«Polina Aleksándrovna, veo claramente que se acerca el desenlace, que por supuesto también la afectará a usted. Se lo repito por última vez: ¿necesita mi cabeza, sí o no? Si la necesita para lo que sea, puede disponer de ella; por el momento me quedaré en mi habitación, al menos la mayor parte del tiempo, y no iré a ninguna parte. Si me necesita, escríbame o llámeme».

Sellé la nota y se la envié a través de un sirviente, con la instrucción de que la entregara en mano. No esperaba respuesta, pero, al cabo de apenas tres minutos, el sirviente volvió y me dijo: «La señora le envía saludos».

Alrededor de las siete me llamaron para ver al general.

Estaba en su despacho, vestido como si tuviera intención de salir. Su sombrero y su bastón estaban sobre el sofá. Tuve la impresión de que, cuando entré, estaba de pie en el centro de la habitación, con las piernas separadas, la cabeza gacha y hablando en voz alta consigo mismo. Pero en cuanto me vio, corrió hacia mí casi gritando, de modo que instintivamente retrocedí y quise huir; pero me agarró de las manos y me arrastró al sofá; me sentó frente a él en una silla, y sin soltarme las manos, con los labios temblorosos y lágrimas brillando de pronto en sus pestañas, dijo con voz suplicante:

—¡Alekséi Ivánovich, sálveme, sálveme, apiádese de mí!

Durante mucho tiempo no pude entender nada; hablaba, hablaba y hablaba, y repetía una y otra vez: «¡Apiádese, apiádese de mí!». Al fin adiviné que esperaba algún consejo; o, mejor dicho, que se había acordado de mí en su abandono, en su dolor y en su agitación, y me había mandado llamar, solo para hablar, hablar, hablar.

Estaba trastornado, o al menos había perdido por completo la cabeza. Juntó las manos sobre su pecho y estaba dispuesto a arrodillarse ante mí para que yo (¿qué creen ustedes?) fuera al instante a ver a *mademoiselle* Blanche y le rogara, la persuadiera, que volviera con él y se casaran.

—Pero señor general —exclamé—, ¡si *mademoiselle* Blanche probablemente aún no haya notado siquiera que existo! ¿Qué puedo hacer yo?

Pero era en vano objetar: no entendía lo que le decían. También habló de la abuela, pero de un modo espantosamente incoherente; seguía obsesionado con llamar a la policía.

—¡En nuestro país, en nuestro país —comenzó a decir en un repentino arrebato de cólera—, en fin, en nuestro país, en un Estado bien organizado, donde hay autoridad, a esas viejas se les pondría inmediatamente bajo tutela. Sí, mi querido señor, sí —continuó, cayendo de repente en un tono acusador, levantándose de un salto de su asiento y paseándose por la habitación—. Usted aún no lo sabe, querido señor. —Al decir esto se dirigió a un interlocutor imaginario situado en un rincón—. Pero ahora lo sabrá… Sí… En nuestro país tratan a estas ancianas de una manera muy diferente, muy diferente, sí, muy diferente… ¡oh, que se vayan al diablo!

Y volvió a tirarse en el sofá y, al cabo de un minuto, casi sollozando, jadeando, se apresuró a decirme que esa era la razón por la que *mademoiselle* Blanche no quería casarse con él, que en lugar del telegrama había venido la abuela en persona y ahora estaba claro que no heredaría. Le pareció que yo aún no sabía nada de esto. Mencioné a Des Grieux, y él hizo un gesto de desdén con la mano.

—¡Se fue! Todos mis bienes están empeñados a su nombre; ¡soy pobre como una rata! El dinero que me trajiste, ese dinero… No sé cuánto queda, me parece que setecientos francos, y esto es todo, es todo, y el resto… ¡no sé, no sé…!

—Pero ¿cómo vas a pagar la cuenta del hotel? —grité, asustado—, y… ¿después qué?

Me miró pensativo, pero parecía que no entendía nada, y tal vez ni siquiera me oyera. Intenté hablar de Polina Aleksándrovna, de los niños; se apresuró a responder:

—¡Sí! ¡Sí! —Pero enseguida se puso a hablar otra vez del príncipe, de que *mademoiselle* Blanche se iría ahora con él, y luego… Y luego…—. ¿Qué debo hacer, Alekséi Ivánovich? —se dirigió de pronto a mí—. ¡Por Dios! ¿Qué debo hacer?, dígame, ¡pues es ingratitud! ¿No es ingratitud?

Al final rompió a llorar.

No había nada que hacer con un hombre así, pero era peligroso también dejarlo solo; podría hacerse daño. A pesar de todo, me deshice de él, pero le pedí a la niñera que lo visitara más a menudo y, además, hablé con el criado del pasillo, un tipo muy sagaz, que me prometió también que cuidaría del general.

En cuanto hube dejado al general, Potápich vino a buscarme para que fuera a ver a la abuela. Eran las ocho, y ella acababa de regresar del casino después de haberlo perdido todo. Fui a verla: la anciana estaba sentada en su silla, exhausta y visiblemente enferma. Marfa le había servido una taza de té, que casi le había hecho beber a la fuerza. La voz y el tono de la abuela habían cambiado notablemente.

—Hola, estimado Alekséi Ivánovich —dijo lenta y ceremoniosamente inclinando la cabeza—. Disculpe que le moleste de nuevo, perdone a esta anciana. Querido, me lo dejé todo allí, casi cien mil rublos. Tenía razón ayer al no acompañarme. Ahora no tengo dinero, ni un kopek en el bolsillo. No quiero perder ni un minuto, me iré a las nueve y media. He mandado llamar a ese inglés tuyo, al tal Astley, para pedirle que me deje tres mil francos para una semana. Quizá tengas que convencerlo, no sea que le dé por pensar algo y se niegue. Todavía soy bastante rica, querido amigo. Tengo tres pueblos y dos casas. Y también tendré dinero, no lo traje todo conmigo. Por eso te lo cuento, para que no tenga ningún recelo… ¡Ah, ahí está! Se ve que es un buen hombre.

Míster Astley acudió presuroso a la primera llamada de la abuela. Sin pensárselo ni decir mucho, le entregó inmediatamente tres mil francos a cuenta de una letra de cambio que la abuela firmó. Una vez concluido el asunto, hizo una reverencia y se marchó a toda prisa.

—Y ahora vete tú también, Alekséi Ivánovich. Me queda poco más de una hora… Quiero acostarme, me duelen los huesos. No se lo reproches a esta vieja tonta. En el futuro, ya no acusaré a los jóvenes de irreflexivos, ni siquiera a ese desgraciado, ese general vuestro, ahora sería un pecado por mi parte. De todos modos, no le daré el dinero por mucho que lo desee, porque… es, en mi opinión, un necio, pero yo, vieja tonta, no soy más lista que él. Es

cierto, Dios afligirá y castigará en la vejez a las personas por su arrogancia. Así que, adiós. Marfusha, levántame.

Sin embargo, yo quería acompañar a la abuela al tren. Además, me hallaba en una suerte de expectación, seguía esperando que pasara algo. No podía quedarme en mi habitación. Salí al pasillo, incluso fui un momento a pasear por la avenida. Mi carta a ella era inequívoca y decisiva, y la catástrofe de hoy era, sin duda, definitiva. En el hotel me enteré de la partida de Des Grieux. Por fin, si me rechazaba como amigo, al menos podía no rechazarme como criado. Después de todo, me necesita, al menos como chico de los recados; ¡le seré útil, por supuesto!

A la hora del tren, corrí al andén y ayudé a acomodarse a la abuela. Todos subieron a un vagón especial para familias. «Gracias, querido, por tu desinteresada ayuda», me dijo al separarnos, «y dile a Praskovia lo que le dije ayer: la estaré esperando».

Me fui al hotel. Al pasar por delante de la habitación del general, me encontré con la niñera y le pregunté por aquel. «Oh, está bien», respondió, abatida. Aun así, seguía queriendo ir a verlo, pero en la puerta del despacho me detuve con asombro. *Mademoiselle* Blanche y el general se reían a carcajadas. La *veuve* de Cominges también estaba sentada en el sofá. El general estaba visiblemente loco de alegría, balbuceaba tonterías y estallaba en risas nerviosas, lo que hacía que toda la cara se le arrugara en una miríada de arruguitas y sus ojos parecían esconderse. Más tarde supe por boca de la propia Blanche que, después de haber echado al principito y de enterarse del llanto del general, se le ocurrió ir a consolarlo y entró para estar con él un rato. Pero el pobre general no sabía que en ese momento su destino estaba decidido, y que Blanche ya había empezado a ocuparse de su equipaje, para marcharse a París al día siguiente, en el primer tren de la mañana.

Me detuve en el umbral del despacho, no me decidí a entrar y salí sin que me vieran. Cuando subí a mi habitación y abrí la puerta, advertí de pronto en la penumbra una figura sentada en una silla, en un rincón junto a la ventana. No se levantó al verme. Me acerqué rápidamente, la miré y… me quedé sin aliento: ¡era Polina!

# XIV

Grité de asombro.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntó, extrañada. Estaba pálida y tenía un aspecto sombrío.

—¿Cómo que «qué pasa»? ¿Usted? ¡Aquí, en mi habitación!

—Si vengo, vengo hasta el final. Esa es mi costumbre. Ahora lo verá; encienda una vela.

Encendí la vela. Se levantó, se acercó a la mesa y me puso delante una carta abierta.

—Léala —me ordenó.

—Es… ¡Es la letra de Des Grieux! —exclamé, al coger la carta. Me temblaban las manos, las líneas saltaban ante mis ojos. Me he olvidado de las palabras exactas usadas en la carta, pero aquí están, si no literales, al menos sí con su sentido.

«*Mademoiselle* —escribía Des Grieux—, circunstancias adversas me obligan a partir de inmediato. Se habrá dado cuenta, por supuesto, de que he evitado adrede una conversación decisiva con usted, hasta que todas las circunstancias estuvieran claras. La llegada de su anciana pariente (*de la vieille dame*) y su imprudente conducta han disipado todas mis dudas. La mala situación de mis asuntos me prohíbe de una vez por todas seguir alimentando las dulces esperanzas a las que permití entregarme por algún tiempo. Lamento lo sucedido, pero espero que no encuentre nada en mi comportamiento que sea indigno de un caballero y de un hombre honesto (*gentilhomme et honnête homme*). Después de haber pedido casi todo mi dinero en préstamos a su padrastro, me veo en la imperiosa necesidad de aprovechar lo que me queda: ya he hecho saber a mis amigos de San Petersburgo que deben proceder de inmediato a la venta de los bienes que estaban en mi poder como garantía; sabiendo, sin embargo, que su frívolo padrastro ha despilfarrado su propia fortuna, he decidido perdonarle cincuenta mil francos, y con esta suma le devuelvo parte de las hipotecas sobre sus bienes, de modo que ahora está usted en condiciones de recuperar todo lo que

ha perdido reclamándole su patrimonio por vía judicial. Espero, *mademoiselle*, que, dada la situación actual, mi acción le resulte muy favorable. Más aún, espero con esta acción estar cumpliendo con el deber de un hombre honesto y de espíritu noble. Tenga la seguridad de que su recuerdo estará grabado para siempre en mi corazón.

—Bueno, todo está claro —dije, volviéndome hacia Polina—. ¿Acaso habría podido esperar otra cosa? —añadí indignado.

—No esperaba nada —respondió ella, aparentemente tranquila, pero con un estremecimiento en la voz—. Para mí todo estaba claro desde hacía tiempo; le leía la mente y descubrí lo que pensaba. Él pensaba que yo buscaba… Que insistiría en… (Vaciló y, sin terminar la frase, se mordió el labio y guardó silencio.) Redoblé a propósito mi desprecio hacia él —empezó a decir otra vez— y esperé a ver cómo reaccionaba. Si hubiera llegado un telegrama sobre la herencia, le habría tirado a la cabeza las deudas de ese idiota (mi padrastro), ¡y lo habría echado! Lo odiaba desde hacía mucho, mucho tiempo. Oh, antes era un hombre muy diferente, mil veces diferente, pero ahora, ¡ahora…! ¡Oh, con qué felicidad le arrojaría ahora esos cincuenta mil a su vil rostro, le escupiría, y le restregaría la saliva por la cara!

—Pero el papel, esa hipoteca por valor de cincuenta mil que devolvió, ahora lo tiene el general, ¿no? Vaya a buscarlo y devuélvaselo a Des Grieux.

—¡Oh, eso no! Eso no.

—¡Sí, claro, claro, eso no! ¿Y qué es capaz de hacer ahora el general? ¿Y la abuela? —exclamé de repente.

Polina me miró distraída e impaciente.

—¿Por qué menciona a la abuela? —dijo Polina con fastidio—. No puedo ir con ella… y no quiero disculparme ante nadie —añadió irritada.

—Así pues, ¿qué se puede hacer? —exclamé—. Pero ¿cómo, cómo pudo amar a Des Grieux? ¡Oh, canalla, canalla! No tiene más que decirlo, y lo mataré en un duelo. ¿Dónde está ahora?

—En Fráncfort, se quedará tres días.

—¡Una palabra suya, y partiré, mañana, en el primer tren! —dije con una especie de estúpido entusiasmo. Ella se rio.

—Bueno, tal vez diría: «Primero devuélvame los cincuenta mil francos». Además, ¿por qué pelear…? ¡Qué tontería!

—Así pues, ¿de dónde, de dónde se supone que va a sacar usted esos cincuenta mil? —repetí, rechinando los dientes—, como si se pudieran recoger del suelo… Oiga: ¿y míster Astley? —Me volví hacia ella, con el destello de una extraña idea.

Los ojos se le iluminaron.

—¿Qué significa, acaso quieres que te deje por ese inglés? —dijo, mirándome a los ojos con una atención penetrante y sonriendo con amargura. Por primera vez desde que nos conocíamos me había tuteado.

Al parecer, en aquel momento se sintió mareada por el nerviosismo, y de repente se sentó en el sofá, casi sin fuerzas.

Un rayo pareció fulminarme; me quedé parado, sin poder dar crédito a lo que veían mis ojos ni lo que oían mis oídos. ¡Así que ella me ama! Acudió a mí, no a míster Astley. Ella sola, una dama, vino a mi habitación en el hotel, lo que significaba que se estaba comprometiendo públicamente… ¡y yo, yo estaba de pie frente a ella, todavía sin entender nada!

Un pensamiento extravagante cruzó por mi mente.

—¡Polina! ¡Dame una hora! Espera aquí una hora y… ¡volveré! Es… ¡es necesario! ¡Ya lo verás! ¡Quédate aquí, quédate aquí!

Y salí corriendo de la habitación, sin responder a su mirada desconcertada e inquisitiva; ella me llamó, pero no me volví.

Sí, a veces la idea más increíble, la más descabellada, se clava tan firmemente en nuestra mente que uno termina considerándola como algo que puede hacerse realidad… Y eso no es todo: si la idea se une con un deseo fuerte y apasionado, a veces uno termina considerándola como algo inevitable, una necesidad, un destino, algo que simplemente no puede no suceder. Es posible que haya algo más en ello, una suerte de combinación de presagios, una intensificación extraordinaria de la voluntad, una intoxicación con la propia fantasía, u otra cosa… no lo sé; pero esa noche (que nunca olvidaré en mi vida) me sucedió un milagro. Aunque esto puede explicarse perfectamente con aritmética, para mí hasta hoy sigue siendo un milagro. ¿Y por qué, por qué esa certeza echó unas raíces tan profundas y firmes en mí, entonces, hace tanto tiempo? Evidentemente había pensado en eso —repito— no como en un accidente casual, uno entre otros (por tanto, opcional, que bien podría no haber ocurrido), sino como un hecho que de ninguna manera no podía no suceder.

Eran las diez y cuarto; entré en el casino tan esperanzado y al mismo tiempo en un estado de tal agitación como nunca había experimentado. Aún había bastante gente en las salas de juego, aunque la mitad que por la mañana.

A las once, en las mesas de juego quedan los verdaderos jugadores dispuestos a todo, para quienes no existe nada en los balnearios excepto la ruleta, que han viajado allí solo por ella, que casi no ven lo que sucede a su alrededor y que no se interesan por otra cosa durante toda la temporada que

no sea jugar desde la mañana hasta la noche, e incluso lo harían hasta el amanecer si fuera posible. Por regla general, se marchan a regañadientes cuando a medianoche la sala de juego se cierra y, cuando el crupier mayor, antes de cerrar la ruleta, anuncia alrededor de las doce: «*Les trois derniers coups, messieurs!*»,[85] a veces están dispuestos a apostar todo lo que llevan en los bolsillos y, por supuesto, es entonces cuando más pierden. Me acerqué a la misma mesa donde recientemente había estado sentada la abuela. No estaba demasiado abarrotada, así que enseguida ocupé un lugar de pie en la mesa. Justo delante de mí, sobre el paño verde, estaba la palabra: «*Passe*». «*Passe*» es la serie de números del diecinueve al treinta y seis. La primera serie, del uno al dieciocho inclusive, se llama «*manque*», pero ¿qué me importaba a mí eso? No calculaba, ni siquiera oí qué número había salido antes, ni siquiera lo pregunté antes de empezar a jugar, como debía de hacer todo jugador razonablemente experimentado. Saqué mis veinte federicos de oro del bolsillo y los puse en el *passe* que tenía delante.

—*Vingt-deux!*[86] —gritó el crupier.

Gané, y volví a apostarlo todo: la apuesta anterior y lo ganado.

—*Trente-et-un*[87] —gritó el crupier. Otra vez gané. ¡Así que tenía en total ochenta federicos de oro! Aposté los ochenta en los doce números del medio (triple ganancia, aunque dos posibilidades en contra…), la rueda giró, salió el veinticuatro. Me entregaron tres rollos de cincuenta federicos de oro cada uno y diez monedas de oro; junto con lo anterior, ya tenía doscientos federicos de oro.

Estaba como en trance y empujé todo este dinero al rojo… ¡y de repente recobré la razón! Solo una vez durante aquella noche, mientras jugaba, el miedo me heló e hizo que me temblaran las manos y las piernas. Con horror sentí y me di cuenta de lo que significaba para mí perder en ese momento. ¡Qué significaría perder ahora! En esa apuesta estaba toda mi vida.

—*Rouge!*[88] —anunció el crupier, y respiré aliviado; hormigas de fuego me recorrían todo el cuerpo. Me pagaron en billetes de banco; en total, ¡cuatro mil florines y ochenta federicos de oro! (En ese momento aún podía contar).

Luego, que yo recuerde, volví a apostar dos mil florines a los doce números del medio y perdí; aposté mis monedas de oro y ochenta federicos de oro y perdí. La ira se apoderó de mí: tomé los últimos dos mil florines que me quedaban y los aposté a los doce primeros números de manera aleatoria, ¡a ciegas, sin pensar! Hubo, por cierto, un momento de duda y entonces tuve una sensación parecida a la que debió de experimentar *madame* Blanchard al estrellarse su globo sobre París.[89]

—*Quatre!*—exclamó el crupier. Con la apuesta anterior, volví a tener seis mil florines. Ya me veía como un ganador, ya no temía nada, nada en absoluto, y aposté cuatro mil florines al negro. Unas diez personas siguieron mi ejemplo y apostaron al negro. Los crupieres intercambiaron miradas y comentarios al oído. A mi alrededor se levantó un murmullo, todos esperaban.

Salió el negro. Desde ese momento, no recuerdo la cantidad ni el orden de mis apuestas. Solo recuerdo, como en un sueño, que ya había ganado, al parecer, dieciséis mil florines; de repente, en tres apuestas desafortunadas, perdí doce mil; luego aposté los últimos cuatro mil al *passe* (pero ya casi no sentía nada; solo esperaba, en cierto modo mecánicamente, sin pensar), y volví a ganar; luego gané cuatro veces seguidas. Solo recuerdo que recogía el dinero por miles; también recuerdo que a menudo salían los doce números del medio, a los que ahora apostaba. Aparecían con una regularidad asombrosa: constantemente, tres, cuatro veces seguidas; luego desaparecían dos veces, solo para volver a salir tres o cuatro veces seguidas. Esta regularidad tan asombrosa a veces se produce en serie, y eso es exactamente lo que desconcierta a los jugadores empedernidos que calculan sus posibilidades lápiz en mano. ¡Y qué terrible ironía del destino acompaña a veces a esto!

Creo que no había pasado más de media hora desde que llegué. De pronto, el crupier me informó de que había ganado treinta mil florines y, dado que la banca no paga más que eso de una vez, la ruleta cerraría hasta la mañana siguiente. Recogí todo mi oro, me lo metí en los bolsillos, recogí todos los billetes y me trasladé inmediatamente a otra mesa, a otra sala, donde había otra ruleta; arrastré a toda una multitud conmigo; allí inmediatamente me hicieron sitio y empecé a apostar de nuevo al azar, sin calcular. ¡No sé qué me salvó!

A veces, sin embargo, comenzaba a entrever algún cálculo en mi cabeza. Me aferraba a algunos números y posibilidades, pero pronto los dejaba y volvía a apostar casi inconsciente. Debía de estar muy distraído; recuerdo que los crupieres a menudo corregían mi juego. Cometí errores graves. Me sudaba la frente y me temblaban las manos. También aparecían los polacos de turno, dispuestos a ayudar, pero yo no escuchaba a nadie. La suerte no me abandonaba. De repente, a mi alrededor estallaron voces fuertes y risas. «¡Bravo, bravo!», gritaban todos, algunos incluso aplaudían. Allí también gané treinta mil, y la ruleta también tuvo que cerrar hasta el día siguiente.

—Huya, huya —susurró una voz a mi derecha. Era un judío de Fráncfort; había estado a mi lado todo el tiempo y, creo, de vez en cuando me ayudaba a jugar.

—Váyase, por el amor de Dios —susurró otra voz a mi oído izquierdo. La miré de reojo. Era una mujer de unos treinta años, vestida de manera muy modesta y decente, con un rostro enfermizamente pálido y cansado, que conservaba vestigios de una antigua belleza. En ese momento me estaba metiendo los billetes arrugados en los bolsillos, y recogía el oro restante de la mesa. Al alcanzar el último rollo de cincuenta federicos de oro y, muy discretamente, logré ponerlo en la mano de la mujer pálida; en ese momento sentía un deseo irresistible de hacerlo, y recuerdo que sus dedos finos y delicados apretaron mi mano con fuerza en señal de la más viva gratitud. Todo ocurrió en un instante.

Después de recogerlo todo, me dirigí rápidamente al *trente et quarante*.

Al *trente et quarante* juega el público aristocrático. No es ruleta, sino cartas. Aquí, la banca paga cien mil táleros de una vez. La apuesta más alta es también de cuatro mil florines. No conocía el juego y no sabía cómo apostar, solo que también se jugaba al rojo y al negro. Y eso es lo que hice. Todo el casino se reunió a mi alrededor. No recuerdo si en ese momento pensé siquiera una vez en Polina. Sentí un placer insuperable al agarrar y acaparar los billetes que se apilaban delante de mí.

De hecho, parecía que el destino mismo me empujaba. Esta vez, como si fuera a propósito, ocurrió una circunstancia que, por cierto, no es extraña en los juegos de azar. La suerte, por ejemplo, se adhiere al rojo y no lo deja diez, incluso quince veces seguidas. Anteayer mismo supe que la semana pasada el rojo salió veintidós veces seguidas; ni siquiera se recordaba un caso así en la ruleta, se hablaba de ello con asombro. Por supuesto, todos inmediatamente abandonan el rojo, ya después de la décima vez nadie se atreve a apostar por él. Pero ningún jugador experimentado apuesta tampoco por el negro, el opuesto del rojo. Un jugador experimentado sabe lo que significa esa «terquedad del azar». Por ejemplo, parecería que después de salir dieciséis veces el rojo, la decimoséptima vez saldrá sin falta el negro. Los novatos se lanzan en tropel, duplicando y triplicando las apuestas a ese color, y acaban muy decepcionados. Pero, por alguna extraña persistencia, en cuanto me di cuenta de que el rojo había salido siete veces seguidas, comencé a apostar intencionalmente por él. Estoy convencido de que había mucha vanidad en ello; quería sorprender a los espectadores con un riesgo frenético y —qué extraño— recuerdo exactamente que, de repente, solo por vanidad, en efecto, una terrible ansia de riesgo se apoderó de mí. Tal vez esta sed, después de que el alma hubiera saboreado tales sensaciones, no se saciaba, sino que solo se irritaba y exigía sensaciones más y más fuertes, hasta el agotamiento total. Y,

de verdad, no miento, si las reglas del juego hubieran permitido apostar cincuenta mil florines, definitivamente lo habría hecho. Alrededor, la gente gritaba que era una locura, que el rojo ya había salido catorce veces.

—*Monsieur a gagné déjà cent mille florins!*[90] —oí una voz cerca de mí.

De repente volví en mí. ¿Cómo? ¡Había ganado cien mil florines aquella noche! ¿Y para qué quería más? Me lancé sobre los billetes, me los metí en los bolsillos sin contar, recogí todo mi oro, todos los rollos, y salí corriendo del casino. Al pasar por las salas, todos se reían, mirando mis bolsillos llenos y mis andares bamboleantes debido al peso del oro. Creo que pesaba bastante más que medio pud.[91] Varias manos se extendieron hacia mí; repartí puñados de lo que llevaba encima. Dos judíos se me acercaron en la salida.

—¡Eres valiente! ¡Eres muy valiente! —me dijeron—. Pero debes irte mañana por la mañana, lo antes posible, porque, si no, lo perderás todo, todo…

No les hice caso. La avenida estaba tan oscura que no podía ver ni mi propia mano delante de los ojos. El hotel estaba a media versta de distancia. Nunca he tenido miedo de los ladrones ni de los atracadores, ni siquiera cuando era un niño; ahora tampoco. De hecho, no recuerdo en qué pensé durante todo el camino; tenía la mente en blanco. Sentí solo un placer terrible —éxito, victoria, poder—, no sé cómo llamarlo. También se me aparecía la imagen de Polina; recordé y era consciente de que iba hacia ella, que la vería enseguida, y le contaría, le mostraría…, pero apenas recordaba lo que ella me había dicho antes, y por qué había ido a verme, y todas las sensaciones que me habían llenado hacía poco, una hora y media a lo sumo, ya me parecían algo del pasado, superado, caduco… algo de lo que ya no valía la pena volver a mencionar, porque ahora todo empezaría de nuevo. Casi al final del camino, de repente me invadió el miedo; «¿Y si ahora me mataran y me robaran?». Con cada paso, mi miedo se duplicaba. Estuve a punto de echar a correr. De repente, al final de la avenida, todo nuestro hotel brillaba con el resplandor de su sinfín de luces, gracias a Dios: ¡ya estaba en casa!

Corrí a mi habitación y abrí la puerta a toda prisa. Polina estaba allí, sentada en el sofá, frente a una vela encendida, con los brazos cruzados. Me miró consternada; debía de tener un aspecto bastante extraño en ese momento. Me detuve frente a ella y empecé a apilar mi pesada carga de dinero sobre la mesa.

# XV

Recuerdo que ella me miraba muy fijamente, pero sin moverse de su asiento, ni cambiar siquiera de postura.

—He ganado doscientos mil francos —grité mientras arrojaba el último rollo sobre la mesa. Una enorme pila de billetes y rollos de oro ocupaba toda la mesa, y no podía apartar los ojos de ella; por momentos me olvidaba por completo de Polina. Entonces empezaba a ordenar aquellos montones de billetes, a juntarlos; luego ponía el oro en el mismo montón; luego lo dejaba todo y empezaba a andar por la habitación con pasos rápidos, pensativo, solo para acercarme de repente a la mesa de nuevo y volver a contar el dinero. De pronto, como si volviera en mí, corría hacia la puerta y la cerraba con llave rápidamente, dando dos vueltas. Luego me detuve, pensativo, frente a mi pequeña maleta.

—¿Debería guardarlo en la maleta hasta mañana? —pregunté, volviéndome de pronto hacia Polina, acordándome de repente de ella. Seguía sentada en el mismo sitio, inmóvil, pero me observaba atentamente. La expresión de su rostro era extraña; ¡no me gustaba esa expresión! No me equivocaría si dijera que en ella había odio.

Me acerqué rápidamente a ella.

—Polina, toma veinticinco mil florines, son cincuenta mil francos, incluso más. Cógelos y tíraselos mañana a la cara.

Ella no me respondió.

—Si quieres, lo llevaré yo mismo, por la mañana temprano. ¿Quieres?

De repente se echó a reír. Se rio durante largo rato.

La miré con asombro y tristeza. Esa risa era muy parecida a su reciente y frecuente risa burlona hacia mí, que siempre oía durante mis declaraciones de amor más apasionadas. Por fin cesó y frunció el ceño; me miró con severidad desde debajo de sus cejas.

—No aceptaré su dinero —dijo ella con desprecio.

—¿Cómo? ¿Por qué? —grité—. Polina, ¿por qué?

—No acepto dinero gratis.

—Se lo ofrezco como amigo; le ofrezco mi vida.

Me dirigió una mirada larga e inquisitiva, como si quisiera atravesarme con ella.

—Paga un precio muy alto —dijo con una sonrisa maliciosa—, la amante de Des Grieux no vale cincuenta mil francos.

—Polina, ¿cómo puede hablarme así? —grité con reproche—. ¿Acaso soy Des Grieux?

—¡Lo odio! ¡Sí! ¡Sí! No lo quiero más de lo que quiero a Des Grieux —gritó, con los ojos repentinamente brillantes.

Luego se cubrió la cara con las manos y estalló en sollozos histéricos. Corrí hacia ella.

Me di cuenta de que algo le había ocurrido durante mi ausencia. Parecía completamente fuera de sí.

—¡Cómprame! ¿Quieres? ¿Me comprarás? ¿Por cincuenta mil francos, como Des Grieux? —Estalló en sollozos convulsivos. La abracé, le besé las manos, los pies y caí de rodillas ante ella.

La histeria se le estaba pasando. Me puso las dos manos sobre los hombros y me miró fijamente. Parecía como si quisiera leer algo en mi cara. Me escuchaba, pero al parecer no oía lo que le decía. En su rostro se reflejó cierta preocupación y un aire pensativo. Temí por ella; me pareció que su mente se hallaba en un estado de confusión. De pronto, empezó a atraerme hacia ella; una sonrisa de confianza se dibujaba ya en su rostro; luego, de repente, me apartó y volvió a mirarme con aire sombrío.

De repente se me apresuró a abrazarme.

—Tú me amas, ¿verdad? —me preguntó—. ¡Querías… querías batirte en duelo con el barón por mí! —Y de pronto se echó a reír, como si hubiera recordado algo gracioso y tierno. Lloraba y reía a la vez. ¿Qué podía hacer yo? Yo también tenía fiebre. Recuerdo que empezó a decirme algo, pero apenas pude entenderlo. Era una especie de delirio, una suerte de balbuceo, como si quisiera contarme algo cuanto antes, un delirio interrumpido a veces por la risa más alegre, que empezaba a asustarme—. ¡No, no, eres bueno, bueno! —repetía—. ¡Me eres fiel! —Volvió a ponerme las manos sobre los hombros, otra vez me miró fijamente y siguió repitiendo—: Tú me amas… Me amas… ¿Me amarás? —Yo no le quitaba los ojos de encima; nunca la había visto en estos arrebatos de ternura y amor; en realidad, claro, se trataba de un delirio, pero… al ver mi mirada apasionada, de pronto empezaba a sonreír juguetonamente; y de repente, sin venir a cuento, se puso a hablar de míster Astley.

Por cierto, hablaba sin cesar de míster Astley (sobre todo cuando antes había intentado decirme algo), pero de qué trataba exactamente no pude entenderlo del todo; parecía que incluso se reía de él, repetía sin parar que él estaba esperando… y me preguntaba, una y otra vez, si yo sabía que ahora debía de estar debajo de la ventana…

—Sí, sí, debajo de la ventana… Bueno, ábrala, ¡mire, mire, está aquí, aquí! —Me empujaba hacia la ventana, pero en cuanto hacía ademán de ir, se echaba a reír, y yo me quedaba con ella, y ella se apresuraba a abrazarme.

—¿Nos vamos? Nos iremos mañana, ¿no? —se le ocurrió de repente, inquieta—. Bueno… —Y se quedó pensativa—. ¿Crees que alcanzaremos a la abuela? En Berlín, creo que sí. ¿Qué crees que dirá cuando la alcancemos y nos vea? ¿Y míster Astley? Bueno, ese no saltará de Schlangenberg, ¿no crees? —Se rio—. Bueno, escucha: ¿sabes dónde irá el próximo verano? Quiere ir al Polo Norte para hacer investigaciones científicas y me ha invitado a que vaya con él, ¡ja, ja, ja! Dice que los rusos sin los europeos no sabemos nada y no somos capaces de nada… Pero ¡también es amable! Sabes, disculpa al general; dice que Blanche… que la pasión… No sé, no sé —repitió de repente, como si se dejara llevar y perdiera el hilo—. Pobres, cómo los compadezco, y a la abuela… Bueno, escucha, escucha, ¿dónde puedes matar a Des Grieux? ¿De verdad pensabas que lo harías? ¡Oh, tonto! ¿Acaso pensaste que te dejaría batirte en duelo con Des Grieux? Pero si ni siquiera podrías matar al barón —añadió, riéndose de repente—. Oh, qué gracioso estuviste entonces con el barón; os miraba a los dos desde mi banco; y cómo fuiste a regañadientes cuando te mandé allí. Cómo me reí entonces, cómo me reí —añadió, riéndose.

Y de pronto estaba abrazándome y besándome de nuevo, y apretó su rostro apasionada y tiernamente contra el mío. Pero no pensé ni oí nada más. La cabeza me daba vueltas…

Creo que eran alrededor de las siete de la mañana cuando me desperté; el sol brillaba en la habitación. Polina estaba sentada a mi lado y miraba a su alrededor con extrañeza, como si saliera de la oscuridad a la luz y estuviera recopilando recuerdos. Ella también acababa de despertarse y miraba fijamente la mesa y el dinero. Me dolía y me pesaba la cabeza. Quise coger a Polina de la mano; ella me apartó de repente y se levantó del sofá de un salto. El día que estaba comenzando era nublado; antes del amanecer había llovido. Se acercó a la ventana, la abrió, asomó la cabeza y el pecho y, apoyándose con las manos, y acodándose en el marco de la ventana, se quedó así unos tres minutos, sin volverse hacia mí ni escuchar lo que le decía. El miedo se

apoderó de mí: ¿Qué iba a pasar ahora y cómo acabaría? De pronto se levantó de la ventana, se acercó a la mesa y, mirándome con una expresión de odio infinito, con los labios temblorosos de la ira, me dijo:

—¡Bueno, dame ahora mis cincuenta mil francos!

—¡Polina, otra vez, otra vez! —empecé a decir…

—¿O ya has cambiado de opinión? ¡Ja, ja, ja! ¿Acaso ya te has arrepentido?

Los veinticinco mil florines, que había contado anoche, estaban sobre la mesa; los cogí y se los di.

—¿Ahora son míos? ¿No es así? ¿Verdad que sí? —me preguntó con rabia, sosteniendo el dinero en las manos.

—Siempre fueron tuyos —le dije.

—¡Pues aquí tienes tus cincuenta mil! —Con un gesto amplio, me los tiró. El fajo me golpeó dolorosamente en la cara y los billetes se esparcieron por el suelo. Después, Polina salió corriendo de la habitación.

Sé que, en ese momento, por supuesto, no estaba en su sano juicio, aunque no entiendo esa locura pasajera. De hecho, incluso ahora, un mes después, sigue enferma. Pero ¿cuál fue la causa de ese estado y, sobre todo, de esa acción? ¿Fue el orgullo herido? ¿Fue la desesperación lo que la llevó a decidirse a acudir a mí? ¿Le mostré acaso que me vanagloriaba de mi suerte y que realmente, al igual que Des Grieux, quería deshacerme de ella dándole cincuenta mil francos? Pero no fue eso lo que ocurrió, lo sé por mi conciencia. Creo que su vanidad tuvo parte de culpa: su vanidad le decía que no me creyera y me ofendiera, aunque todo esto le pareciera, tal vez, poco claro incluso para ella misma. En ese caso, yo, por supuesto, respondí por Des Grieux y terminé siendo culpable, quizá sin una gran culpa. Hay que admitir que todo eso no fue más que un delirio; también hay que admitir que yo sabía que ella deliraba y… no presté atención a esa circunstancia. ¿Es posible que ahora no pueda perdonármelo? Sí, pero eso es ahora; pero entonces… ¿entonces? En ese momento, su delirio y su enfermedad no eran tan graves para que hubiera olvidado por completo lo que estaba haciendo al acudir a mí con la carta de Des Grieux. Por tanto, sabía lo que hacía.

Metí como pude, apresuradamente, todos los billetes y el montón de oro en mi cama, la cubrí todo y salí unos diez minutos después de Polina. Estaba seguro de que habría vuelto corriendo a su habitación, y quería colarme discretamente en la antesala y preguntarle a la niñera sobre la salud de la señorita. Pero cuál fue mi asombro cuando me encontré con la niñera en las

escaleras y me enteré de que Polina aún no había regresado y que la niñera venía a buscarla.

—Hace un momento… —le dije—. Acaba de irse hace unos diez minutos, ¿adónde habrá ido?

La niñera me miró con reproche.

Entretanto, ya había circulado por el hotel toda una historia. Se susurraba al conserje y al jefe de camareros que la *fräulein*[92] había salido corriendo del hotel a las seis de la madrugada, bajo la lluvia, y había entrado corriendo en el Hotel d'Angleterre. Por sus palabras e insinuaciones observé que ya sabían que había pasado la noche entera en mi habitación. Por cierto, hablaban de la familia al completo del general: se sabía que el general se había vuelto loco ayer y que había sollozado tanto que se había oído en todo el hotel. Se contaba que la abuela que había venido era su madre, que vino expresamente desde Rusia para prohibir a su hijo que se casara con *mademoiselle* de Cominges y para privarlo de su herencia en caso de desobediencia, y como, en efecto, desobedeció, a la condesa le habría complacido jugarse toda su fortuna en la ruleta ante sus ojos, para no dejarle nada. «*Diese Russen!*»,[93] repitió el jefe de camareros indignado, sacudiendo la cabeza. Los demás se rieron. El jefe de camareros estaba preparando ya la cuenta. Mis ganancias ya eran conocidas por todos; Karl, el criado de nuestra planta, fue el primero en felicitarme. Pero yo tenía otras cosas en la cabeza. Me apresuré a ir al Hotel d'Angleterre.

Todavía era temprano; míster Astley no había recibido a nadie; pero al oír que era yo, salió al pasillo y se detuvo ante mí, me clavó en silencio su mirada de plomo y esperó a ver qué decía. Inmediatamente le pregunté por Polina.

—Está enferma —contestó míster Astley, mirándome fijamente sin apartar la vista de mí.

—¿De veras está con usted?

—Oh, sí, así es.

—Pero ¿cómo… piensa mantenerla a su lado?

—Oh, sí. Esa es mi intención.

—Míster Astley, eso supondría un escándalo; no puede hacerlo. Además, está muy enferma; ¿acaso no se ha dado cuenta?

—Oh, sí, me he dado cuenta, ya le he dicho que está enferma. Si no estuviera enferma, no habría pasado la noche en su habitación.

—¿Así que usted también lo sabe?

—Lo sé. Iba a venir ayer aquí, y yo la habría llevado a casa de una pariente mía, pero, como estaba enferma, se equivocó y fue a verlo a usted.

—¡Imagínese! Bueno, felicidades, míster Astley. Por cierto, me hace recordar algo: ¿ha pasado debajo de nuestra ventana toda la noche? La señorita Polina estuvo toda la noche haciendo que abriera la ventana y me asomara para ver si usted estaba debajo, y se reía a carcajadas.

—¿En serio? No, no estaba debajo de la ventana; pero esperaba en el pasillo y di vueltas por el hotel.

—Pero ella necesita tratamiento, míster Astley.

—Oh, sí, ya he mandado llamar a un médico, y si muere le pediré cuentas a usted.

Me quedé atónito:

—Por favor, míster Astley, ¿qué quiere?

—¿Es cierto que ayer ganó doscientos mil táleros?

—Solo cien mil florines.

—¡Pues bien! Entonces, váyase a París esta mañana.

—¿Para qué?

—Todos los rusos con dinero van a París —explicó míster Astley con una voz y un tono como si lo estuviera leyendo de un libro.

—¿Qué voy a hacer en París ahora, en verano? La amo, míster Astley. Usted sabe que la amo.

—¿Lo sé? Estoy seguro de que no. Además, si se queda aquí, sin duda lo perderá todo, y no tendrá con qué ir a París. Pero adiós, estoy convencido de que se irá a París hoy mismo.

—Está bien, adiós, pero no iré a París. Piense, míster Astley, ¿qué será de nosotros ahora? En fin, el general… y ahora esta aventura con la señorita Polina… Será la comidilla en toda la ciudad.

—Sí, en toda la ciudad, pero no creo que el general piense en eso, tiene otras cosas de qué preocuparse. Además, la señorita Polina tiene todo el derecho a vivir donde le plazca. En cuanto a esa familia, se puede decir con propiedad que ya no existe.

Mientras me iba, sonreía ante la extraña certeza de este inglés de que yo me iría a París. «Eso sí, si quiere batirse en duelo —pensé—, si *mademoiselle* Polina muere, ¡ahí hay otro problema!». Juro que sentía lástima por Polina, pero, por extraño que parezca, desde el mismo momento en que ayer me acerqué a la mesa de juego y empecé a ganar fajos de billetes, mi amor, por así decirlo, pasó a un segundo plano. Esto puedo decirlo ahora; pero en aquel momento no lo percibí con toda esta claridad. ¿Era yo, en efecto, un jugador, había yo, en efecto… amado a Polina de un modo tan peculiar? No, todavía hoy la amo, ¡bien lo sabe Dios! Pero entonces, cuando dejé a míster Astley y

volví a mi habitación, sufrí sinceramente y me culpaba a mí mismo. Pero… pero entonces me ocurrió una cosa sumamente extraña y estúpida.

Me dirigía apresuradamente a la habitación del general cuando de pronto se abrió una puerta cerca de su piso y alguien me llamó. Era *madame la veuve* de Cominges, y me había llamado por orden de *mademoiselle* Blanche. Entré en el piso de *mademoiselle* Blanche.

Ocupaban una pequeña suite de dos habitaciones. Se oían las risas y los gritos de *mademoiselle* Blanche desde su dormitorio. Se estaba levantando de la cama.

—*Ah, c'est lui! Viens donc, bêta!*[94] ¿Es verdad que has ganado una montaña de oro y plata? *J'aimerais mieux l'or*.[95]

—Es verdad —respondí, riendo.

—¿Cuánto?

—Cien mil florines.

—Bibi, *comme tu es bête*.[96] Pero entra, ven aquí, que no oigo nada. *Nous ferons bombance, n'est-ce pas?*[97]

Entré en su habitación. Estaba tumbada bajo una manta de satén rosa que dejaba al descubierto sus hombros morenos, sanos y maravillosos —unos hombros que solo se ven en sueños—, cubiertos apenas por una camisa blanca de batista ribeteada de encaje que resaltaba aún más su piel morena.

—*Mon fils, as-tu du coeur*?[98] —exclamó al verme y se echó a reír. Siempre se reía de manera muy alegre, y a veces incluso sincera.

—*Tout autre*… —empecé a decir, parafraseando a Corneille.[99]

—Ya ves, *vois-tu* —empezó a parlotear de repente—. Primero, busca mis medias, ayúdame a ponerme los zapatos, y, segundo, *si tu n'est pas trop bête, je te prends à Paris*.[100] Sabes que me voy dentro de un momento.

—¿Un momento?

—Media hora.

Efectivamente, el equipaje estaba hecho. Todas las maletas y sus pertenencias estaban listas. El café hacía tiempo que estaba servido.

—*Eh, bien*! Si quieres, *tu verras Paris. Dis donc, qu'est ce que c'est qu'un outchitel? Tu étais bien bête, quand tu étais un outchitel*.[101] ¿Dónde están mis medias? Cálzame, ¡vamos!

Me tendió un piececito realmente delicioso, moreno, pequeño, sin cicatrices, como casi todos estos pies que se ven tan bonitos con botines. Me reí y empecé a ponerle una media de seda. *Mademoiselle* Blanche, entretanto, se sentó en la cama y parloteó:

—*Eh bien, que feras-tu, je te prends avec?* En primer lugar, *je veux cinquante mille francs*. Me los darás en Fráncfort. *Nous allons à Paris*; allí viviremos juntos y *je te ferai voir des étoiles en plein jour*.[102] Verás mujeres como nunca habías visto. Escucha…

—Espera, si te doy cincuenta mil francos, ¿luego qué me quedará?

—*Cent cinquante mille francs*, que has olvidado y, además, estoy dispuesta a vivir en tu piso un mes, dos, *que sais-je!*[103] Pasaremos con esos ciento cincuenta mil durante esos dos meses, por supuesto. Ya ves, *je suis bonne enfant* y te lo digo todo de antemano, *mais tu verras des étoiles*.[104]

—¿Cómo, todo en dos meses?

—¡Cómo! ¡Te da miedo! *Ah, vil esclave!*[105] ¿No sabes que un mes de una vida así es mejor que toda tu existencia? Un mes… *et après le déluge!*[106] *Mais tu ne peux comprendre, va!*[107] ¡Largo, largo, ¡no vales la pena! Ay, *que fais-tu?*[108] —En ese momento deslicé la media sobre el otro piececito, pero no pude controlarme y lo besé. Ella lo apartó y empezó a golpearme en la cara con la punta del pie. Finalmente me echó de allí—. *Eh bien, mon outchitel, je t'attends, si tu veux*;[109] ¡dentro de un cuarto de hora me voy! —gritó tras de mí.

Al volver a mi habitación, ya estaba trastornado. No era culpa mía que *mademoiselle* Polina me hubiera tirado a la cara un fajo entero de billetes y que ayer ya hubiera preferido a míster Astley antes que a mí. Algunos billetes aún seguían tirados en el suelo; los recogí. En ese momento se abrió la puerta y apareció el jefe de camareros en persona (que hasta entonces no se había dignado mirarme) para invitarme a trasladarme a la excelente habitación en la que acababa de hospedarse el conde W.

Me quedé allí un momento, pensativo.

—¡La cuenta! —grité—. Me voy dentro de diez minutos. «¿A París? ¡Pues a París! —pensé—. ¡Sé que es mi destino!».

Un cuarto de hora después, en efecto, íbamos los tres sentados en un vagón familiar: yo, *mademoiselle* Blanche y *madame la veuve* Cominges. *Mademoiselle* Blanche se reía a carcajadas mientras me miraba. *La veuve* Cominges se reía también; no puedo decir que a mí me resultara divertido. Mi vida se hacía añicos, pero desde ayer estaba acostumbrado a jugármelo todo. Tal vez fuera cierto que yo no soportaba el dinero y me mareaba. *Peut-être, je ne demandais pas mieux*.[110] Me pareció que, por un momento, pero solo por un momento, el escenario cambiaba. «Pero dentro de un mes volveré aquí, y entonces… ¡entonces mediremos nuestras fuerzas una vez más, míster

Astley!». No, ahora lo recuerdo, incluso entonces estaba espantosamente triste, aunque me reí junto con esa tonta de Blanche.

—¡Oh, vamos! ¡Qué estúpido eres! ¡Oh, qué estúpido! —chilló Blanche, interrumpiendo su risa y empezando a reñirme en serio—. Bueno, sí, sí, sí, viviremos de tus doscientos mil francos, sí, *mais tu seras heureux, comme un petit roi*,[111] yo misma te haré el nudo de la corbata y te presentaré a Hortense. Y cuando hayamos gastado todo nuestro dinero, vendrás aquí y volverás a hacer saltar la banca. ¿Qué te dijeron los judíos? Lo principal es el valor, y tú lo tienes, y me traerás dinero a París, muchas veces. *Quant à moi, je veux cinquante mille francs de rente et alors…*[112]

—¿Y el general? —le pregunté.

—Y el general, tú mismo lo sabes, sale todos los días a esta hora a buscarme el ramo. Esta vez le pedí adrede que buscara las flores más raras. El pobrecito volverá, y el pajarito habrá salido volando. Volará detrás de nosotros, ya verás. ¡Ja, ja, ja! Me alegraré mucho. Le necesitaré en París; y míster Astley le pagará aquí la cuenta…

Y así es como me fui a París.

# XVI

¿Qué puedo decir de París? Todo eran, desde luego, delirios y disparates. Solo había vivido en París algo más de tres semanas, y en ese tiempo mis cien mil francos se esfumaron por completo. Hablo solo de cien mil; el resto de los cien mil se los di a *mademoiselle* Blanche en metálico, cincuenta mil en Fráncfort, y tres días después, en París, le di otros cincuenta mil francos mediante pagaré, por cuyo reembolso, sin embargo, ella volvió a exigir dinero una semana después, *et les cent mille francs, qui nous restent, tu les mangeras avec moi, mon outchitel*.[113] No dejaba de llamarme *outchitel*. Es difícil imaginar algo en el mundo más calculador, mezquino y tacaño que la clase de seres como *mademoiselle* Blanche. Al menos en lo que se refiere a su propio dinero. En cuanto a mis cien mil, más tarde me dijo sin rodeos que había necesitado ese dinero para su primera puesta en escena en París. «Así que ahora, de una vez por todas, estoy en una buena posición de la que nadie me desbancará, al menos según los arreglos que he hecho», añadió. Por lo demás, yo casi nunca vi esos cien mil; ella siempre guardaba el dinero, y, en mi monedero, que ella revisaba a diario, nunca había más de cien francos, casi siempre incluso menos.

«Pero ¿para qué necesitas dinero?», me decía a veces con el tono más inocente, y yo no la contradecía. Pero con ese dinero se arregló su apartamento muy, pero que muy bien, y, cuando después me llevó a la inauguración, al mostrarme las habitaciones, me dijo: «Esto es lo que se puede hacer con cálculo y buen gusto, incluso con los medios más míseros». Esa miseria, sin embargo, ascendió exactamente a cincuenta mil francos. Con los otros cincuenta mil, se hizo con un carruaje y caballos, y, además, dimos dos bailes; es decir, dos fiestas, a las que asistieron Hortense, Lisette y Cléopâtre, mujeres notables y nada malas en muchos, muchísimos aspectos. En esas dos veladas me vi obligado a desempeñar el papel sumamente estúpido de anfitrión, recibiendo y entreteniendo a comerciantes adinerados y aburridos, imposibles por su ignorancia y desfachatez, a diversos tenientes militares y a patéticos escritorzuelos y alimañas periodísticas, todos vestidos a

la última moda con frac, con guantes de color canela, y con una vanidad y una prepotencia de tal envergadura que serían inconcebibles incluso en San Petersburgo, lo cual ya es decir. Se les ocurrió incluso burlarse de mí, pero me emborraché con champán y me desplomé en la habitación de atrás. Todo aquello me repugnó en grado sumo. «*C'est un outchitel*», decía Blanche de mí, «*il a gagné deux cent mille francs*»[114] y de no haber sido por mí no habría sabido cómo gastarlo. Y luego volverá a ser profesor… «¿Alguien sabe de algún puesto? Debemos hacer algo por él». Me aficioné al champán cada vez más, porque siempre estaba triste y terriblemente aburrido. Vivía en el ambiente más burgués, puramente mercantil, donde cada *sou*[115] estaba calculado y medido. Blanche no me soportaba durante los primeros quince días, me di cuenta; era cierto que ella me vestía con delicadeza y me anudaba la corbata a diario, pero en el fondo de su alma solo sentía por mí un sincero desprecio. No le presté la menor atención. Todo esto me resultaba completamente indiferente. Aburrido y deprimido como estaba, empecé a frecuentar el Château des Fleurs,[116] donde todas las noches me emborrachaba y aprendía algo de cancán (que allí bailan de manera repulsiva), y finalmente incluso adquirí notoriedad en este arte. Por fin Blanche me descubrió: ella se había formado de antemano la idea de que yo, durante todo el tiempo de nuestra convivencia, la seguiría a todas partes con un lápiz y papel en la mano y lo contaría todo, cuánto gastaba, cuánto robaba, cuánto más gastaría y cuánto más robaría en el futuro. Y, desde luego, estaba convencida de que tendríamos una batalla por cada diez francos. Ya había preparado sus objeciones de antemano a cada ataque mío, que ella misma anticipaba; pero cuando no veía ningún ataque por mi parte, al principio se lanzaba ella misma a objetar. A veces se acaloraba, pero cuando veía que yo guardaba silencio —la mayoría de las veces tumbado en el sofá y con la mirada fija en el techo—, se sorprendía al fin. Al principio ella pensaba que yo solo era un estúpido, un *outchitel*, y simplemente interrumpía sus explicaciones, probablemente pensando para sí misma: «Al fin y al cabo, es tonto; es inútil darle explicaciones si no entiende las cosas por sí solo». A veces se marchaba, pero después de diez minutos volvía de nuevo (ocurría en la época de sus gastos más frenéticos, bastante por encima de nuestras posibilidades: por ejemplo, cambió de caballos y compró un par por dieciséis mil francos).

—Entonces, Bibi, ¿no estás enfadado conmigo? —Con estas palabras solía acercarse a mí.

—¡No-o-o! ¡Me tienes harto-o-o! —le decía, apartándola con la mano, pero esto le resultaba tan curioso que venía y se sentaba a mi lado:

—Verás, si decidí gastar tanto dinero es porque era una oportunidad. Se pueden volver a vender por veinte mil francos.

—Ya lo creo, ya lo creo; los caballos son magníficos, y ahora tienes un carruaje espléndido, te servirá para tu futura carrera; vamos, ya está.

—¿Así que no estás enfadado?

—¿Por qué debería estarlo? Haces bien en proveerte de cosas que necesitas. Todo esto te será útil más adelante. Veo, en efecto, que debes crearte una posición así en la sociedad; de lo contrario, nunca conseguirás reunir un millón. Nuestros cien mil francos son solo el principio, una gota en el mar.

Blanche, que esperaba cualquier cosa de mí antes que semejantes razonamientos (¡en lugar de gritos y reproches!), fue como si cayera de las nubes.

—¡Así que… así que eres tal cual! *Mais tu as l'esprit pour comprendre. Sais-tu, mon garçon*,[117] puede que seas un *outchitel*, pero deberías haber nacido príncipe. ¿Así que no lamentas que nuestro dinero se esfume?

—¡Para nada, cuanto antes mejor!

—*Mais… sais-tu… mais dis donc*, ¿acaso eres rico? *Mais sais-tu*, desprecias demasiado el dinero. *Qu'est ce que tu feras après, dis donc?*[118]

—*Après*? Iré a Homburgo y ganaré otros cien mil.

—*Oui, oui, c'est ça, c'est magnifique!*[119] Y yo estoy segura de que los ganarás y de que me los traerás aquí. *Dis donc*, ¡harás que te quiera de verdad! *Eh bien*, por ser así te amaré todo este tiempo y no te seré infiel ni una sola vez. Verás, durante ese tiempo, aunque no te amaba, *parce que je croyais, que tu n'étais qu'un outchitel (quelque chose comme un laquais, n'est-ce pas?)*, a pesar de eso te fui fiel, *parce que je suis bonne fille*.[120]

—¡Anda ya, mientes! ¿Qué pasa con ese Albert, ese oficial moreno de tres al cuarto? ¿Acaso no te vi la última vez?

—Oh, oh, *mais tu es…*

—Vamos, mientes, mientes. Pero ¿qué pensabas? ¿Que me enfadaría? Me importa un rábano; *il faut que jeunesse se passe*.[121] No te voy a obligar a que lo eches cuando él estaba antes que yo y tú lo amas. Pero no le des dinero, ¿me oyes?

—Así pues, ¿tampoco te enfadas por eso? *Mais tu es un vrai philosophe, sais-tu? Un vrai philosophe!* —exclamó entusiasmada—. *Eh bien, je t'aimerai, je t'aimerai… Tu verras, tu seras content*.[122]

Y en efecto: desde entonces hasta pareció que realmente se encariñara conmigo, incluso se comportó de manera amistosa, y así transcurrieron nuestros últimos diez días. No vi las estrellas que me había prometido, pero, en cuanto a otros aspectos, sí cumplió su palabra. Además, me presentó a Hortense, que era una dama muy notable a su manera y a la que en nuestro círculo llamaban *Thérèse-philosophe*.[123]

Por lo demás, no vale la pena explayarse. Todo eso podría constituir un relato por sí solo, con su colorido particular, que no quiero incluir en esta historia. El caso es que yo deseaba con todas mis fuerzas que todo aquello terminase cuanto antes. Pero nuestros cien mil francos, como ya he dicho, duraron todo un mes, lo que sinceramente me sorprendió: Blanche empleó al menos ochenta mil francos a comprarse cosas, y nosotros, desde luego, no nos gastamos más de veinte mil… y a pesar de todo nos alcanzó. Blanche, que al final era casi sincera conmigo (al menos en algunas cosas ya no me engañaba), me confesó que por lo menos yo me libraría de aquellas deudas que ella se veía obligada a contraer. «No te he hecho firmar cuentas ni pagarés —me dijo varias veces— porque me dabas pena. Cualquier otra lo habría hecho sin dudarlo y te habría mandado a la cárcel. ¿Ves, ves cuánto te he querido y lo buena que soy? ¡Aunque esa boda del demonio me costará una fortuna!»

En efecto, también celebramos una boda. Fue justo al final de nuestro mes, y es de suponer que en ella gastamos lo último que quedaba de mis cien mil francos; con eso se acabó el asunto; es decir, nuestro mes; después de aquello, me despedí formalmente.

La historia de la boda sucedió así: una semana después de instalarnos en París, llegó el general. Fue directamente a ver a Blanche y desde la primera visita se quedó prácticamente con nosotros, aunque tenía su propio pisito en alguna parte. Blanche lo recibió encantada, con gritos y risas, e incluso se lanzó a abrazarle. Al final ella casi nunca lo dejaba marcharse, y él tenía que acompañarla a todas partes: a los bulevares, de excursión, al teatro y de visita. El general seguía siendo apto sin reservas para estos menesteres: tenía bastante presencia y era respetable, casi notablemente alto, llevaba el bigote y las patillas teñidos (había servido en los coraceros), con un rostro atractivo, aunque algo avejentado. Sus modales eran excelentes y llevaba el frac con mucha elegancia. En París volvió a llevar sus condecoraciones. Con alguien así no solo era posible pasear por el bulevar, sino que incluso era, si se puede expresar así, recomendable. El bondadoso y estúpido general estaba de lo más satisfecho con la situación; había esperado algo muy distinto cuando se

apareció ante nosotros tras su llegada a París. Cuando se presentó entonces, casi temblaba de miedo, pues temía que Blanche se abalanzara sobre él y lo echara a la calle; por tanto, con semejante giro de los acontecimientos, estaba encantado, y pasó todo el mes tontamente en un estado de embeleso, y así fue como lo dejé. Cuando llegué aquí me enteré con detalle de que, tras nuestra repentina partida de Ruletemburgo aquella mañana, sufrió algo así como un ataque. Cayó desmayado y durante toda una semana se comportó como un loco, hablando solo. Lo sometieron a un tratamiento, pero de repente lo dejó todo, se subió a un tren y se plantó en París. Por supuesto, la acogida que le dispensó Blanche fue la mejor cura para él. Aun así, los síntomas de su enfermedad siguieron notándose durante mucho tiempo, a pesar de su estado de ánimo alegre, incluso entusiasta. Era incapaz de razonar o siquiera de mantener una conversación medianamente sofisticada; en ese caso, carraspeaba y remataba cualquier frase con un «¡Hmmm!» y asentía antes de alejarse. A menudo se echaba a reír, pero con una risa nerviosa, enfermiza, como si se ahogara; a veces se quedaba sentado durante horas, sombrío como la noche, con sus espesas cejas fruncidas. Se olvidaba por completo de las cosas. También se volvió escandalosamente distraído e incluso adoptó la costumbre de hablar solo. Blanche era la única persona capaz de animarlo. Y los ataques de tristeza y melancolía, cuando se retiraba a un rincón, no significaban más que no había visto a Blanche en mucho tiempo, o que Blanche había salido sin llevarlo con ella, o que al despedirse no le había hecho una caricia. En semejante estado no habría podido expresar lo que le pasaba; ni siquiera sabía por qué estaba tan melancólico y triste. A veces, después de estar sentado una o dos horas (lo observé algunas veces cuando Blanche se ausentaba todo el día, probablemente para ver a Albert), de pronto miraba a su alrededor inquieto, buscando con la mirada, intentando recordar, como si quisiera encontrar a alguien; pero, como no encontraba a nadie y no recordaba lo que quería preguntar, volvía a sumirse en sus cavilaciones, hasta que de pronto Blanche, alegre, jovial, emperifollada, con sus sonoras carcajadas, volvía a aparecer corriendo y comenzaba a sacudirlo, incluso llegaba a darle un beso, algo que pocas veces le concedía. Una vez, el general se puso tan contento de verla que rompió a llorar; yo me limité a mover la cabeza con asombro.

Desde el mismo momento en que el general apareció, Blanche actuó como su defensora ante mí. Con gran elocuencia, incluso me recordó que había traicionado al general por mi culpa, que prácticamente habían estado prometidos, que le había dado su palabra; que él había estado dispuesto a

dejar a su familia por ella; y, por último, que yo había estado a su servicio y que… ¡cómo no me daba vergüenza! Yo guardaba silencio mientras ella parloteaba sin cesar. Al final no pude reprimir una carcajada y ahí acabó la historia; es decir, al principio pensó que yo era un imbécil, pero al final se quedó con la opinión de que yo era una persona muy decente. En otras palabras, tuve la suerte de acabar mereciendo la benevolencia de esa digna doncella. (Blanche, por cierto, era realmente una joven de buen corazón, solo que a su manera, por supuesto; yo no había sabido valorarla al principio). «Eres un hombre bueno e inteligente —me decía casi al final—, y… y… ¡es una pena que seas tan tonto! ¡Nunca harás fortuna! *Un vrai russe, un calmouk!*».[124]

Más de una vez me mandó a pasear al general, igual que si mandara a un criado que le sacaran el perrito a la calle. Yo lo llevaba al teatro, al Bal Mabille, a restaurantes. Blanche me daba dinero para esto, aunque el general también disponía del suyo, e incluso le encantaba sacar su cartera delante de la gente. Una vez casi tuve que recurrir a la fuerza para que no comprara un broche de setecientos francos que lo cautivó en el Palais Royal y que estaba decidido a regalar a Blanche. Pero ¿cómo iba a comprar un broche de setecientos francos, si el general apenas disponía de mil francos? Nunca averigüé de dónde había sacado ese dinero. Supongo que de míster Astley, ya que le había pagado las facturas del hotel. Creo que durante todo ese tiempo el general no tenía la menor idea de mis relaciones con Blanche. Debía de haber oído alguna vez que yo había ganado una fortuna, pero probablemente supusiera que yo era algo así como un secretario personal al servicio de Blanche, o quizá incluso pensara que fuera un criado.

En cualquier caso, seguía hablándome con la misma altanería de siempre, de manera autoritaria, e incluso me reprendía de vez en cuando. Una vez nos hizo reír de verdad a Blanche y a mí, por la mañana, durante el café del desayuno. No solía ofenderse fácilmente, pero de repente se molestó conmigo. Por qué. Todavía hoy no lo sé. Aunque, por supuesto, tampoco él mismo lo entendía.

En resumen, soltó un discurso sin principio ni fin, *à bâtons rompus*,[125] gritaba que yo era un mocoso, que me iba a dar una lección… que me iba hacer comprender y me dejaría claro que… etcétera, etcétera. Ninguno de nosotros entendió una palabra. Blanche se reía a carcajadas. Finalmente lo calmamos a duras penas y nos lo llevamos a dar un paseo. A menudo notaba que, a pesar de todo, se ponía melancólico, que sentía pena por alguien o por algo, que echaba de menos a alguien, incluso aunque estuviera Blanche. En

esos momentos, un par de veces incluso intentaba dirigirse a mí, pero no lograba hacerse entender, se acordaba del ejército, de su difunta esposa, de su hacienda, de su hogar. De pronto se le ocurría una palabra al azar con la que se deleitaba y que repetía cien veces al día, aunque no correspondiera a ningún sentimiento ni a ninguna idea. Intenté hablarle de sus hijos, pero rápidamente se desentendía pronunciando uno de sus trabalenguas, y cambiaba de tema: «¡Sí, sí! Los niños, los niños, ¡tiene razón! Los niños». Solo una vez se conmovió; íbamos juntos al teatro: «¡Esos pobres niños! —dijo de pronto—. ¡Sí, señor, sí, pooobres niños!». Y después repitió esas palabras varias veces durante toda la velada: «¡Pobres niños!». Una vez, cuando le mencioné a Polina, incluso se enfadó: «Esa ingrata —exclamó—, ¡es mala y una ingrata! ¡Ha deshonrado a la familia! ¡Si hubiera leyes aquí, ya la habría metido en vereda! ¡Sí, sí!». En cuanto a Des Grieux, no quería ni oír su nombre. «Ese hombre me arruinó —decía—, me robó, ¡me llevó a la ruina! ¡Ha sido mi pesadilla durante los dos últimos años! ¡Durante meses se me ha aparecido en sueños! Él es… Él es, él es… ¡Oh, no me hable de ese hombre nunca más!».

Me di cuenta de que los dos se llevaban algo entre manos, pero, como de costumbre, me callé. Blanche fue la primera en comunicármelo: sucedió justo una semana antes de que nos separáramos.

— *Il a de la chance*[126] —comenzó a decir atropelladamente—. La abuelita está muy enferma y morirá sin duda. Míster Astley envió un telegrama; a fin de cuentas, sigue siendo su heredero. Y, aunque no lo fuera, no me molestaría lo más mínimo. En primer lugar, tiene su pensión, y, en segundo lugar, vivirá en el cuarto de atrás y será totalmente feliz. Y yo seré *madame la générale* y me moveré en círculos interesantes (Blanche soñaba con ello sin cesar), y más tarde me convertiré en una terrateniente rusa, *j'aurai un château, des moujiks, et puis j'aurai toujours mon million*.[127]

—Bueno, pero y si de repente se pone celoso y exige… Dios sabe qué cosas, ¿entiendes?

—Oh no, *non, non, non*! ¡No se atrevería! He tomado medidas, puedes estar tranquilo. Lo he obligado a firmar algunas letras de pago a nombre de Albert. Como se le ocurra… será castigado en el acto. Pero ¡no se atreverá!

—Bueno, cásate con él…

La boda se celebró sin especial pompa, en familia y con recogimiento. Entre los invitados estaban Albert y algunos conocidos cercanos. Hortense, Cléopâtre y todos los demás fueron excluidos categóricamente. El novio se interesó extraordinariamente en dar una buena imagen. Blanche misma le

anudó la corbata y le aplicó pomada en el pelo. Por último, lucía *très comme il faut*[128] con su frac y su chaleco blanco.

—*Il est pourtant très comme il faut*[129] —me comunicó Blanche al salir de la habitación del general, como si la idea de que el general estuviera *très comme il faut* incluso la sorprendiera. Me interesé muy poco por los detalles y me limité tanto al papel de espectador indolente que, sencillamente, he olvidado buena parte de lo que ocurrió. Solo recuerdo que Blanche resultó no ser «de Cominges», al igual que su madre no era *veuve* de Cominges, sino «Du Placet». ¿Cómo es que las dos habían sido «de Cominges» hasta ese momento? Lo ignoro. Pero el general pareció estar conforme también con eso, y Du Placet le gustaba incluso más que de Cominges. La mañana de la boda paseaba por el salón, vestido de gala, y se repetía a sí mismo todo el rato con una seriedad y una majestuosidad inusuales: «¡*Mademoiselle* Blanche du Placet! ¡Blanche du Placet! ¡Du Placet! ¡*Mademoiselle* Blanche du Placet!», y su semblante rebosaba arrogancia. En la iglesia, el ayuntamiento y más tarde en casa para el banquete, no solo se sentía feliz y satisfecho, sino incluso orgulloso. Algo especial les había ocurrido a los dos. Blanche también comenzó a actuar de un modo decididamente digno.

—Ahora tengo que comportarme de un modo muy distinto —me dijo con toda seriedad—, *mais vois-tu*, no había pensado en algo muy desagradable; imagínate, aún no me he aprendido mi nuevo apellido: *Zagorianski, Zagorianski… madame la générale de Zago… Zago, ces diables de noms russes, enfin madame la générale à quatorze consonnes! Comme c'est agréable, n'est-ce pas?*[130]

Por fin nos despedimos, y Blanche, esa tonta de Blanche, hasta tenía lágrimas en los ojos. «*Tu étais bon enfant* —dijo llorando—. *Je te croyais bête et tu en avais l'air*,[131] pero eso te sienta bien». Y de repente, mientras nos dábamos la mano por última vez, exclamó: «*Attends!*»,[132] corrió a su tocador y volvió un minuto después con dos billetes de mil francos. ¡Por nada del mundo me lo habría creído! «Te harán falta; puede que seas un *outchitel* muy culto, pero eres terriblemente tonto. En cualquier caso, no te daré más de dos mil, porque te los jugarás de todos modos. ¡Así que adiós! *Nous serons toujours bons amis* y, si vuelves a ganar, ven a verme sin falta, *et tu seras heureux*![133]

Me quedaban todavía unos quinientos francos; además, tenía un reloj espléndido que costaría alrededor de mil francos, unos gemelos de diamantes y cosas por el estilo, así que podía vivir durante un tiempo sin preocuparme de nada. Me he instalado a propósito en esta pequeña ciudad para

recuperarme y, sobre todo, eso es lo principal, para esperar a míster Astley. He recibido noticias de que vendrá aquí un día, por negocios. Quiero saberlo todo de él… y después… después nos vamos directamente a Homburgo. No quiero ir a Ruletemburgo, por lo menos hasta el año que viene. Dicen que da mala suerte probar dos veces seguidas en la misma mesa y, además, Homburgo es el mejor lugar para jugar.

# XVII

Ha pasado ya un año y ocho meses desde que eché un vistazo a estas notas, y solo ahora, en mi miseria y anhelo de distracción, las he hojeado. Entonces me quedé en mi decisión de ir a Homburgo. ¡Dios! ¡Con qué relativa alegría escribí entonces esas últimas líneas! Mejor dicho, más que con alegría, con seguridad en mí mismo, con una esperanza inquebrantable. ¿Acaso dudé de mí mismo en aquel momento? Ahora ha pasado algo más de año y medio, y creo que me encuentro mucho peor que un mendigo. Pero ¡qué mendigo! ¡Me importa un bledo la pobreza! Simplemente estoy arruinado. Por lo demás, ni con un mendigo me puedo comparar. Y no tiene sentido predicar la moral. No hay nada más absurdo que un sermón moralista en un momento así. ¡Oh, esa gente pagada de sí misma! ¡Con qué orgullosa jactancia están dispuestos a darte lecciones esos charlatanes en cada oportunidad! Si supieran hasta qué punto soy consciente de lo repugnante que es mi actual situación, la lengua les negaría la función de instruirme más. Pero ¿qué podrían decirme que sea nuevo que yo mismo no sepa? ¿Y acaso eso importa? En realidad, lo importante aquí es que una sola vuelta de ruleta puede cambiarlo todo y que esos mismos moralistas (de esto estoy seguro) serán los primeros en venir a felicitarme con bromas amistosas. Y no me darían la espalda como hacen ahora. Pero ¡qué me importan a mí! ¿Qué soy ahora? Un *zéro*. ¿Qué puedo ser mañana? ¡Mañana puedo resucitar de entre los muertos y empezar una nueva vida! ¡Puedo recuperar al ser humano que hay en mí mientras aún no se haya perdido!

En efecto, fui a Homburgo desde París, pero… luego volví a visitar Ruletemburgo, estuve en Spa, estuve incluso en Baden-Baden, adonde fui en calidad de ayuda de cámara del consejero Hinze, un miserable que fue mi patrón allí. ¡Sí, fui sirviente durante cinco meses enteros! Eso fue inmediatamente después de la cárcel. (Estuve preso en Ruletemburgo por una deuda de doscientos táleros. No sé quién me sacó de allí, ¿quién pudo haber sido? ¿Míster Astley? ¿Polina? No lo sé, pero alguien pagó la deuda, un total de doscientos táleros, y salí en libertad). ¿Adónde podía ir? Así que entré al

servicio del tal Hintze. Es joven, un charlatán, un vago, y yo hablo y escribo en tres idiomas. Al principio empecé a trabajar con él como una especie de secretario, con un sueldo de treinta gúldenes al mes; pero acabé como un auténtico criado: no tenía dinero para pagar a un secretario, así que me redujo el salario; yo no tenía adónde ir, así que me quedé y me convertí en su lacayo por decisión propia; me privaba de la comida y la bebida, y así reuní setenta gúldenes en cinco meses. Una tarde, en Baden, dejé el trabajo. Y esa misma noche fui a la ruleta. ¡Oh, cómo me latía el corazón! ¡No, no era por dinero! En aquel momento solo tenía un deseo: que a la mañana siguiente todos los Hintze, todos los jefes de camareros, todas las espléndidas damas de Baden-Baden… que todos, todos, no hablaran sino de mí, que contaran mi historia, que se sorprendieran de mí, que me alabaran y me admiraran por haber vuelto a ganar. Puede que no fueran más que sueños y preocupaciones infantiles, pero… quién sabe: tal vez me encontrara con Polina, y se lo contaría todo, que ella viera que yo estoy por encima de todos esos absurdos reveses del destino… ¡Oh, yo no estaba ahí por el dinero! Estoy convencido de que los volvería a derrochar con alguna Blanche y volvería a ir en mi propio carruaje tirado por dos caballos de dieciséis mil francos, en París durante tres semanas. Estoy convencido de que no soy un avaro; soy más bien un despilfarrador, creo. Y, sin embargo, oigo tembloroso, con el corazón en un puño, la llamada de los crupieres: «*trente-et-un, rouge, impaire et passe*» o «*quatre, noir, pair et manque!*». Con qué avidez contemplo la mesa de juego repleta de luises y federicos de oro y táleros, las pequeñas columnas de oro que se desmoronan en montones ardientes bajo las paletas de los crupieres, o cómo se alzan en columnas de plata de casi un metro de largo alrededor de la ruleta. Incluso antes de entrar en la sala de juego, incluso dos estancias antes, me basta con oír el tintineo de las monedas en constante movimiento… y me entran escalofríos.

Ah, esa tarde en que llevé mis setenta gúldenes a la mesa de juego también fue memorable. Empecé con diez gúldenes y de nuevo jugué al *passe*. Tengo una debilidad por el *passe*. Perdí. Me quedé con sesenta gúldenes de plata; me lo pensé y aposté por el *zéro*. Aposté cinco gúldenes al *zéro*. A la tercera apuesta de pronto salió el *zéro*; casi me muero de felicidad al recibir los ciento setenta y cinco gúldenes. Aquellos cien mil gúldenes que había ganado una vez no me habían hecho tan feliz. Acto seguido, aposté cien gúldenes al *rouge* y gané; los doscientos al *rouge* y gané; los cuatrocientos al *noir* y gané; los ochocientos al *manque* y gané; en total reuní mil setecientos gúldenes, ¡y todo en menos de cinco minutos! Sí, en esos momentos uno se

olvida de todas las desgracias anteriores. Porque por este éxito había arriesgado más que mi vida, me había atrevido a arriesgar, ¡y de nuevo podía contarme entre los hombres!

Alquilé una habitación de hotel, me encerré y me quedé despierto hasta las tres de la madrugada contando mi dinero. Cuando me desperté por la mañana, ya no era un siervo. Decidí ir a Homburgo ese mismo día: Allí no había servido de lacayo ni había estado entre rejas. Media hora antes de que saliera el tren, me permití hacer dos apuestas más, y perdí mil quinientos florines. A pesar de eso, me trasladé a Homburgo, y ya llevo aquí un mes entero…

Vivo, por supuesto, en una alarma constante, hago series de apuestas muy pequeñas y sigo esperando. Calculo, me paso días enteros de pie junto a la mesa y observo el juego, incluso sueño con él, pero tengo la sensación de haberme entumecido, de haberme hundido en un pantano. Esa fue la impresión que me quedó después de encontrarme con míster Astley. No nos veíamos desde aquella última ocasión y nos encontramos por casualidad. Sucedió así: yo paseaba por el parque, pensando que estaba a punto de quedarme sin dinero, aunque me quedaban cincuenta gúldenes y tres días antes había pagado la cuenta del hotel donde alquilaba un cuartucho. Así que solo me estaba permitido jugar una vez más a la ruleta, y, si ganaba, seguiría jugando; si perdía, tendría que volver a servir de lacayo, a no ser que encontrara inmediatamente a algún ruso que necesitara un tutor. Absorto en estos pensamientos, tomé mi camino habitual a través del parque y el bosque, hasta llegar al principado vecino. Había días que pasaba hasta cuatro horas así y regresaba a Homburgo cansado y hambriento. Nada más salir del jardín en dirección al parque me topé con míster Astley, que estaba sentado en un banco. Él me reconoció primero y me llamó. Tomé asiento a su lado. Mantenía cierta seriedad, y en cuanto me di cuenta de ello, atemperé de inmediato mi feliz sorpresa; pues me había alegrado enormemente de verle.

—¡Ajá, así que está aquí! Ya había pensado que lo encontraría —me dijo —. No se moleste en contarme nada: lo sé todo. Conozco al detalle todas sus circunstancias durante este año y ocho meses.

—¡Oh! ¡Veo que no se olvida de los viejos amigos! —repliqué—. ¡Eso le honra! Espere, esto me recuerda: por cierto, ¿no sería usted quien me sacó de la cárcel de Ruletemburgo, donde cumplí condena por una deuda de doscientos gúldenes? No sé quién me rescató.

—No, no, oh, no; yo no le saqué de la cárcel de Ruletemburgo por esa deuda de doscientos gúldenes, pero sabía que estaba entre rejas por una

deuda…

—Es decir, ¿sabe quién pagó mi deuda?

—Oh, no, no puedo decir que sepa quién la pagó.

—Es extraño; ningún ruso me conocía aquí; además, ninguno de los que están aquí lo habrían hecho. Eso solo sucede en Rusia, ortodoxos que pagan las deudas de otros ortodoxos. Empezaba a pensar que debería ser algún inglés raro, por pura excentricidad.

Míster Astley me escuchaba con cierto asombro. Parecía como si esperara encontrarme abatido y desanimado.

—Sin embargo, me complace mucho ver que ha conservado usted su independencia de espíritu e incluso su jovialidad sin merma alguna —dijo con una expresión más bien agria.

—Es decir, que por dentro está rabiando porque no estoy abatido y humillado —le dije con una sonrisa.

Tardó en entenderme, pero cuando lo entendió, sonrió.

—Me gustan sus observaciones. Reconozco en estas palabras a mi viejo amigo inteligente, entusiasta y al mismo tiempo cínico; solo los rusos consiguen unir tantas contradicciones a un tiempo. De hecho, a una persona le gusta ver a su mejor amigo humillado ante él; la amistad se basa, en su mayor parte, en la humillación; y es una vieja verdad conocida por todas las personas inteligentes. Pero en este caso, se lo aseguro, me alegra sinceramente que no esté desanimado. Dígame, ¿no tiene la intención de dejar el juego?

—¡Oh! ¡Al diablo con eso! Lo dejaré enseguida, en cuanto…

—¿En cuanto haya recuperado lo que ha perdido? Eso pensaba. No hace falta que complete la frase, sé que lo dijo sin pensar y, por tanto, dijo la verdad. Dígame, ¿además del juego, no se dedica a nada más?

—No, a nada…

Comenzó a examinarme. Yo no sabía nada, apenas había ojeado los periódicos y durante todo ese tiempo definitivamente no había abierto un solo libro.

—Se ha vuelto usted de madera —comentó—, no solo ha renunciado a la vida, a sus propios intereses y los públicos, al deber como ciudadano y hombre, a sus amigos (después de todo, algunos tenía), no solo ha renunciado a cualquier objetivo excepto ganar, incluso ha renunciado a sus recuerdos. Le recuerdo en un momento apasionado e intenso de su vida; pero estoy seguro de que ha olvidado todas sus mejores impresiones de entonces; sus sueños, sus actuales deseos más urgentes no van más allá de *pair* e *impair*, *rouge et noir*, los doce del medio y así sucesivamente, ¡estoy seguro!

—¡Basta, míster Astley! ¡Se lo ruego, se lo ruego! No me lo recuerde —grité con fastidio, casi enojado—. Sepa que no he olvidado absolutamente nada; solo he desterrado por el momento todo eso de mi cabeza, todo, incluso los recuerdos… hasta que mejoren radicalmente mis circunstancias; entonces… entonces ya verá, ¡entonces resucitaré de entre los muertos!

—Usted seguirá aquí dentro de diez años —dijo—. Le apuesto a que le recordaré esto mismo, si estoy vivo, aquí, en este mismo banco.

—¡Basta ya! —lo interrumpí impaciente—, y para demostrarle que no soy tan olvidadizo del pasado, permítame que le pregunte: ¿dónde está ahora la señorita Polina? Si no fue usted quien me rescató, sin duda fue ella. Desde entonces no he tenido noticias suyas.

—¡No, oh, no! No creo que la señorita Polina lo rescatara. Ahora está en Suiza, y me hará un gran favor si deja de preguntarme por ella —dijo decidido e incluso visiblemente contrariado.

—¡Eso significa que a usted también le hirió mucho! —No pude evitar reírme.

—La señorita Polina es la mejor criatura de todos los seres más dignos de respeto, pero, le repito, me haría un gran favor si dejara de preguntarme por la señorita Polina. Usted nunca la conoció, y considero que su nombre en sus labios es un insulto a mi sentido de la moral.

—¡Vaya! Sin embargo, se equivoca; pero ¿de qué más me queda hablar con usted? Piénselo. Después de todo, en eso consisten todos nuestros recuerdos compartidos. Por cierto, no se preocupe, no me interesan en absoluto sus asuntos internos, secretos… Me interesan, por así decirlo, solo las circunstancias externas de la señorita Polina, únicamente las condiciones en que vive hoy. Eso se puede decir en pocas palabras.

—Que así sea, con tal de que con esas pocas palabras todo quede zanjado. La señorita Polina estuvo enferma durante mucho tiempo; todavía está enferma; durante un tiempo vivió con mi madre y mi hermana en el norte de Inglaterra. Hace seis meses, su abuela, recuerde aquella loca, murió y le dejó siete mil libras esterlinas. Ahora la señorita Polina está viajando con la familia de mi hermana, que se casó. Su hermanito y su hermanita también están cubiertos por el testamento de la abuela y están estudiando en un internado de Londres. El general, su padrastro, falleció hace un mes en París de un derrame. *Mademoiselle* Blanche se llevaba bien con él, pero con el tiempo cobró todo lo que había heredado de la tía abuela… Eso parece ser todo.

—¿Y Des Grieux? ¿No viaja también por Suiza?

—No, Des Grieux no está viajando por Suiza, y no sé dónde está; además, lo advierto por última vez de que evite insinuaciones similares y combinaciones deshonrosas, de lo contrario tendrá que vérselas conmigo.

—¿Cómo? ¿A pesar de nuestras anteriores relaciones amistosas?

—Sí, a pesar de nuestras anteriores relaciones amistosas.

—Le pido mil disculpas, míster Astley. Pero permítame, sin embargo: no hay nada despectivo ni vil; después de todo, no reprocho nada a la señorita Polina. Un francés y una joven rusa son, en general, una combinación, míster Astley, que ni usted ni yo podemos resolver o entender del todo.

— Si no va a mencionar el nombre de Des Grieux al mismo tiempo que otro nombre, le pediría que me explicara a qué se refiere con la expresión «un francés y una joven rusa». ¿Qué es esa combinación? ¿Por qué precisamente un francés y por qué necesariamente una dama rusa?

—Ya ve, incluso usted está interesado. Pero es un asunto largo, míster Astley. Hay mucho que se tendría que saber de antemano. Sin embargo, es una cuestión importante, por muy ridículo que todo esto parezca a primera vista. Un francés, míster Astley, es una forma completa y hermosa. Usted, como británico, puede estar en desacuerdo; yo, como ruso, también estoy en desacuerdo, tal vez incluso por envidia; pero nuestras damas pueden tener una opinión diferente. Puede que, con razón, Racine le parezca rebuscado, antinatural y almibarado;**[134]** incluso podría no leerlo en absoluto. Yo también lo encuentro rebuscado, antinatural y perfumado, incluso en cierto modo cómico; pero es encantador, míster Astley, y, sobre todo, es un gran poeta, lo queramos o no. La forma nacional del francés, es decir, un parisino, empezó a constituirse en una forma elegante cuando todavía éramos osos. La revolución sucedió a la herencia de la nobleza. Ahora, incluso el más vulgar de los franceses puede tener modales, porte, manera de expresarse, e incluso ideas de la mayor elegancia, forma lograda, sin participación en esa forma de su propia voluntad, alma o corazón; todo eso forma parte de su herencia. Por sí mismos, pueden ser más vacíos que el vacío y más bajos que lo más bajo. Bueno, míster Astley, le diré ahora que no hay ser en el mundo más confiado y sincero que una joven rusa de buen corazón, inteligente y no demasiado educada. Un Des Grieux que se presente ante ella con un determinado papel y bajo una determinada máscara es capaz de conquistar su corazón con extraordinaria facilidad; él es la forma elegante, míster Astley, y la dama considera que esta forma es su alma más íntima, la forma natural de su espíritu, de su corazón, y no una prenda que le ha caído por herencia. Para gran disgusto suyo, debo confesarle que los ingleses son en su mayoría

angulosos y poco elegantes, mientras que los rusos son bastante sensibles para distinguir la belleza y son susceptibles a ella. Pero, para distinguir la belleza del alma y la originalidad de la persona, se requiere una independencia y una libertad incomparablemente mayores que las de nuestras mujeres, especialmente de las señoritas y, en cualquier caso, más experiencia. A la señorita Polina, sin embargo (perdone, lo dicho, dicho está), le llevará mucho, mucho tiempo decidirse a preferirlo a usted en lugar del canalla de Des Grieux. Ella lo valorará, se convertirá en su amiga, le abrirá su corazón; pero, en ese corazón, aún reinará el odioso canalla, el vil y mezquino usurero Des Grieux. Y así seguirá siendo, por mera obstinación y amor propio, porque ese mismo Des Grieux una vez se le apareció con la aureola del elegante marqués, el liberal decepcionado que (supuestamente) se arruinó ayudando a su familia y al imprudente general. Todas sus artimañas han quedado al descubierto. Pero no importa: aun así, ella sigue deseando al antiguo Des Grieux, ¡eso es lo que desea! Y cuanto más odia al Des Grieux actual, más añora al anterior, aunque este solo existiera en su imaginación. ¿Es usted fabricante de azúcar, míster Astley?

—Sí. Soy socio de la conocida fábrica de azúcar Lowell & Co.

—Pues bien, ya ve, míster Astley. Por un lado, un fabricante de azúcar, y, por el otro, el Apolo de Belvedere;**[135]** todo esto de alguna manera no encaja. Yo ni siquiera soy azucarero; solo soy un pequeño jugador de ruleta, e incluso he servido como lacayo, lo que, seguramente, la señorita Polina ya sabe, porque su policía parece trabajar muy bien.

—Está resentido, y por eso dice todas esas tonterías —dijo el señor Astley fríamente y pensativo—. Además, sus palabras carecen de toda originalidad.

—¡De acuerdo! Pero el horror, mi noble amigo, es que todas estas acusaciones mías, por anticuadas, vulgares y vodevilescas que sean, aun así ¡son ciertas! ¡Después de todo, usted y yo hemos fracasado!

—¡Es una estupidez abominable porque… porque… ¡entérese! —dijo míster Astley, con la voz temblorosa y ojos centelleantes—. Entérese usted, ingrato e indigno, hombre mezquino y miserable, que he venido a Homburgo expresamente por encargo de ella para verle, para hablar con usted larga y cordialmente y para transmitirle todo… ¡sus sentimientos, pensamientos, esperanzas y… recuerdos!

—¿De verdad? ¿Acaso es posible? —exclamé, y se me saltaron las lágrimas. No pude reprimirlas, creo que por primera vez en mi vida.

—Sí, desgraciado, ella lo amaba, y puedo decírselo porque es… ¡hombre muerto! No solo eso, sino que incluso si le dijera que ella aún le ama,

entonces, ¡incluso entonces se quedaría aquí a pesar de todo! Sí, está usted arruinado. Tenía ciertas habilidades, un carácter vivo y no era una mala persona; incluso podría haber sido útil a su patria, que tanta gente necesita, pero… se quedará aquí, y su vida está acabada. No lo culpo. A mi modo de ver, todos los rusos son así o tienden a ser así. Si no es la ruleta, es otra cosa parecida. Las excepciones son muy raras. No es usted el primero que no sabe lo que es el trabajo (no me refiero a su pueblo). La ruleta es un juego esencialmente ruso. Hasta ahora usted ha sido honesto y ha estado dispuesto a aceptar la condición de lacayo antes que robar, pero me da miedo pensar en lo que le puede deparar el futuro. ¡Basta, adiós! Necesita dinero, ¿me equivoco? Tenga de mí diez luises de oro, no le daré más, porque se los jugará de todos modos. Tómelo y adiós. ¡Tómelo!

—No, míster Astley, después de todo lo que acaba de decir…

—¡Tómelo! —gritó—. Estoy convencido de que sigue siendo decente, y se lo doy como un amigo se lo da a su verdadero amigo. Si pudiera estar seguro de que dejaría el juego, abandonaría Homburgo y volvería a su patria, estaría dispuesto a darle mil libras en el acto para que empezara una nueva carrera. Pero no le daré mil libras, sino solo diez luises de oro, porque sean mil libras o diez luises, para usted es lo mismo: los perderá. Tómelos y ¡adiós!

—Lo haré, si me permite darle un abrazo de despedida.

—¡Oh, con mucho gusto!

Nos abrazamos sinceramente, y míster Astley se fue.

¡No, está equivocado! Si yo fui brusco y estúpido respecto a Polina y Des Grieux, él fue duro y resentido respecto a los rusos. No diré nada sobre mí mismo. Sin embargo… sin embargo, todo esto aún no es lo principal. Todo esto son palabras, palabras y palabras, ¡pero lo que se necesita es acciones! Ahora lo importante es Suiza. ¡Mañana, oh, si pudiera partir mañana mismo! Volver a nacer, resucitar de entre los muertos. Debo demostrarles… Que Polina sepa que todavía puedo ser humano. Solo es cuestión de… aunque ahora es demasiado tarde, pero mañana… Oh, tengo una corazonada, ¡y no puede ser de otra manera! Ahora tengo quince luises, ¡y comencé solo con quince gúldenes! Si empiezo con cuidado… y acaso, ¿acaso soy un niño pequeño? ¿No me doy cuenta de que soy un hombre muerto? Pero… ¿por qué no puedo resucitar? ¡Sí! ¡Solo se necesita ser calculador y paciente por una vez en la vida y… ¡ya está! Solo debo perseverar por una vez, y puedo cambiar todo mi destino en una hora. Lo importante es perseverar. Basta con recordar lo que me pasó en una situación así hace siete meses en

Ruletemburgo, antes de mi derrota final. Oh, fue un ejemplo formidable de determinación: lo perdí todo, todo… Cuando salí del casino, descubrí un último gulden en el bolsillo de mi chaleco. «Bueno, eso significa que tendré algo para cenar», pensé, pero, después de dar unos cien pasos, cambié de opinión y volví. Aposté ese gulden al *manque* (esa vez fue al *manque*), y realmente, hay algo especial en la sensación cuando uno, solo, en tierra ajena, lejos de casa, de los amigos, y sin saber qué vas a cenar ese día, apuestas tu último gulden, ¡el último de los últimos! Gané, y veinte minutos después salí del casino con ciento setenta florines en el bolsillo. ¡Es un hecho! Eso es lo que a veces puede significar el último gulden. ¿Y si me hubiera desanimado en ese momento, si no me hubiera atrevido a decidirme?

¡Mañana, mañana todo llegará a su fin!

FIÓDOR DOSTOIEVSKI nació en Moscú en 1821 y falleció en San Petersburgo, en 1881. Luego de estudiar ingeniería, se incorporó al ejército. En 1845, abandonó el ejército y comenzó a escribir la novela epistolar *Pobres gentes*, que se editó al año siguiente y que lo convirtió en una celebridad literaria con tan solo 24 años. Luego vendrían, entre otros, *El doble* (1846), *Noches blancas* (1848), *Memorias de la casa muerta* (1860-62), inspirada en su paso por un presidio de Siberia, adonde fue confinado junto a un grupo de intelectuales, acusados de conspirar contra el zar Nicolás I. En 1864, publicó *Memorias del subsuelo* y en 1866, *El jugador* y la novela que lo consagraría definitivamente como uno de los mayores genios de su época, *Crimen y castigo*. En 1880, aparece la que el propio escritor consideró su obra maestra, *Los hermanos Karamázov*, que condensa los temas más característicos de su literatura, entre ellos, la relación del hombre con Dios, la angustia moral del hombre moderno y las aporías de la libertad humana.

Notas

[1] Nombre inventado. Probablemente, un trasunto de Wiesbaden. Dostoievski estuvo allí en 1862, 1863 y 1865. <<

[2] A lo largo de la novela se hace referencia al sistema de divisas de la época. Un tálero equivale a dos florines o gúldenes (moneda, esta última, para la que se usan indistintamente ambas denominaciones: florín y gulden). Más adelante, se mencionarán los federicos de oro, cuya unidad equivale a diez florines o diez gúldenes, o veinte francos. Un florín o un gulden equivale a dos francos. Y un luis de oro equivale a veinticuatro francos. <<

[3] Señor conde. <<

[4] Señora condesa. <<

[5] Maestro preceptor. El término ruso aparece transcrito al francés, *outchitel*. La transcripción al español es «uchitel». <<

[6] Mesa de huéspedes. <<

[7] La Feria de Nizhni Nóvgorod fue una de las ferias comerciales más importantes de Rusia durante varios siglos. Se celebraba anualmente en la ciudad homónima, ubicada a orillas del río Volga, y era un importante centro de intercambio comercial y cultural en el este de Europa. <<

[8] Hasta 1870, los Estados Pontificios, que incluían toda Italia central, tenían embajadas en las principales capitales. <<

[9] Diario liberal francés, publicado entre 1859 y 1879, que condenaba la política de la Rusia zarista en Polonia. <<

[10] No fue en absoluto descabellado. <<

[11] Señor (en polaco). <<

[12] Los *chasseurs à pied* eran infantes ligeros del ejército imperial francés. Iban armados igual que los batallones de infantería de línea regulares, pero destacaban por su puntería y su habilidad en las maniobras rápidas. <<

[13] Año en que Napoleón y su ejército invadieron Rusia. <<

[14] Vasili Alekséievich Perovski (1795-1857), militar ruso que detalló en sus *Memorias* los horrores infligidos a los rusos por el ejército francés en retirada durante la guerra de 1812. <<

[15] Diminutivo en ruso para «abuela». <<

[16] Castillo. <<

[17] Ruletemburgo está a la sombra de Schlangenberg, es decir, la «Montaña de la Serpiente», la mayor elevación de la zona. Las ominosas alusiones del nombre de la montaña no son azarosas. La ciudad, en el simbolismo de la novela, está en poder del diablo; la gente ha perdido aquí su libertad moral y espiritual. La creencia en el diablo ha sustituido a la creencia en Dios, y la gente cede continuamente a la tentación en su búsqueda del oro, como ha estudiado Robert Louis Jackson. <<

[18] En la novela se usan indistintamente gúldenes y florines, dos nombres válidos para hablar de la misma divisa (véase la nota 2). <<

[19] La reina egipcia Cleopatra VII. <<

[20] De mala reputación. <<

[21] Treinta y cuarenta, véase la descripción del juego en el capítulo XIV. <<

[22] Padre (alemán). Nótese el contraste entre el jugador ruso con el *Vater* alemán, al que el narrador detesta, con sus virtudes protestantes de deber, frugalidad y trabajo duro. <<

[23] Hoppe and Co. era un banco muy conocido en la época, con sede en Ámsterdam y Londres. <<

[24] Literalmente, «gallo galo». Como la palabra latina *gallus* significa tanto «gallo» como «galo», esta coincidencia etimológica contribuyó a establecer una conexión entre el pueblo francés y el animal, que se convirtió en el animal heráldico de Francia y símbolo del país. Aquí el autor usa la expresión para insinuar que el estilo y el atractivo de los franceses son vanidad, arrogancia y superficialidad. <<

[25] Baronesa […], es para mí un honor ser su esclavo. <<

[26] El máximo posible. <<

[27] ¿Está usted loco? <<

[28] En aquella época, Alemania estaba formada por principados o estados independientes, que no se unieron definitivamente hasta 1871, tras la derrota de Bismarck frente a los franceses. Como ya indicamos en la nota 1, probablemente, Dostoievski inventó su Ruletemburgo a partir de Wiesbaden, ciudad balneario que visitó varias veces. Wiesbaden estaba a pocos kilómetros de la frontera del gran ducado de Hesse-Darmstadt. <<

[29] Miembros de la nobleza terrateniente prusiana, que poseían grandes extensiones de tierras agrícolas. Este grupo social tuvo una gran influencia en la política, la economía y el ejército de Prusia y, más tarde, del Imperio Alemán. Los junkers eran conocidos por su conservadurismo, su lealtad al monarca y su influencia en la administración y el ejército prusiano. <<

[30] Sus honorarios. <<

[31] Mi querido señor… perdón, he olvidado su nombre, ¿*monsieur* Alexis…? ¿No es así? <<

[32] Mi querido marqués. <<

[33] Pero el general… <<

[34] Y su señora madre. <<

[35] El barón es tan irascible, carácter prusiano, ya sabe, al final iniciará una pelea al estilo alemán. <<

[36] «Abuelita» en ruso, transcrito con la grafía francesa aquí. <<

[37] ¡Qué demonios! Un mocoso como usted. <<

[38] Segundo. <<

[39] Tal vez. <<

[40] La señora viuda de Cominges. <<

[41] Una hermosa mañana. <<

[42] Ya mencionado con anterioridad. Diminutivo de *babulia*, abuelita. <<

[43] Los señores rusos. <<

[44] Una rusa, una condesa, una gran dama. <<

[45] La gran duquesa. <<

[46] Ante las narices del pobre general. <<

[47] Sí, señora. Y créame, estoy encantado… su salud… es un milagro… verla aquí… una sorpresa encantadora. <<

[48] Pequeña iglesia de Moscú. <<

[49] Esta vieja ha perdido la cabeza. <<

[50] Pero, señora, será un placer. <<

[51] Señora Generala, Princesa Tarasevicheva. <<

[52] Si se la deja sola, hará tonterías. <<

[53] Aproximadamente un kilómetro. <<

[54] ¡Fuera, fuera! <<

[55] Rojo y negro; par e impar; *manque* es una apuesta a un número bajo (entre 1 y 18) y *passe* a un número alto (entre 19 y 36). <<

[56] Treinta y seis. <<

[57] ¡Hagan juego, señores! ¡Hagan juego, señores! ¡No se admiten más apuestas! <<

[58] Pronunciación deformada de *monsieur*. <<

[59] ¿Cuántos *zéro*? ¿Doce? ¿Doce? <<

[60] Sí, señora. <<

[61] Las apuestas están hechas. <<

[62] ¡Vaya victoria! <<

[63] Pero, señora, ¡era jugar con fuego! <<

[64] Señora princesa… un pobre exiliado… un cúmulo de desgracias… los príncipes rusos son tan generosos… <<

[65] ¡Demonios, es una vieja terrible! <<

[66] ¡Qué diablos es esto! <<

[67] Pero *madame*,… la suerte puede cambiar, un solo golpe de mala suerte, y lo perderá todo… sobre todo con su forma de jugar… Fue terrible. <<

[68] Perderá de manera definitiva. <<

[69] Esa no es la cuestión. <<

[70] Mi querido señor, nuestro querido general se equivoca. <<

[71] Este pobre vejestorio. <<

[72] No es esa la cuestión, no es esa… ¡Qué diantres! <<

[73] Oh, mi querido señor Alexis, sea tan amable. <<

[74] ¡Qué arpía! <<

[75] Beberemos leche, sobre la hierba fresca. <<

[76] Alusión irónica a las palabras clave del prefacio del primer libro de las *Confesiones* de J. J. Rousseau (1782): «Este es el único retrato de un hombre, pintado exactamente según la naturaleza y en toda su verdad, que existe y probablemente existirá jamás». <<

[77] No. <<

[78] ¡Maldita sea! <<

[79] ¡Vivirá cien años! <<

[80] Señora en polaco. <<

[81] El escritor francés Paul de Kock (1793-1871) fue autor de numerosas novelas y romances frívolos que retratan la vida pequeñoburguesa, algunas de ellas consideradas subidas de tono. <<

[82] Canalla (en polaco). <<

[83] Señor honorable. <<

[84] Iván Balákirev (1699-1763), bufón de la corte de la zarina Anna Ivánovna (1963-1740), conocido por su ingenio. <<

[85] ¡Las tres últimas apuestas, señores! <<

[86] Veintidós <<

[87] Treinta y uno <<

[88] Rojo <<

[89] Sophie Armand Blanchard (1778-1819), esposa del pionero francés del aire Jean-Pierre Blanchard (1753-1809). Murió en un globo aerostático en llamas. <<

[90] El caballero ya ha ganado cien mil florines. <<

[91] Antigua medida de peso rusa. Un pud equivale a unos 16 kg. <<

[92] Mujer <<

[93] ¡Esos rusos! <<

[94] ¡Ajá, es él! ¡Ven aquí, estúpido! <<

[95] Preferiría el oro. <<

[96] Pequeña, qué tonta eres. <<

[97] Vamos a celebrar, ¿no? <<

[98] Hijo mío, ¿tienes valor? <<

[99] Referencia a la escena de despedida de padre e hijo en *El Cid* (1636) de Pierre Corneille (1606-1684), acto 1, escena 5. Dostoievski, de joven, era un gran admirador de Corneille. <<

[100] Si no eres demasiado tonto, te llevo a París. <<

[101] Verás París. Dime, ¿qué es un *outchitel*? Eras muy tonto cuando eras un *outchitel*. <<

[102] Bueno, ¿qué harás si te llevo conmigo?… Quiero cincuenta mil francos… Iremos a París… y te haré ver las estrellas en pleno día. <<

[103] ¿Qué sé yo? <<

[104] Soy buena chica… pero verás las estrellas. <<

[105] ¡Ah, vil esclava! <<

[106] Y después el diluvio, paráfrasis del famoso dicho atribuido a madame Pompadour «*après moi le déluge*», «después de mí el diluvio». <<

[107] ¡Pero tú no puedes entender, vete! <<

[108] ¿Qué haces? <<

[109] Bueno, *outchitel* mío, te espero si quieres. <<

[110] Quizá, no pedía nada mejor. <<

[111] Pero serás feliz, como un pequeño rey. <<

[112] En cuanto a mí, quiero cincuenta mil francos de renta y entonces… <<

[113] Y los cien mil francos que nos quedan, te los comerás conmigo, *outchitel* mío. <<

[114] Es un *outchitel* (tutor)… ha ganado doscientos mil francos. <<

[115] Moneda de cinco céntimos de franco. <<

[116] El Château des Fleurs era un salón de baile nocturno cercano a los Campos Elíseos de París, que floreció bajo el reinado de Luis Felipe y cerró sus puertas en 1866. <<

[117] Pero tienes inteligencia para comprender. ¿Sabes, muchacho? <<

[118] Pero… ¿sabes?… Pero dime… Pero ¿te das cuenta?… ¿Qué harás después, dime? <<

[119] Sí, sí, eso es, es magnífico. <<

[120] Porque creía que solo eras un *outchitel* (algo así como un lacayo, ¿no?)… porque soy una buena chica. <<

[121] La juventud es una enfermedad que pasa. <<

[122] Pero eres un verdadero filósofo, ¿lo sabes? Un filósofo de verdad […] Entonces, te querré, te querré, te querré… ¡ya verás, serás feliz! <<

[123] La referencia es a un libro erótico anónimo *Thé-rèse philosophe, ou Mémoires pour servir à l'histoire du père Dirrag et de mademoiselle Eradice* («Thérèse la filósofa, o una memoria para contribuir a la historia del padre Dirrag y *mademoiselle* Eradice»), publicado en 1748. <<

[124] Un ruso auténtico, un calmuco. <<

[125] De forma desordenada. <<

[126] Tiene suerte. <<

[127] Tendré un castillo, tendré *muzhiks* y seguiré teniendo mi millón. <<

[128] Muy correcto. <<

[129] A pesar de todo, él es muy correcto. <<

[130] Pero ¿ves? […]: Zagorianski, Zagorianski… ¡*madame la générale* de Zago… Zago, esos endemoniados nombres rusos, en fin, *madame la générale* de catorce consonantes! ¡Qué agradable!, ¿verdad? <<

[131] Te portabas bien. […] Pensaba que eras tonto y lo parecías. <<

[132] ¡Espera! <<

[133] Siempre seremos buenos amigos… y serás feliz. <<

[134] Sin embargo, en una carta a su hermano Mijaíl, Dostoievski defiende al dramaturgo francés Jean Racine (1639-1699) de tales críticas. <<

[135] La estatua de Apolo del Museo Vaticano, copia romana de un original griego, fue considerada en su día el modelo de belleza escultórica masculina. <<